Carl G. Jung

Conflictos del alma infantil



ee

Leo Kanner, probablemente uno de los más eminentes psiquiatras infantiles del siglo XX, consideró en su momento este libro ya clásico como uno “de los más importantes estudios que se hayan escrito acerca de la vida íntima del niño”. Por su parte, el propio Jung afirmó: “Nadie negará ni menospreciará la importancia de la edad juvenil; son demasiado evidentes los perjuicios graves que origina una educación deficiente en el hogar o en la escuela y que perduran a veces toda la vida”. Entre estas dos constataciones se desarrolla el presente libro, de sumo interés no sólo para el psicólogo, el pedagogo y el educador, sino también para todos los padres y madres. En otras palabras: estamos ante una de las pocas obras clásicas de la psicología profunda contemporánea.



Carl Gustav Jung

Conflictos del alma infantil

ePub r1.0
Titivillus 27.12.2023

Título original: *Über Konflikte der kindlichen Seele*
Carl Gustav Jung, 1910
Traducción y notas: Ida Germán de Butelman
Diseño de cubierta: Julio Vivas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



I N D I C E

PRÓLOGO PARA LA EDICIÓN CASTELLANA

Quien hubiera leído en 1902 la tesis (el primer trabajo científico) de un joven médico suizo que acababa de terminar sus estudios en la Universidad de Basilea, tesis cuyo título reza “Contribución a la Psicología y a la Patología de los fenómenos ocultos”, hubiera admirado quizá su cultura psicológica, su erudición y el instinto seguro que lo guiaba en la elección de sus fuentes de consulta (en primer término, la psicopatología francesa y, en un lugar distante, el nuevo astro, el combatido e incomprendido médico vienes Sigmund Freud, cuyo nombre aparece dos veces al pie de sus páginas, como autor del recientemente aparecido “Traumdeutung”). A pesar de la destreza desplegada en el análisis de un caso de histeria con sonambulismo, en una médium que ofrecía también en su cuadro clínico desdoblamiento de la personalidad y fenómenos vecinos (movimientos de la mesa parlante, escritura automática, alucinaciones, etc.), análisis condicionado por la visible cultura filosófica y humanística de su autor, nadie hubiera podido predecir, a juzgar por este primer libro, la futura trascendencia de su obra, la enorme importancia que después adquiriría su autor —C. G. Jung— en la psicología moderna.

Buen representante de la clase media de Suiza, primaria fuerza espiritual de ese pequeño y gran país, Jung es hijo de un pastor protestante de Kesswyl, cantón de Thurgau, de un medio de gentes humildes y religiosas. Fué criado en el seno de una sociedad rural, de estricta moralidad, donde impera el “cant” de las pequeñas aldeas suizoalemanas, mucho más justificado y amable, por cierto, que el “cant” británico, que sacó de sus casillas a Byron y a Oscar Wilde.

En la época de la publicación de su tesis, ya era él asistente en el Burghölzli, el célebre manicomio y clínica psiquiátrica de Zürich. Allí tuvo la suerte de recibir consejos y lecciones de Bleuler, uno de los más revolucionarios maestros de la Psiquiatría de habla alemana, el creador del nombre y del concepto de “esquizofrenia”. Pudo adquirir también allí lo que a Freud le faltó: experiencia psiquiátrica de primera mano. Pues es sabido que el creador del Psicoanálisis evolucionó desde la Neurología crudamente anatómica de sus primeras publicaciones hasta el estudio de las neurosis sin haber tenido ocasión de entrar en contacto directo con verdaderos alienados.

Luego de un viaje a París, donde escucha las lecciones del curso de invierno de Pierre Janet, cásase en 1903 con Emilia Rauschenbach (a quien había dedicado su tesis), funda su hogar y, pacientemente, comienza a recoger los materiales con que años más tarde, construirá los libros de su madurez.

En primer término, Jung se siente atraído por la obra de Freud, cuyo estudio profundiza. Así se inicia la etapa que los historiadores de su vida llamarán “período psicoanalítico”. Para comprenderlo, es preciso imaginarse lo que representaba en Europa, a principios de este siglo, el movimiento psicoanalítico. Repudiado y

desconocido por todos, lo era, en particular, por los psicólogos experimentales y por los psiquiatras, que en ellos se inspiraban. Entre psicoanalistas y psicólogos experimentales, además de una recíproca desconfianza, mediaba una radical disparidad de puntos de vista y de métodos. En esta emergencia, la actitud de Jung es genial. Ya que la Psicología Experimental no llegaba hasta el Psicoanálisis, es menester (se dijo) que el Psicoanálisis penetre en la Psicología Experimental.

Desde aquí comienza Jung a ser diferente de Freud. Éste parte del asociacionismo, doctrina omnipotente durante el siglo XIX, aceptándolo implícitamente. Jung, más personal, se propone una tarea precisa: ya que el psicoanálisis ha descubierto determinados procesos dinámicos en el desenvolvimiento del subconsciente, cabe preguntarse ¿existen, en realidad, tales procesos, o no representan ellos sino esquemas imaginarios, meras formas de hablar? Para un espíritu objetivo no hay sino una sola manera de proceder: indagar su existencia mediante un método de examen, que pueda estar al alcance de cualquiera, siempre que él posea la exigible habilidad para manejarlo. El resultado de tal indagación asociativa, perseguida desde 1903 hasta 1905, es su primera obra fundamental: “Diagnostiche Assoziationsstudien”, publicada entre 1906 y 1910.

En ella se esclarece, a favor de una rica experiencia en sanos y en enfermos mentales, la psicología de las perturbaciones asociativas, como síntomas denunciadores de los complejos. En efecto, la palabra, inductora de una asociación, como la sonda en manos de un marinero que va explorando la profundidad del agua, alcanza de cerca o de lejos la zona dinámica que irradia de los complejos inconscientes; los despierta; reactiva su potencia; denuncia su actividad, lo cual permite desenmascararlos y tomar contacto con los problemas capitales de cada existencia.

Con ser grandemente significativa esta obra dentro de la temática de Jung, las preocupaciones que presidieron su elaboración desaparecen en sus futuros libros. Sólo un tema queda de él: la concepción de los complejos, como fuerzas vivas y actuantes, que presiden, desde el inconsciente, los movimientos intencionales.

Mientras tanto, ha completado Jung su conocimiento de la doctrina freudiana; no sólo la interpreta mejor que nadie sino que entabla relaciones personales con su creador, a quien visita durante un viaje a Viena, realizado en 1907. Y ese mismo año publica otro de sus libros capitales: La “Psicología de la Demencia Precoz”, primera contribución importante del Psicoanálisis en el terreno de la Psiquiatría. De nuevo, Jung es aquí un innovador. La Psiquiatría alemana de su tiempo, bajo la influencia preponderante de Nissl, Alzheimer y la escuela de Munich consideraba las enfermedades mentales como enfermedades del cerebro. Su programa de trabajo se ceñía a investigar cuáles eran las relaciones anatómicas necesarias entre enfermedad mental y cerebro, supuesto que no podía concebirse un alienado sin alteraciones del sustrato material de su sustancia nerviosa. Un desideratum de investigadores se había transformado en dogma indiscutido. La enfermedad mental,

cuyas manifestaciones asequibles más salientes son psicológicas, era considerada en términos exclusivos de anatomía patológica; era apreciada desde el único ángulo de su futura autopsia.

Aguda y valientemente, Jung reivindica la importancia del examen psicológico, aplica la técnica psicoanalítica al estudio de la demencia precoz e investiga en ella los sueños, las asociaciones dirigidas y los lapsus. Los enfermos, inexplicables hasta entonces por su incoherencia, libran su secreto, muestran ahora sus motivos profundos, su complicada sistematización, la urdimbre de sus complejos. Bajo la frialdad aparente de sus fisonomías, bajo la visible vacuidad de sus estereotipias, Jung descubre su sentido oculto; y explica el parentesco de los signos actuales con los rasgos anímicos de antes de la enfermedad. Un demente precoz, para el psicólogo suizo, además de ser un enfermo en el que se observan síntomas catatónicos, estereotipias o negativismo, le resulta (con un concepto más comprensivo y totalizado de la vida espiritual) "un soñador que obra y se mueve como si estuviera despierto". Rasgo típico de su manera de enfocar el análisis psiquiátrico: el síntoma, impersonal de suyo, sólo adquiere valor cuando es puesto en relación con la historia personal del enfermo, sólo resulta comprensible cuando se lo integra entre sus vivencias anteriores. ¡Admirables historias clínicas, las que aparecen en este libro! No en vano había sido Jung discípulo de Janet y de Freud, autores que sobresalen en la virtuosidad, cuando se trata de exprimir los detalles psicológicos de sus enfermos, a fin de que ellos aparezcan comprensibles, luminosos, necesarios. Todavía otra particularidad aparece acentuada en este libro: la tendencia a recurrir a las comparaciones con los productos míticos, tal cual se observan en los pueblos primitivos, método fecundo del doble enfoque individual y colectivo, punto de partida de inesperados desarrollos. Se insinúa ya su doctrina del psiquismo inconsciente, desmembrado en complejos, unidades vivas y dinámicas, verdaderas personalidades parciales, superpuestas armoniosamente en el individuo normal pero disociadas en el demente precoz. Su concepto de lo inconsciente da tanta importancia a la "personificación" con raíces míticas como la daba Freud a los instintos reprimidos, a la libido sexual. Su noción de lo inconsciente se amplifica, comienza a cobrar una fructuosa complejidad, una prospectividad de que carecía la concepción de su maestro.

Hacia 1912, cuando publica su "Versuch einer Darstellung der psychoanalitischen Theorie" (traducido al castellano con el título de "Teoría del Psicoanálisis") puede decirse que la doctrina de Freud no tiene secretos para él; su conocimiento es minucioso y leal; nadie podrá achacarle en el futuro haber renegado de su maestro por desconocimiento de sus ideas. Pero Jung está a punto de emprender su ruta propia, su obra personal.

Ha dado a la ortodoxia psicoanalítica todo lo que podía exigirle. En la "Teoría del Psicoanálisis" puede advertirse el despuntar de uno de los temas cismáticos: su concepción energética de la libido. La libido de Jung no es más sinónimo de la libido

*de Freud, "libido sexualis" por donde se la mire. Jung fija límites a este concepto desmesurado: "libido no debe ser otra cosa sino un nombre para "aquella energía que se manifiesta en el principio de la vida, y que nosotros percibimos subjetivamente como un afán un deseo", sostiene él. Jung ha desexualizado la libido freudiana o, por lo menos, la ha despojado de sus excesos verbales. La idea de sexualidad es relacionada por él con sus raíces estrictamente lógicas; con ello, desaparece la identificación freudiana de libido nutritiva y libido sexual, así como el último antecedente sexual de la libido. El "primus movens" es, para Jung, la energía psíquica (*l'elan vital *de Bergson) cuyos disfraces son los instintos. Se comprende la importancia que este concepto de "energía psíquica" adquiere en la explicación de las neurosis, habida cuenta de la consiguiente desvalorización del concepto de sublimación, desechado por Jung. El conflicto de que padece el neurótico no es más un sufrir de reminiscencias sino un verdadero desequilibrio dinámico, provocado por un conflicto actual, entre complejos que buscan la armonía, la pacífica convivencia. Vivir es poner paz en conflictos surgidos entre fuerzas conscientes e inconscientes, entre polos opuestos de una personalidad, entre rivales que tienden a separarse en direcciones contrarias. La comparación de esos rivales o elementos excluyentes con fuerzas puramente físicas, con entidades crudamente energéticas, comparación aceptada por Jung al principio, se trueca más tarde en una progresiva transubstanciación psicológica, una transferencia de dichas fuerzas innominadas a instancias exclusivamente anímicas. Estas fuerzas primordiales de la psiquis, ya alejada de la Física, se corporizan en las imágenes ancestrales, "las grandes imágenes primordiales", como las llamaba Jacobo Burckhardt, vivencias míticas, prototípicas experiencias de la especie. Son los "arquetipos". Ellos representan los profundos agonistas de nuestra vida inconsciente, entes perennes que presiden nuestra vida de razón desde sus abismos subterráneos.*

Freud y Jung han juzgado, cada cual por su parte, las razones de su alejamiento. El primero achacó al segundo, además de su insinceridad e incomprensión, su escaso coraje intelectual, ya que la desexualización de la libido es un argumento "ad captandam benevolentiam", aparte del grave error de que la libido sexual deje de ser una fuerza activa y actuante cuando se la transforma en la libido a secas, "concepto misterioso e incomprensible para el sabio como para el lego". Jung, por su parte, echa en cara a Freud su parentesco con el incrédulo Enciclopedismo del siglo XVIII *y el materialismo científico del siglo* XIX*, uno de sus avatares. (El lector no habrá olvidado que Jung es hijo de un pastor protestante; él mismo es un espíritu plenamente religioso y en el frontispicio de su casa de campo reza una leyenda: "Vocatus atque non vocatus, Deus aderit".–"Se le nombre o no se le nombre, Dios está presente"). Recrimínate su tendencia a explicar el hombre por sus instintos, es decir, lo superior por lo inferior. "La teoría de Freud (aclara) en el mejor de los casos, es una verdad parcial y, por consiguiente, su existencia y eficacia exigen la rigidez de un dogma y el fanatismo de un tribunal de Santo Oficio", "Freud,*

hipnotizado por el siglo XIX *ha subrayado sólo sus deformidades, sin acordarse de los otros siglos, sin percibir el enorme subsuelo histórico de los movimientos anímicos que estudiaba. Una teoría de la neurosis debe valer tanto para la modistilla de Viena como para el maorí de Nueva Zelandia. Freud no ha penetrado en la capa profunda de la humanidad" (dice Jung, en "Realidad del Alma").*

Alejado definitivamente del Psicoanálisis, el suizo madura su psicología profunda, o "psicología compleja", que va a cristalizar en primer término en una tipología, primera etapa del trayecto hacia una concepción totalizada del hombre, una nueva antropología. Es curioso sugerir —como algunos ya lo han hecho— la posibilidad de que "Tipos Psicológicos" (aparecido en 1920) se haya originado en un deseo suyo de ver claro en el conflicto que lo preocupaba hacia 1917-1919. En efecto, los dos tipos axiales de su tipología —el introvertido y el extravertido— parecen advertirse, "in nuce" en los rasgos psicológicos antagónicos de Freud y de Adler, en el pansexualismo del primero y en la supremacía del instinto de dominio del segundo. Mientras en Freud "la apetencia del objeto, el vínculo con el objeto… representan un papel importante, todo se orienta en Adler en el sentido de la superioridad del sujeto", apunta Jung. Freud es un extraviado típico; su cismático discípulo, un introvertido.

Empero, el gran descubrimiento de Jung no consiste en esta antinomia introvertido-extravertido, magüer la riqueza analítica de su descripción y la fertilidad cultural que viene de su luminosa simplicidad (recuérdese, por ejemplo, su concepción de la Edad Media, como época introvertida, y del Renacimiento, como época extravertida). El máximo descubrimiento de Jung es su concepción del inconsciente. Como dice un psiquiatra español contemporáneo, "la idea auténticamente junguiana, que ya no puede concebirse como susceptible de integrarse en el sistema psicoanalítico, es la idea del inconsciente colectivo y, sobre todo, de las imágenes que lo pueblan: los arquetipos".

En efecto, desde la aparición de "Wandlungen und Symbolen der Libido" (1912), preocúpale a Jung vincular las imágenes y símbolos que aparecen en el sueño, motivaciones aparentemente individuales, con las estructuras profundas, los moldes ancestrales, tal cual aparecen en los mitos de los pueblos primitivos, se trate de los incas o de los vedas, de los chinos o de los aztecas. Esta idea, admirablemente fecunda, es la del "inconsciente colectivo". Ante los sueños, la actitud de Jung es de una consideración, de un respeto, no lejanos de los de un griego primitivo o de un romano. Los sueños, por obra y gracia de un suizo del siglo XX*, tornan a ser mensajeros de los dioses, vectores de la divina sabiduría. En una fobia, ya no habrá, como pensaba Freud, un reprimido deseo sexual, sino un deseo religioso obstaculizado en su desarrollo. Los dioses del Olimpo vuelven por sus fueros. Lo dice el propio Jung: "Los dioses se han convertido en enfermedades y Zeus no rige el Olimpo sino el plexo solar". Los complejos cuentan con una ascendencia muchísimo más antigua de lo que hacía presumir el psicoanálisis ortodoxo; son las vivencias*

últimas, las protovivencias de la humanidad, "los traumas ancestrales". Reintegrar la salud a un neurótico es devolver a su yo individual la armonía y el equilibrio con esos antiguos "arquetipos"; es retornar a la actitud religiosa del que se reconoce parte de un todo, "membra sumus corporis magna"; es la manifestación de que una conciencia individual rinde pleitesía a la potencia intemporal de lo inconsciente.

Atraviesan las obras últimas que conocemos de Jung algo así como un inmenso fervor anímico, una preocupación por restaurar la idea del espíritu autónomo, supuesto como cosa natural, no subordinado a ninguna concepción científica o filosófica. "Se podría calificar la idea de la realidad psíquica como la conquista esencial de la psicología moderna", dice por allí; lo cual, si no es exacto de toda la psicología moderna, es evidente de las obras publicadas por Jung en estos últimos años.

Los principios terapéuticos que surgen de esta concepción van más allá de la simple ortopedia mental a que aspiraba Freud. Desean una totalización de los recursos espirituales del enfermo. Ni el inconsciente solo resultará capaz de rectificar el rumbo perdido. Ni la conciencia sola podrá guiar un desplazamiento normal hacia el futuro. "No debemos identificarnos con la razón (explica Jung), pues el hombre no es simplemente racional, ni puede serlo, ni lo será nunca. Esto debieran advertirlo todos los dómines de la cultura. Lo irracional ni debe ni puede ser extirpado". A defender esta concepción totalizada, unitaria, del alma humana, Jung ha aplicado una de las inteligencias mejor nutridas, más equilibradas y prudentes, más eruditas y generosas, de nuestra época. No es, a buen seguro, un fanático: no es, seguramente, un obcecado, quien ha podido llegar a esa excelsa síntesis de cordura humana que constituye, por ejemplo, "Tipos Psicológicos".



Hay que agradecer a la Editorial Paidós que haya cumplido la grata tarea de hacer llegar a los lectores de habla castellana estas tres monografías donde se estudian problemas del alma infantil. Ellas no representan el estado actual del pensamiento de Jung. Fueron elaboradas y escritas cuando él giraba en la órbita de Freud; pertenecen al período psicoanalítico de su vida.

Sin embargo, pasados los años, estas breves y seductoras monografías siguen siendo características elaboraciones junguianas —quiero decir, modelos de exposición psicológica, objetiva, minuciosa y profundamente honesta. Este hombre tiene todo menos el alma de un dogmático. Nos ofrece su solución como la menos errónea, o nos sugiere que él es apenas un discípulo; no pretende imponer reglas psicoterápicas ni normas de vida, ni principios educativos. En cuanto a la doctrina expuesta, ya manifiesta en ella su clara oposición al pansexualismo freudiano, su repugnancia por las explicaciones fragmentarias de la psiquis infantil, explicaciones que sobrevaloran la sexualidad sin ocuparse de otras direcciones instintivas, de esa "polivalencia de los instintos infantiles" que Jung ha sido de los primeros en señalar.

En la monografía inicial (donde no es difícil sospechar la existencia de la observación cariñosa de un padre avisado) se analizan las idas y venidas, las actitudes y las preguntas, los sueños de niña que desde los tres años se plantea el problema que apasiona a muchos párvulos precoces: ¿de dónde vienen, cómo nacen los niños?

Dejo de lado la finura analítica, la diestra combinación del análisis de los sueños con la interpretación de los discursos, a menudo incomprensibles en los niños huidizos y reservados. Más me interesa señalar la conducta del analista —¡cómo desearía que ese analista fuera alguna vez un maestro argentino, comprensivo, respetuoso del alma infantil!— para quien no hay preguntas ociosas en los niños, fantasías que no respondan a recónditas necesidades espirituales, inquietudes gratuitas parásitas, obcecamientos vacuos. La pequeña Ana no trasladará sus problemas a la sexualidad del ser adulto, ya que no pueden explicarse los instintos del niño por los del adulto. La pequeña Ana aparece en esta monografía incorporando paulatinamente a su experiencia, bajo la mirada y el consejo benévolos de sus padres, experiencias y conocimientos que no le serán dañosos; y que le integrarán en conocimientos de mayor generalidad. Nada obsta para que los niños —eso sí, perfectamente individualizados, avalados en su capacidad de recepción anímica— conozcan los problemas de la vida sexual, a medida que van apareciendo en el campo de fuerza de sus intereses. (Esto no es propiciar clases de educación sexual, ni cosa que se parezca. Se trata de una enseñanza íntimamente personal). Por el contrario, conducta peligrosa y descuidada es la de engañarlos con fantasías o embustes que lastran su curiosidad e impiden la eclosión progresiva de sus razonamientos.

En la segunda monografía se estudian las reacciones de una criatura de trece años frente a su maestro. Un sueño de esta niña, en el que figura el maestro con un papel equívoco, es contado a sus compañeras. "El rumor público" consiste, justamente, en las distintas versiones que las alumnas dan del mismo relato primitivo. La niña es la "meneuse", la médium, que precipita y da forma a los complejos latentes de sus compañeras, en pubertad como ella. La enseñanza que surge del caso es la necesidad de poner en su justo lugar los problemas personales de las niñas de esa edad. ¡Cuánta maestra torpe e ignorante denuncia escándalos y corrupción en chismes sin trascendencia o en fabulaciones, tan frecuentes en esa edad! La conducta verdaderamente científica del pedagogo consiste en reconocer, en esas reacciones, rasgos legítimos de la mentalidad de la pubertad. La actividad del pedagogo no debe dirigirse a propinar castigos ciegos, ni a complicar, con intempestivas derivaciones morales, aspiraciones confusas y culpables que las niñas son las primeras en repudiar. Una vigilancia atenta y bondadosa, informada de estos datos del desarrollo infantil, da los mejores resultados.

El tercer ensayo estudia hechos de otro carácter. Se trata de manifestaciones diversas de aquello que Jung llamará más tarde "el complejo de los padres". "Aun

cuando los padres reposen desde hace tiempo en la tumba (escribirá Jung) y hayan o deberían haber perdido toda importancia para los hijos, a raíz, por ejemplo, de un cambio total de las circunstancias del enfermo, están aún presentes en él como si no hubieran muerto". De ello resulta una identificación malsana con los padres, impregnación subconsciente de sus problemas, conducta que quita flexibilidad y libertad a las reacciones de los hijos y, a la postre, les hace sufrir los mismos destinos. Si el médico puede intervenir en la conciencia de un neurótico, que se ve obsedado por tales complejos, la legitimidad y oportunidad de su intervención no pueden discutirse. Así como la maestría de un pintor se descubre en el menor de sus esbozos —perfecta línea sinuosa que Apeles dejó en casa de Protógenes, a guisa de tarjeta de visita— en estas tres monografías, ingeniosas calistenias de un gran psicólogo, aparecen los rasgos capitales de su talento.

MARCOS VICTORIA

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Este estudio fue publicado por primera vez en 1910; lo reproduzco sin introducir en el modificación alguna. Desde entonces mi opinión acerca del tema tratado se ha modificado considerablemente, lo cual no significa —como se quiso hacerme decir— que yo juzgue hoy falsas las ideas directrices de este trabajo. Tanto las observaciones expuestas como la concepción que de ellas tenía, conservan su valor. De otra parte, una concepción jamás agota el material que interpreta y varia siempre según el punto de vista que se adopte.

El mio, aquí, es psicobiológico; pero hay otros. Por ejemplo, inspirándose más en los métodos freudianos, se podría considerar este fragmento de psicología infantil desde un ángulo puramente hedonístico, y ver en el proceso psicológico una actividad dominada por el "principio del placer"; —el móvil de esta actividad sería entonces la necesidad de procurarse el máximo de placer por el ejercicio de la fantasía. Podríamos también, siguiendo a Adler, reducir todo al "principio de poderío", concepción que psicológicamente se justifica tan bien como la hedonística. Y, si quisiéramos atenernos a un criterio de lógica pura, trataríamos de exponer el desarrollo de las operaciones conceptuales en el niño. Asimismo, sería factible enfocar los hechos psíquicos en cuestión desde la perspectiva de la psicología religiosa, y buscar en ellos la génesis de una idea de Dios. Me he mantenido en un punto de vista intermedio, sin intentar reducir los datos de la experiencia a tal o cual hipotético principio fundamental.

No porque yo niegue —fácil es comprender— la posibilidad de recurrir a esta clase de principios generales: sea cual fuere el que se adopte, todos están en la naturaleza humana. Es necesario poseer un exclusivismo de especialista para atreverse a declarar universalmente aplicable un determinado principia heurístico que se haya revelado fecundo para cierta disciplina o para puntos de vista individuales de investigación. Por el contrario, la misma naturaleza de la vida psíquica, que precisamente muestra la posibilidad de numerosos principios de explicación, exige: que no se reduzcan a uno solo de ellos todos los datos de la realidad; que se trate de aprehenderla respetando su diversidad de aspectos.

La idea esencial que inspira este estudio, es que la sexualidad desempeña un papel determinante en el desarrollo del pensamiento infantil. Creo que no se podría cuestionar seriamente la verdad de esta tesis; innumerables hechos debidamente verificados y observados se opondrían a ello. Además, parecería poco verosímil que un instinto fundamental de primera importancia en la vida psíquica del ser humano, no apareciese ya, por lo menos en germen, en la del niño.

Asimismo, destaco la importancia de la actividad mental en si, particularmente cuando se trata de elaborar una interpretación susceptible de resolver los conflictos psíquicos de origen sexual. En las páginas siguientes espero demostrar que el interés sexual inicial, en tanto representa ya un elemento activo, no tiende específica y

directamente a un fin sexual, sino más bien al desarrollo del pensamiento mismo. Si no fuese así, el conflicto psíquico sólo podría solucionarse por la realización sexual y nunca mediante una interpretación mental, como justamente sucede. Por lo tanto, es legitimo llegar a la conclusión de que no se tiene derecho a identificar pura y exclusivamente la sexualidad del niño con la ulterior sexualidad del adulto. En efecto, ninguna sustitución de lo real por lo mental podría satisfacer plenamente esta ultima, pues debe pagar tributo a la naturaleza mediante el ejercicio normal de su función. Es verdad que la experiencia nos enseña que el despertar de la sexualidad puede ya conducir al niño a actos sexuales —a la masturbación, por ejemplo— cuando el conflicto no es solucionable. Por el contrario, el hecho de disponer de una interpretación abre una salida a la libido[1], le procura en el campo de la vida mental una actividad incesante, susceptible de un desarrollo indefinido. La ausencia de una interpretación satisfactoria —sobre todo allí, donde el conflicto alcanza cierto grado de intensidad— opone a la libido un obstáculo cuyo efecto es desviarla haría los tanteos de la sexualidad, que desde entonces sólo podrá desarrollarse en forma anormal. Así se originan neurosis infantiles; y son los niños mejor dotados, cuyas exigencias intelectuales son naturalmente precoces, quienes corren mayores riesgos de verse empujados a prácticas sexuales prematuras, a consecuencia de una educación que reprime curiosidades estimadas inconvenientes.

Espero que se haya comprendido mi punto de vista. No considero al pensamiento como una función derivada de la sexualidad trabada en el ejercicio de su actividad voluptuosa, e impelida, por consiguiente, a transformarse en función mental. Mi idea es más bien ésta: aun reconociendo en lo que se ha dado en llamar sexualidad de la primera infancia, el germen de la futura función sexual, aeo que, al mismo tiempo, es precise también ver en ella la cuna de una actividad superior del espíritu. Esta concepción se apoya sobre los hechos siguientes: que los conflictos del alma infantil pueden solucionarse por vías de una interpretación mental del fenómeno sexual; que los elementos de sexualidad infantil subsistentes en el adulto constituyen el germen de importantes funciones mentales. Y si bien es cierto que también la sexualidad del adulto se desarrolla sobre la base de esta disposición polivalente propia del niño, no nos asiste derecho alguno para arribar a la conclusión de que sexualidad infantil significa sexualidad y nada más.[2] Es esta la razón por la cual no puedo adherirme a Freud cuando califica la primigenia disposición natural del niño como “perversa polimorfa”. Esta última disposición es, como acabo de decirlo, polivalente. Si en embriología razonáramos como Freud, llamaríamos cerebro al ectodermo, con el pretexto de que en el curso del desarrollo del embrión, aquel se origina en este. Pero del ectodermo también nacen los órganos sensoriales, y otros.

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Han pasado treinta años desde la primera publicación de este pequeño trabajo. No obstante, parece ser que durante este tiempo no ha perdido su vida independiente y que el público continua pidiéndolo. En cierto modo, no ha envejecido en verdad: de un lado describe una sencilla evolución de hechos; del otro, contiene una importante indicación tanto teórica cuanto práctica acerca de la singular tendencia de la fantasía infantil a superar el propio "realismo" y a reemplazar con una interpretación "simbólica" el racionalismo científico-natural. Esta tendencia evidenciase como una expresión natural y espontánea, ciertamente no reductible a una "represión" cualquiera. En el prólogo a la segunda edición destaque este punto, y tampoco dicha observación ha perdido actualidad, pues la mayoría de los especialistas sigue creyendo tenazmente en el mito de la "sexualidad" infantil polimorfa. Continúase siempre sobrevalorando con exceso la teoría de la represión, de ahí que se menosprecie —cuando no se ignoran por completo— *los fenómenos naturales de transformación del alma*. A este fenómeno consagró en 1912 un extenso estudio, acerca del cual cabe decir que aun hoy la generalidad de los psicólogos no ha alcanzado a comprenderlo. Espero que esta simple relación de hechos logre llevar al lector a la meditación. En el dominio de la psicología, las teorías son sumamente destructivas. Es cierto que por su importancia heurística y de orientación necesitamos de ciertos puntos de vista teóricos, mas sólo deben valer como meras representaciones auxiliares susceptibles de abandonarse en cualquier momento. En efecto, aun sabemos tan poco de la psique, que en puridad seria absurdo creer que hemos alcanzado el nivel en que es licito sentar teorías generales. Todavía no hemos establecido siquiera el ámbito empírico de la fenomenología psicológica: ¿cómo, pues, en tales circunstancias, pensar en teorías generales? La teoría constituye ciertamente la mejor defensa contra las experiencias deficientes y la ignorancia; sus consecuencias, empero, son deplorables: obtusidad, superficialidad y sectarismo científico.

Aplicar a la disposición germinal polivalente del niño una terminología sexual oriunda del nivel de la sexualidad plenamente desarrollada, constituye una aventura dudosa. Induce a pretender involucrar en la interpretación sexual también las restantes disposiciones infantiles, lo cual, de una parte, torna sobremanera vacío y nebuloso el concepto de sexualidad, y de otro, hace aparecer los factores espirituales como meras atrofias de los instintos. Tales criterios conducen a un racionalismo incapaz de hacer justicia, ni siquiera aproximadamente, a la esencia de la polivalencia de las disposiciones germinales infantiles. Aun cuando un niño pueda ocuparse de problemas que para el adulto muestran indudable tinte sexual, mucha distancia media desde ello a la afirmación de que el modo cómo el niño se ocupa de tales problemas deba igualmente considerarse sexual. Tras un examen cuidadoso y concienzudo, la aplicación de la terminología sexual a los fenómenos infantiles puede valer, a lo más,

a manera de una singular *façon de parler*. Acerca de su conveniencia existen no pocas dudas.

Salvo algunas ligeras correcciones, en nada se ha variado el texto.

C. G. JUNG

Junio 1938.

PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN

Los prólogos a la segunda y tercera ediciones ya habrán hecho comprender al lector que se trata de un trabajo a cuyo respecto no puede prescindirse de la época de su origen y de las condiciones de aquella época. Era preciso conservarlo en su forma de experiencia irrepetible, como una piedra miliar en el largo camino de conocimientos que maduraban lentamente. Puesto que las observaciones reunidas en este escrito ofrecen también cierto interés para los educadores, se lo incluyó en el presente volumen. Y como no es lícito desplazar piedras miliares o terminales, nada se ha cambiado en este volumen desde su primera publicación —hace de ello treinta y tres años.

C. G. JUNG

Junio 1945.

CONFLICTOS DEL ALMA INFANTIL

En la época en que Freud publico los resultados de su investigación sobre "Juanito"[3], un padre, al tanto de los problemas psicoanaliticos, me comunicó una serie de observaciones que había realizado en su hijita, entonces de cuatro años. Dichas observaciones presentaban tan notables analogías con las de Freud, y las complementan tan admirablemente, que no pude resistir el deseo de dar las a conocer.

El hecho de que en general "Juanito" había sido mal comprendido, y hasta escandalizado a los lectores, fué otra razón más que me impulsó a publicar este nuevo documento, menos importante, es verdad, que los de Freud. En realidad, esas observaciones confirman en varios puntos los datos típicos de Freud, y también esta vez la llamada "crítica científica", si bien prestó cierta atención a hechos de primera magnitud, me declaró la guerra con excesiva prontitud. Aun no se ha aprendido a examinar antes de enjuiciar.

La niñita que por su innata sagacidad y despierta inteligencia provocó las observaciones aquí recogidas, es una criatura lozana y saludable, de temperamento vivo y sensible. Jamas estuvo gravemente enferma, ni presentó el menor síntoma nervioso. Tenía aproximadamente tres años cuando su espontánea curiosidad se hizo más apremiante y sistemática. Comenzó entonces a preguntar y a formular ciertos deseos concebidos por su imaginación (Phantasie Wünsche).

Desgraciadamente no me es dable presentar en forma orgánica las observaciones efectuadas. Constituyen una serie de anécdotas que relatan incidentes aislados, extraídos de todo un ciclo de episodios semejantes. No configuran una descripción científica y sistemática, sino una simple narración. El estado actual de nuestra psicología obliga a exponerlos de este modo, pues todavía estamos lejos de poder distinguir con certeza lo "curioso" de lo "típico" en cada caso.

Tenía aproximadamente tres años la niñita —a quien llamaremos Ana— cuando entre ella y su abuela se trabó esta conversación:

Ana: "Abuela, ¿por qué tienes los párpados tan arrugados?".

Abuela: "Porque soy vieja".

Ana: "¿Pero volverás a ser joven, no…?".

Abuela: "No, cada día seré más vieja, y después moriré".

Ana: "¿Sí?, ¿Y después?".

Abuela: "Después me convertiré en un ángel".

Ana: "¿Y después?, ¿volverías a ser una niñita?".

La pequeña comprendió que se le presentaba la oportunidad de resolver provisoriamente una cuestión que la preocupaba. Desde hacía cierto tiempo, preguntaba con frecuencia a su madre si alguna vez llegaría a tener ella una muñeca viva, un bebé, un hermanito. De ahí, a investigar acerca del origen de los niños, no había sino un paso. Los padres de la niñita no conferían importancia a sus preguntas, que parecían hechas sin premeditación. Ana daba la impresión de interrogar sin

mayor interés y se le respondía del mismo modo. Un día se le dio risueñamente la explicación clásica: “es la cigüeña quien trae a los niños”. Pero ya había llegado otra versión, más plausible y menos frívola, a sus oídos. Oyó decir que los niños, antes de su nacimiento, eran pequeños ángeles que habitaban en el cielo, de donde una cigüeña los traía a la tierra. Esta teoría parece haber constituido el punto de partida de las indagaciones de Ana. También puede servir a múltiples fines —como lo muestra la conversación de la niñita con su abuela—, pues resuelve el enigma del nacimiento al par que ofrece una respuesta consoladora al perturbador problema de la muerte. Es posible que Ana se haya dicho: cuando una persona muere se convierte en ángel, después se transforma otra vez en niño.

Soluciones de esta índole, que tienen la ventaja de matar dos pájaros de un tiro, no son privativas de la ciencia; los niños conocen muchas semejantes, que no podrían ser extirpadas de su espíritu sin provocar cierto trastorno. De otra parte, la teoría de Ana, con toda su simplicidad, ¿no encierra acaso los elementos de la doctrina de la reencarnación, siempre viva en los espíritus de millones de seres humanos?

El nacimiento de una hermanita representa el punto crítico en la historia de “Juanito”. La llegada de un hermano desempeña idéntico papel en la de Ana. Tenía ella cuatro años cuando esto acaeció. El problema del nacimiento de los niños, apenas rozado anteriormente, se planteó en forma actual. No daba la impresión Ana de haberse percatado del embarazo de su madre. Al menos, jamás hizo la menor alusión a este respecto. La víspera del parto, en momento en que su madre sufría los primeros dolores, la niña se encontraba en la habitación del padre. Sentándola sobre sus rodillas, éste le preguntó: “¿Que dirías tú si esta noche te llegara un hermanito?”. —“¡Yo lo mataré!”, fue su réplica inmediata. Esta palabra “matar” podría parecer grave; en realidad, es bastante anodina. En el espíritu del niño (Freud lo ha demostrado en múltiples ocasiones) “matar” y “morir” expresan, meramente, la idea de un alejamiento activo o pasivo.

He tenido yo ocasión de atender a una jovencita de quince años que presentaba esta particularidad: en el curso del análisis, una misma idea irrumpía reiteradamente en su espíritu. Pensaba de pronto, sin motivo aparente, en el *Canto a la campana* de Schiller. Apenas conocía esta poesía; sólo la había ojeado una vez, y todo cuanto recordaba era que en ella se hacía alusión a una catedral. Nada más había retenido. He aquí el trozo**[4]**:

Son pausado,
Funeral
Se ha escuchado
En la torre parroquial.

Y nos dice el son severo
Que un mortal

Hace el viaje lastimero
Que es el último y final.

¡Ay, que es la esposa de memoria grata!
¡Ay que es la tierna madre, a quien celoso
El rey de los sepulcros arrebata

Del lado del esposo, etc.

Como es natural, esta niña ama a su madre y de ninguna manera desea su muerte. En realidad sucedía lo siguiente: en esos momentos debía partir con su madre a casa de unos parientes, donde permanecerían cinco semanas. Ahora bien, el año anterior la madre habíase ausentado, proporcionándole así a la pequeña, hija única y mimada, ocasión de permanecer sola en casa con su padre. Esta vez, por el contrario, la pequeña "esposa" que hubiere preferido ver alejarse a su "madre" fiel, iba a ser "arrebatada" del lado de su "esposo".

Se ve, pues, que "matar", en boca de la niña, es una palabra sin secuela, sobre todo cuando se sabe —como en el caso de Ana— que se la emplea para expresar alejamiento, supresión, o destrucción. No obstante, advertimos aquí una tendencia digna de ser destacada. (Compárese con el análisis de "Juanito").

El hermanito de Ana llegó al mundo por la mañana temprano. Cuando se hubo hecho desaparecer todo vestigio del alumbramiento, el padre entró al dormitorio de la niñita, quien se despertó a su llegada. Se le comunicó la novedad. Ana la recibió con aire de asombro y profunda atención. Su padre la tomó entonces en brazos y la llevó a la habitación de la parturienta. Primeramente la pequeña dirigió una rápida mirada hacia el rostro pálido de su madre, después pareció molesta y desconfiada. Daba la impresión de interrogarse: "Y ahora, ¿qué sucederá?". Apenas sí demostró ligero agrado a la vista del recién nacido; acogida indiferente que causó cierta decepción a sus padres. Durante esa mañana evitó ostensiblemente acercarse a su madre, lo cual resultaba extraño, puesto que por lo común no podía pasarse sin ella. Pero aprovechando un momento en que se encontraba sola, Ana corrió hacia su madre, la abrazó y susurró a su oído: "ahora, ¿no te vas a morir?".

Esto nos muestra en parte la forma en que el difícil problema se planteaba en el espíritu de la niña. Es evidente que la teoría de la cigüeña nunca había tenido mucho éxito. Ella había preferido la hipótesis más fecunda del "re-nacimiento": una persona muere, y su muerte llama hacia la vida a un niño. Nacido un hermanito su madre debía morir. "¿Mamá morirá realmente, sí o no?". Ana ha aprovechado una ocasión favorable para asegurarse de ello. En efecto, mamá no muere. Este era un feliz desenlace, pero asestaba un serio golpe a la teoría del renacimiento. Desde entonces, cómo explicar el nacimiento, o en general la aparición de niños en el mundo. Sólo

quedaba la teoría de la cigüeña, hasta entonces desechada —por lo menos implícitamente—, dado que Ana adoptaba la otra hipótesis.

Podría ahora interrogarse: (debe por fuerza admitirse que el espíritu de los niños de esta edad se ocupe de tales problemas? Responderemos que lo asombroso sería lo contrario, pues se sabe que al niño le interesan profundamente todos los fenómenos que presencia. De aquí sus interminables preguntas sobre el porqué y el cómo de todas las cosas. No se podría comprender su psicología sin desprenderse por un momento de los cristales de la civilización. Aunque para nadie exista acontecimiento que iguale en importancia al nacimiento de un niño, este hecho —como por otra parte todo cuanto atañe a la vida sexual— pierde para nuestros ojos de civilizados su carácter de fenómeno biológico único en su género. Sin embargo, el sentimiento de su verdadero valor, afianzado en el transcurso de innumerables siglos, debe conservarse en alguna parte.

¿Y dónde encontrarlo si no en el espíritu del niño, en quien la civilización todavía no ha obliterado el pensamiento espontáneo y primitivo? Infortunadamente, sus padres ignoran las tentativas de explicación a las cuales pudo haberse entregado Ana durante los días siguientes, pues entonces regresó a casa de su abuela por algunas semanas. Según ésta, en varias ocasiones la niña se expresó de un modo que parecía testimoniar una confianza nueva en la teoría de la cigüeña, alentada, claro está, por las personas que la rodeaban.

Cuando a su retorno Ana volvió a ver a su madre, asumió la misma actitud molesta y recelosa que después del parto. Sus padres lo notaron sin poder comprenderlo. Con el recién nacido, se mostró muy amable.

Entre tanto, había llegado una enfermera cuyo uniforme causó fuerte impresión en la pequeña; impresión cuyos efectos parecieron en un principio radicalmente negativos, pues se tradujeron en una obstinada resistencia a la recién venida. Ana se rehusaba en forma categórica a dejarse vestir y acostar por ésta. Una escena que le hizo junto a la cuna de su hermanito reveló los motivos de su resistencia. Ana gritaba enfurecida: “¡No es tu hermanito, es mío!”. Sin embargo, poco a poco se fué reconciliando con la extraña. Comenzó a jugar “a la enfermera”; quiso tener un delantal y una cofia blanca, y comenzó a “atender”, ya a su hermanito, ya a su muñeca. Al mismo tiempo, sus iras iban sustituyéndose por una disposición elegíaca y soñadora. Solía pasar largas horas sentada debajo de una mesa, canturreando y rimando interminables historias, en las cuales —cuando no eran ininteligibles—, podía adivinarse la expresión de ofrendas y deseos quiméricos, por lo común relacionados con el tema de la “enfermera”: “yo soy una enfermera de la Cruz Verde”, y que a veces traicionaban sentimientos manifiestamente penosos.

Advertimos aquí nuevos hechos importantes en esta existencia de muchachita. Ensueño, tendencia a la melancolía, veleidades poéticas; rasgos todos que solemos encontrar en el individuo humano de edad más avanzada: en el momento de su juventud en que se apronta a romper los estrechos lazos que lo unen a la familia;

ruptura indispensable, pero que no se cumple sin una angustiosa resistencia interior, provocada por la nostalgia del hogar. Es también en esa época cuando siente en él un vacío que debe colmar, y busca una compensación a su sacrificio en la fantasía y la poesía. A primera vista, puede considerarse paradojal asimilar la psicología de un niño de cuatro años a la de la pubertad, pero la diferencia de edad no impide que funcione aquí idéntico mecanismo psicológico. Los ensueños elegíacos indican cómo una parte de las facultades de amor, que se dirigía y debía normalmente dirigirse hacia un objeto real, se ha introvertido, es decir, vertido hacia dentro, vuelto hacia el interior de la persona, donde ocasiona un incremento de la actividad imaginativa. Es éste, por otra parte, un proceso general y típico.

A poco que en la vida se tropiece con alguna dificultad que obstaculice la adaptación personal, impidiendo así que la corriente de la libido se oriente hacia lo real, hay introversión. En otras palabras: la acción que debiera volcarse sobre la realidad es reemplazada por un acrecentamiento de la actividad imaginativa. Ésta intenta apartar el obstáculo, y al principio lo consigue, por lo menos ficticiamente; esta primera solución ilusoria podrá conducir después a una solución práctica. De ahí las extravagancias en las que se complace la imaginación de los neurópatas, quienes de este modo tratan indirectamente de combatir su especial represión. Por eso también las ilusiones características de aquellos tartamudos que en su fantasía se ven dotados de un gran talento oratorio (pretensión que, según lo demuestran los sugerentes estudios de Adler acerca de la inferioridad orgánica, puede justificarse en cierto sentido).

¿Mas por qué esta introversión? ¿Es propia de dicha edad o producto de un conflicto?

El examen de algunos incidentes esclarecerá el punto. Ana desobedece ahora con frecuencia a su madre y responde de manera voluntariosa, rebelde y provocadora: “Me iré de nuevo a casa de abuela”.

Madre: “Me quedaré triste si te vas”.

Ana: “¡Oh!, tú tienes al hermanito”.

El efecto que esta amenaza de partir produce en la madre, nos muestra claramente su finalidad: Ana quiere ver qué piensa su madre de ella. Más exacta y genéricamente, desea saber qué lugar ella, Ana, ocupa en su cariño; si el hermanito no la ha suplantado por completo. Pero en el fondo, no ha hecho sino lanzar una bravata que no debe tomarse al pie de la letra. En verdad ha podido darse perfecta cuenta de que el afecto que su madre le profesa en nada ha variado. Ella misma siente que su reproche indirecto carece de fundamento, y esta falta de convicción traiciónase en cierta afectación en el tono que no podría escapar a un oído atento. En determinadas ocasiones también los adultos suelen forzar el tono en la misma medida en que quieren no ser creídos. De cualquier manera, considerando en sí el reproche de Ana a su madre, ésta no tenía por qué turbarse; era sólo un indicio premonitorio de

más serias resistencias. He aquí otro incidente, ocurrido poco después del diálogo que acabamos de relatar:

Madre: “Ven, Ana, vamos al jardín”.

Ana: “¡Mentira!, ¡pobre de ti si no dices la verdad!”.

Madre: “¿Qué te pasa Ana? Tú sabes muy bien que siempre digo la verdad”.

Ana: “No, no dices la verdad”.

Madre: “Ya verás, ven en seguida, que iremos al jardín”.

Ana: “Entonces, ¿es cierto? ¿Completamente cierto? ¿Tú no dices mentiras?”.

Escenas como éstas se repitieron. El tono de Ana era ahora vehemente, apremiante; en su manera de recalcar la palabra “mentir” había algo singular, que sus padres no comprendieron en seguida.

De otra parte, confirieron demasiada poca importancia a la charla espontánea de la niña, no haciendo con ello sino seguir nuestro habitual sistema de educación.

Generalmente no se escucha bastante a los niños. Pequeños o grandes, se los considera irresponsables en todo cuanto se refiere a temas esenciales, pero se cuida que adquieran una perfección automática respecto a cosas secundarias. No se repara que detrás de una resistencia ocúltase una pregunta, un problema, un conflicto, y, si acontece que en un momento dado ciertas manifestaciones del niño delatan el objeto de sus preocupaciones, se olvidará vincular sus palabras circunstanciales con sus resistencias ordinarias.

En otra conversación mantenida con Ana, su madre vióse obligada a responder a preguntas engorrosas:

Ana: “Cuando yo sea grande quiero ser enfermera”.

Madre: “Yo también tenía el mismo deseo cuando era pequeña”.

Ana: “Entonces, ¿por qué no has sido tú enfermera?”.

Madre: “Porque me he convertido en una mamá; ahora tengo niños a quienes cuidar”.

Ana (pensativa): “¿Entonces yo seré una mujer como tú? ¿Viviré en otro lugar? ¿Podré hablar contigo?”.

La intención que dirige la pregunta de la niña se trasunta en la respuesta de la madre. Quizá parezca paradojal y sea necesario explicar esta idea de que en la respuesta materna debemos buscar la finalidad de las preguntas de la niña.

Uno de los mayores méritos de Freud es haber problematizado radicalmente el papel de los móviles conscientes de la voluntad. La desmesurada importancia que atribuimos al pensamiento consciente en la determinación de nuestros actos es, sin duda, una consecuencia de la represión de nuestros instintos. Según Freud, el criterio para penetrar la significación psicológica de nuestras acciones, no reside en los móviles conscientes, sino más bien en sus resultados (apreciados, obvio será decirlo, como efectos psicológicos y no físicos). He aquí lo que las hace aparecer bajo una luz nueva, captándose así el valor de esta concepción desde el punto de vista biológico. A falta de ejemplos —que no podría exponer ahora— me limitaré a subrayar su capital

importancia para el psicoanálisis, que puede encontrar en él un profundísimo principio heurístico. Evidentemente, Ana quisiera tener un bebé a quien cuidar, igual que la enfermera. La forma en que éste llegó a manos de la enfermera está muy clara; por tanto, cuando Ana sea grande también podrá tener un niño del mismo modo. Pero, ¿por qué mamá no se ha convertido en una de estas enfermeras que llegan a poseer un niño de manera tan sencilla? En otras palabras, si mamá no ha adquirido al niño por la misma vía, ¿de dónde lo sacó entonces? Ana concibe que podría llegar a tener un niño de la misma manera que la enfermera, pero lo que no entiende es cómo, más tarde, las cosas podrían ocurrir tan diferentemente; es decir, cómo un día podría ella parecerse a su madre en la manera de tener niños. De ahí su pregunta, pletórica de meditaciones y perplejidad: ¿es que no me convertiré en una mujer como tú?, ¿o seré en todo sentido una mujer de otra clase? Ella ha visto que de la teoría de la cigüeña no podía sacarse mas que de la de la muerte: por consiguiente, los niños son entregados, como, por ejemplo, se le dió el hermanito a la enfermera. Pues yo también —se dice Ana— podré tener uno así, de esta manera tan sencilla. Pero mamá no es enfermera, y sin embargo… tiene niños. La pregunta: *¿por qué no has sido tú enfermera?*, que significa: “¿por qué no has tenido tú niños de una manera tan comprensible?”, se explica ahora con nitidez. Esta forma curiosamente indirecta de interrogar es típica; quizá dependa de la oscuridad con que el problema se presenta a los ojos de Ana. También pudo notarse en ella cierta “diplomática imprecisión”, motivada por la necesidad real de evitar interrogaciones directas. Un ejemplo, que encontraremos más adelante, parece robustecer esta interpretación. En suma, todo conduce a la pregunta: ¿de dónde vino el niño? La cigüeña no lo ha traído; mamá no murió a su arribo, ni tampoco ha entrado en posesión de él de la misma manera que la enfermera. Además, cuando al principio Ana consultó a su padre, éste respondió con la historia de la cigüeña. Pero, decididamente, esta historia es falsa. Ana está segura de ella y no se deja engañar; por consiguiente, papá, mamá y también todos los demás mienten. Ello explica la desconfianza manifestada por la pequeña en el momento del parto, los reproches a su madre y los ensueños melancólicos en los cuales pudimos advertir una introversión parcial. Sabemos ahora de que objeto real se desprende el amor que, desde entonces, sin punto de apoyo, debía introvertirse. Es de sus padres, quienes no quieren decide la verdad. ¿Qué pasa que no se puede decir?, ¿qué hay detrás de todo esto? Tal es el sentido de las preguntas que poco más tarde se hará la pequeña, y a las cuales contestará: sin duda es algo grave que debe mantenerse secreto; quizá algo peligroso. Todas las tentativas de Ana para hacer hablar a su madre, con el propósito de descubrir la verdad mediante preguntas acaso intencionadamente capciosas, han fracasado. Desde entonces opone resistencia tras resistencia, iniciándose la introversión de sus sentimientos. Es obvio que la facultad de “sublimación” de una niña de sólo cuatro años hállase aún harto poco desarrollada como para poder prestarle un gran auxilio. Ana deberá por lo tanto buscar otra compensación a sus desengaños sentimentales. Nuevamente recurrirá a esa maniobra

específicamente infantil orientada a forzar la atención de los padres, que por lo común consiste en gritar y llamar durante la noche para que la madre se allegue. Cuando Ana tenía un año había empleado este recurso con frecuencia; ahora retorna a él, pero obedeciendo a motivos precisos en los cuales se transparenta con toda claridad la influencia de sus últimas impresiones.

Poco después del terremoto de Mesina, en el hogar de Ana hablábase mucho del acontecimiento, manifestando la pequeña extraordinario interés. Constantemente pedíale a su abuela que le relatara cómo había temblado la tierra, cómo se habían derrumbado las casas, cómo millares de personas habían perecido sepultadas. A partir de entonces, todas las noches Ana experimentaba accesos de angustia. No soportaba quedarse sola; su madre veíase obligada a permanecer junto a su lecho, si no "vendría el terremoto y la casa se derrumbaría, aplastándola". Las mismas ideas continuaban preocupándola durante la vigilia. En los paseos importunaba a su madre con preguntas como las siguientes: *¿Estará entera la casa cuando volvamos? ¿Papá estará vivo? ¿Estás segura de que no hubo un terremoto?* Cada piedra del camino la detenía: *¿las trajo el terremoto?* Las casas en construcción eran a sus ojos ruinas de la catástrofe. Más tarde aumentaron sus temores nocturnos; a menudo despertábase gritando: *¡viene el terremoto, ya lo oigo rugir!* Todas las noches era menester asegurarle que nada sucedería.

A fin de tranquilizarla ensayáronse diferentes métodos, por ejemplo, se le explicó que los terremotos sólo se producen en los países volcánicos. Pero entonces era preciso probarle que las montañas que circundan la ciudad no son volcánicas. Y las mismas exigencias de esta dialéctica originaron en ella una sed de conocimientos tan viva como poco natural a su edad. Fue menester proporcionarle cuantos atlas y obras de geología ilustradas había en la biblioteca paterna. Desde entonces, al mismo tiempo que pasaba horas y horas buscando fotografías de volcanes y terremotos, Ana formulaba preguntas interminables.

Se nos presenta aquí una enérgica tentativa de sublimar el miedo en actividad intelectual. Tentativa evidentemente prematura. Cuántos niños bien dotados, a quienes atormentan los mismos problemas, no habrán experimentado los perniciosos efectos de una educación que fomenta una sublimación antes de tiempo, pues favorecerla a esta edad es engendrar en el niño un elemento de neurosis. El ardor intelectual, la urgencia de saber, tienen su fuente en el miedo, y este mismo miedo es expresión de una libido convertida, es decir, representa una introversión que tiende a ser neuropática y que no es imprescindible ni favorable al desarrollo infantil. El sentido de aquellas ansias de ciencia manifestadas por Ana aclárase al analizar cuidadosamente una serie de preguntas que casi a diario planteaba a sus padres: *¿Por qué Sofía* (su hermana) *es más joven que yo?, ¿dónde estaba Federiquito* (el hermano menor) *antes de nacer?, ¿en el cielo?, ¿qué hacía allí?, ¿por qué bajó del cielo solo y ahora y no antes?*

Todo esto indujo al padre de Ana a pensar que en la primera ocasión favorable su esposa debía decir a la niña la verdad acerca del nacimiento de su hermanito. Así, un día que Ana inquirió nuevamente acerca de la cigüeña, su madre le explicó que esta historia no era verídica, y que el hermanito se había formado en su cuerpo del mismo modo que las flores crecen en la tierra; que al principio era muy pequeño y después había crecido como las plantas. Ana escuchó con toda atención sin manifestar la menor sorpresa. Luego preguntó: “¿Salió solo?”.

Madre: “Sí”.

Ana: “Pero si no puede caminar todavía”.

Hermana de Ana: “Y bueno, salió arrastrándose”.

Ana (pareciendo no haber oído la insinuación): “Entonces (señalaba su pecho) ¿hay un agujero aquí? ¿O salió por la boca? ¿Y la enfermera, qué ha salido de ella? Aquí Ana se interrumpió para gritar: “¡pero no, yo sé muy bien que la cigüeña trajo del cielo a mi hermanito!”. E inmediatamente, sin dar a su madre tiempo para responder, cambió de tema y dijo que deseaba ver las imágenes de los volcanes.

La noche de ese día se mostró tranquila. Era visible que su espíritu trabajaba activamente (podía percibirse a través de cierta premura en su manera de interrogar) sobre las revelaciones que se acababan de hacer, las cuales implicaban toda una serie de preguntas y suposiciones. Abríanse para ella nuevas perspectivas, todas convergentes hacia un problema capital: “¿por dónde había salido el niño?, ¿por una abertura del pecho?, ¿o por la boca?”.

Ana vacilaba aquí entre dos teorías igualmente difundidas y bien acreditadas. ¿No vemos que aun jóvenes recién casadas sustentan la idea de una incisión practicada en la pared abdominal y se representan el parto como una operación cesárea, siendo por ello conceptuadas como de una particular inocencia? En realidad no se trata aquí de inocencia. Sabemos que a menudo esa idea no es más que una consecuencia psicológica de prácticas sexuales infantiles, cuyo efecto es desvalorizar todo cuanto se aproxima a las “vías naturales”. ¿Por qué el niño (parece que debiéramos asombrarnos de ello) recurre a la absurda hipótesis de un parto por la boca o por un orificio del pecho? ¿Por qué no piensa de inmediato en los orificios inferiores, puesto que sabe que diariamente algo sale por ellos? Es fácil explicarlo. En el caso de Ana, por ejemplo, sabemos que en una época anterior su madre debió desplegar todo su talento de educadora a fin de reprimir un interés muy vivo, poco compatible con la higiene y las conveniencias, por tales orificios y los singulares productos que arrojan. También había conocido Ana las leyes de interdicción que califican como prohibidas ciertas partes de nuestro cuerpo. Niñita sensible y perspicaz, al punto comprendió que había allí algo “tabú”, motivo por el cual, a partir de entonces, ignorábalas en sus diferentes hipótesis.

Ciertamente este error de táctica es perdonable en una criatura de cuatro años, máxime cuando hay tantos adultos incapaces de ver nada sexual, aun allí donde salta a la vista. En este punto Ana respondía a la influencia de la educación con una

docilidad que no demostraba su hermanita. A ésta por el contrario, distinguíala lo audaz de sus propósitos e investigaciones respecto a la orina y materias fecales. Inclusive en el transcurso de las comidas hablaba abiertamente de estas cosas. Resumía en una palabra esa desvergüenza infantil: según ella todo era "gracioso". Pero su madre tenía otra opinión y, advirtiéndole "que esto nada tenía de gracioso", prohibióle de una vez por todas tal clase de chanzas. La pequeña pareció someterse a este inexplicable capricho pedagógico, pero en realidad planeaba su venganza. Un día que se servía un nuevo plato, negóse rotundamente a comerlo, alegando que no era "gracioso". Desde ese momento rehusó todo plato inhabitual que se traía a la mesa.

Esta suerte de negativismo es una actitud típica, cuyo significado psicológico puede hallarse fácilmente. El niño tiene su propia lógica sentimental, muy simple, que dice: "¡ah!, ¿no encuentran ustedes divertidas mis hazañas y me obligan a renunciar a ellas?, bien, tampoco yo encuentro divertidas las invenciones de ustedes, y no tocaré nada cuya excelencia ponderen". Como todas las compensaciones similares que busca el niño, esta forma de desquite inspírase en un principio que desempeña un gran papel en su vida, y que podría formularse así: "a ti te gusta que yo me haga mal".

Pero volvamos a nuestro caso.

Ana, pues, se ha mostrado dócil; se ha doblegado tan bien ante las exigencias sociales que la respuesta más simple es asimismo la última en la que pensará, o cuando menos, de la que hablará. Y sabemos que una interpretación equivocada que ha sustituido a la verdadera, puede persistir muchos años, hasta el momento en que alguna circunstancia externa aporte una súbita revelación. Tampoco ha de extrañarnos que prestigiadas y fomentadas por los mismos padres, ficciones semejantes puedan resurgir más tarde, desempeñando un importante papel en ciertas neurosis como "determinantes sintomáticas", o en calidad de ideas delirantes en algunas psicosis —como lo he demostrado en mi "Psicología de la demencia precoz". Lo que durante largo tiempo ha habitado en el espíritu, puede siempre reaparecer en él en una u otra forma, a veces disimulado tras algún equivalente de muy distinta apariencia.

Antes de haber podido resolver el problema del orificio por donde el niño sale del cuerpo materno, encontróse Ana frente a otro. Sabe ahora que su madre tiene niños, y que estos han salido de ella. ¿Y la enfermera, entonces? ¿También ha salido algún niño de ella? Fue aquí, cuando, sin esperar la contestación, se interrumpió a sí misma y exclamó: *¡No, no, la cigüeña trajo del cielo a mi hermanito!* Entonces, ¿por qué la preocupa la idea de que ningún niño ha salido de la enfermera? ¿Qué hay de tan particular en ella? La respuesta es la siguiente. Como hemos visto, Ana, identificándose con la enfermera, proyectó serlo también, y como deseaba tener un bebé, se dijo que le sería posible adquirirlo de la misma manera que aquella. ¿Pero a qué conclusión debía llegar si se le enseñaba que su hermanito se había formado en el cuerpo de su madre? Esta cuestión la inquieta y por lo tanto se apresura a apartarla, aferrándose otra vez a la teoría de la cigüeña y a la de los ángeles, en la cual jamás

había creído positivamente, y que pronto desechará para siempre. Quedan entonces dos cuestiones. En primer término: ¿por qué lugar del cuerpo materno sale el niño?, luego, otro mucho más embarazoso: ¿cómo es posible que mamá tenga niños, y la enfermera y la sirvienta no? A este respecto Ana guardará silencio provisoriamente.

Al otro día, durante la cena, Ana exclamó de pronto y sin motivo aparente: *¡Mi hermano está en Italia, tiene una casa de tela y de vidrio que no puede derrumbarse!* No se intentó pedirle explicaciones; hubiérase chocado con una resistencia demasiado firme; Ana estaba siempre lista para evadirse. Sin embargo, de un modo indirecto, ella hace aquí una especie de comunicación oficiosa. Desde aproximadamente tres meses a esta parte, la niñita y su hermana habían imaginado la figura estereotipada de un “hermano grande” que lo sabe todo, lo puede todo, y está o ha estado doquiera los niños no pueden ir. Cada una de las dos pequeñas tiene el suyo, dueño de toda clase de animales grandes, vacas, terneros, caballos y perros (es esta una definición primitiva de la divinidad). No se requiere ir muy lejos para descubrir la fuente de esta ficción, o más estrictamente, para establecer quien es el prototipo del “hermano grande”. Es el padre de las niñitas, que es como si fuese un hermano de mamá; como mamá, también ellas quieren tener un hermano, que se le parezca y sea poderoso como él. Ahora bien, el “hermano grande” de Ana, que es muy corajudo, está actualmente en Italia, país peligroso, y habita una casa tan sólida que nada puede destruir.

Se ve cómo Ana realiza con su ficción un deseo particularmente caro: “no temer el terremoto”. Desde entonces, su fobia y sus temores no tenían ya razón de ser y, en efecto, cesaron. A partir de este memento, su miedo a los terremotos desapareció totalmente. Ana ya no exige que su padre llegue junto a su lecho para calmar su angustia; sólo reclama besarlo, pues desde entonces le testimonia mayor ternura. El padre notó este cambio y trató de probarla una vez más. Le hizo ver nuevas imágenes de volcanes y de los terribles efectos de un terremoto. Ana los miró con indiferencia y se limitó a decir “que estaban muertos”, y “que ella ya había visto eso”. Ni siquiera la fotografía de una erupción volcánica la conmovió. Todo su hermoso celo científico habíase esfumado; su curiosidad desvanecióse tan rápidamente como había llegado. Además, tenía ahora ocupaciones más importantes. Habíase propuesto divulgar a su alrededor las revelaciones recibidas de su madre, pero sintió necesidad de someterlas antes a una minuciosa verificación. Tuvo que asegurarse una vez más que Federiquito se había formado realmente en el cuerpo de su mamá, y que lo mismo había ocurrido con respecto a ella y a su hermana; que papá se había formado en el cuerpo de la abuela, mamá en el cuerpo de su mamá, los sirvientes en los de sus mamás respectivas… Pero, ¿era esta una verdad definitivamente adquirida y a prueba del tiempo? Fue preciso que Ana obtuviese reiteradas confirmaciones antes de abandonar sus últimas dudas, pues su desconfianza se había despertado. Entretanto, el mito de la cigüeña y de los ángeles solía reaparecer en la conversación de las niñitas, en las historietas que canturreaban a sus muñecas, pero ya no traslucían éstas el acento de la

fe. En suma, los nuevos conocimientos adquiridos por Ana demostraron sus buenos efectos: la fobia no recidivó. Sólo una vez esta feliz seguridad se vio seriamente comprometida. Más o menos ocho días después de habérsele hecho a Ana las revelaciones decisivas, una influenza obligó a su padre a quedarse una mañana en cama. Las niñas lo ignoraban, y Ana, al entrar en su habitación, vio a su padre acostado, espectáculo insólito para ella. En su rostro asomó una singular expresión de asombro y de perplejidad. Negóse a aproximarse al lecho y, visiblemente intimidada y recelosa, se mantuvo a distancia. Después, espetó con brusquedad: “¿Por qué estás en cama?, ¿tú también tienes una planta en la barriga?”. Como es de imaginar, el padre se echó a reír y la tranquilizó explicándole que ningún niño podía formarse en su cuerpo, que los hombres jamás tenían hijos, que sólo las mujeres podían tenerlos. Al oír esto la pequeña pareció recobrar confianza. Bajo una tranquilidad superficial, empero, secretamente continuaba rumiando sus problemas.

Algunos días después, durante el almuerzo, Ana dijo que había soñado con el arca de Noé. Al pedirle su padre que relatara el sueño, respondió con frases sin pie ni cabeza. En tales casos lo mejor es no insistir y esperar. En efecto, al cabo de un instante Ana le contó a su abuela: *He soñado con el arca de Noé, dentro de ella había muchos animalitos.* Luego se detuvo, volviendo poco más tarde a iniciar por tercera vez su historia: *Anoche soñé con el Arca de Noé, adentro tenía muchos animales pequeños; debajo había una tapa que se abría y todos los animalitos caían.* Con un poco de experiencia de inmediato se alcanza el sentido de esta ficción. Ana y su hermana poseen, en efecto, un Arca de Noé, pero que se abre por el techo, es decir, por una tapa colocada arriba. Se advierte el significado de este desplazamiento. Tiende a insinuar con delicadeza: “no es posible, dudo que el niño salga de la madre por la boca o por el pecho; entreveo cómo ocurren las cosas: es por abajo que sale”.

Transcurrieron varias semanas sin ningún incidente notable. Después, Ana soñó: *He soñado que papá y mamá permanecían levantados en la biblioteca durante largo tiempo, y que también los niños estaban allí.* Aparentemente este sueño realiza un conocido deseo común a todos los niños: que se les permita quedarse levantados tanto tiempo como papá y mamá. Pero este deseo, así colmado, sólo sirve para disfrazar otro, mucho más vivo y profundo: permanecer allí durante la noche, cuando los padres están solos. El sueño, inocentemente, sitúa la escena en la biblioteca, donde Ana ha podido ver todas las interesantes imágenes de los libros de papá y satisfacer su necesidad de saber; con mayor exactitud, en el mismo lugar donde buscó una contestación a la inquietante pregunta: “¿cómo nació el hermanito?”. “¡Si los niños pudieran quedarse allí durante la noche, sin duda lo averiguarían!”.

Algunos días después, Ana tuvo una pesadilla de la cual despertó gritando: “¡Viene el terremoto, ya se mueve la casa!”. Su madre corrió donde ella estaba y la consoló, asegurándole que no había tal terremoto, que todo estaba tranquilo y todos dormían. La niña exclamó entonces con acento apasionado: “¡Me gustaría tanto ver la primavera, y cómo crecen todas las florecitas!; quisiera ver la pradera completamente

florecida… y también a Federiquito, ¡tiene una carita tan graciosa!… ¿y papá? ¿qué dice? ¿qué hace?”.

Madre: “¿Papa?, duerme y no dice nada”. A lo que replicó la pequeña con una sonrisa zumbona: “Yo creo que mañana estará otra vez enfermo”.

Para comprender bien este coloquio, hay que leerlo comenzando por el final. La última observación debe tomarse como una broma. Se recordará que al ver a su padre enfermo, Ana había sospechado que tenía una planta en el vientre. Su broma entonces significa: “Creo que mañana papá volverá a tener un niño”. Estas palabras son una broma en el sentido de que Ana ya no ignora que papá no puede tener hijos, que sólo mamá puede hacerlo. “Pero, ¿quizá mamá tenga un niño mañana?, ¿y cómo?, ¿qué hace papá?”. Estas palabras plantean ya distintamente el nuevo y arduo problema que comenzaba a inquietar a Ana: “si el padre no tiene hijos, ¿qué es lo que hace entonces?”. La pequeña tiene un vehemente afán de aclarar todos los enigmas, desea saber cómo ha nacido Federiquito, quiere “ver crecer las florecitas”. Todos estos anhelos están en el fondo de su temor al sismo.

Después de este intervalo, Ana durmió apaciblemente hasta la mañana. Al despertar, su madre le preguntó qué le había ocurrido durante la noche. La niñita había olvidado todo. Solo pretendía haber tenido un sueño, que refirió así: *Soñé que yo podía hacer el verano, luego, alguien arrojó un polichinela en el retrete.* Según puede advertirse, este extraño sueño se compone de dos episodios separados por la palabra “luego”. El segundo se relaciona con un deseo que la pequeña acaricia desde hace algún tiempo: poseer un polichinela, es decir, un muñeco varón, así como mamá tiene un niñito. “Luego” alguien arroja al polichinela al retrete, donde generalmente se deja caer otra cosa. Lo que significa: el niño sale del cuerpo del mismo modo que las cosas que caen en los retretes. Volvemos a encontrar aquí la teoría del “excremento” de “Juanito”. En el sueño integrado por varias escenas, de ordinario cada una de ellas no es sino variación de un único complejo. También en este sueño, la primera parte es sólo una variante del tema que trata la segunda. Ya hemos visto lo que significa “ver la primavera”, “ver crecer las florecitas”. Ana sueña ahora que le es posible “hacer el verano”; dicho de otra manera: “hacer crecer las flores” o, “hacer un niño”. Y la segunda parte del sueño agrega: “de igual manera que se hace una deposición”. Es el mismo deseo egoísta que, en sus manifestaciones de la noche anterior, se disimulaba bajo preocupaciones en apariencia puramente objetivas.

Pocos días más tarde, la madre de Ana recibió la visita de una señora en avanzado estado de gravidez. Las niñas no parecieron prestarle la menor atención, pero al día siguiente se las vio muy divertidas con un juego nuevo. A iniciativa de Ana, cogieron cuanto diario viejo había en el cesto de papeles de su padre y se lo metieron debajo de sus enaguas con la inequívoca intención de remedar a la señora encinta. Además, por la noche Ana soñó que “ella estaba en la ciudad y veía a una señora que tenía un gran vientre”. Esto termina de demostrar la significación que debe atribuirse al juego de los niños: cualquiera sea el aspecto bajo el cual se presente, el actor principal de un

sueño es el propio soñador. Poco tiempo más tarde, Ana ofreció a su madre un espectáculo sorprendente. Había introducido su muñeca debajo de su pollera y la sacaba de allí muy lentamente, en tanto con la cabeza inclinada y fijos los ojos en lo que estaba haciendo, decía: *mira, el niñito sale, ya está casi todo afuera.* Con lo que quería decir: “es así como me figuro el nacimiento, ¿qué piensas tú? ¿Es así… no?”. En efecto, este juego debe ser entendido como un inquirir. Ana (luego tendremos la prueba) aún necesitaba que su interpretación del parto le fuese oficialmente ratificada.

En el transcurso de las semanas ulteriores, ciertos rasgos imprevistos en su conducta y en su hablar, convencieron que ella no había cesado de cavilar el problema. Repitió el juego que acabamos de describir, con su oso, a la sazón su muñeco favorito. Otro día, mostrando a su abuela una rosa, le dijo: *¿ves?, esta rosa va a tener un niño.* Como la abuela no daba muestras de estar persuadida, Ana agregó, al tiempo que señalaba con el dedo el cáliz hinchado: *mira como ya está gruesa aquí.*

Otra escena: Ana y su hermanita riñen; esta última grita encolerizada: *¡te voy a matar!* La mayor responde: *cuando yo esté muerta, tú estarás completamente sola, entonces deberás rogar a Dios para que te envíe un niño vivo.* E inmediatamente cambia el cuadro: Ana se ha atribuido el papel de ángel, y su hermanita, arrodillada, le suplica que le otorgue un niño. Se ha convertido en la diosa fecunda y pródiga de la maternidad.

Otro día, en que se sirve naranjas como postre, Ana reclama impacientemente que se le dé una. *Quiero tragarla y hacerla llegar hasta el fondo de mi vientre; así tendré un niño.* Imposible no recordar aquellos cuentos de hadas donde mujeres estériles se embarazan tragando un fruto o un pescado (Riklin: “*Wunsch-Erfüllung und Symbolik im Märchen*”: La realización de los deseos y el simbolismo en los cuentos, Viena, Deuticke).

Ana, pues, se pregunta ahora: “¿cómo penetra el niño en la madre?”. Es este otro aspecto del problema, un nuevo tema que hasta ahora no había sido formulado en forma precisa. La solución se presenta provisoriamente bajo la apariencia de un símbolo, rasgo en el que se reconoce el carácter arcaico[5] de las operaciones mentales infantiles. De otra parte, el propio adulto conserva la facultad de pensar mediante símbolos. Formados en la región psíquica inmediatamente subyacente a la conciencia, los símbolos afloran a la superficie en los sueños, y también en la demencia precoz. Es significativo que hallemos repetidamente estas suertes de alegorías infantiles en los cuentos alemanes y en buen número de cuentos en otras lenguas. En efecto, parecería que los cuentos de hadas fueran los mitos de la infancia, y que entre otras cosas en ellos pudiera encontrarse toda la mitología que el niño construye en torno a los fenómenos naturales.

Decir que el cuento de hadas es el mito del niño, equivale a definirlo de un modo demasiado somero. En realidad, es primeramente trasmitido al niño por la madre, su

depositaria. Y, por cierto, conociendo ésta las realidades sexuales, no las traduce conscientemente en un símbolo. De otra parte, es poco verosímil que en nuestros días una madre cree inconscientemente nuevos símbolos,[6] pues el símbolo es materia fijada desde hace siglos y que se presenta bajo formas casi idénticas en los documentos más antiguos. Sin duda, muchos símbolos pasaron a las leyendas a través de ritos religiosos y de costumbres supersticiosas hoy olvidados. Cualesquiera fuesen los errores de interpretación en que se haya podido incurrir en algún caso particular, es indiscutible que gran parte de los símbolos de los cuentos de hadas tiene significado sexual.

Es posible que el especial encanto que los adultos encontramos en la poesía de los cuentos de hadas se deba quizá a que esas viejas ficciones perviven en nosotros ejerciendo continuamente su acción en nuestro inconsciente. Pues todo lo que evoca las impresiones de la primera infancia hace vibrar en nosotros algo particularmente íntimo y hondo, tanto más cuanto que este pasado, así revivido, no llega a la conciencia como recuerdo, sino sólo como eco lejano de intensas emociones.

¿Cómo se introduce el niño en la madre? Es éste un problema intrincado para un pequeño ser de la edad de Ana. A sus ojos, todo lo que penetra en el cuerpo no puede hacerlo sino por la boca. Entonces, habrá que suponer que la madre ingiere alguna cosa, por ejemplo, un fruto, que luego se desarrolla en su cuerpo. Pero aquí se choca simultáneamente con otra dificultad: si bien se comprende cual es el papel de la madre, en qué consiste su aporte, no se entiende para qué sirve el padre. Ahora bien, en razón de la ley del espíritu que quiere que éste economice su esfuerzo, se siente uno llevado a establecer un lazo entre dos incógnitas y a admitir que la solución de la una debe implicar la de la otra. Es ésta la causa de que Ana llegue muy pronto a la certidumbre de que el padre desempeña algún papel, precisamente y sobre todo porque ella no sabe nada acerca de cómo llega el niño al cuerpo de la madre.

¿Cuál es el papel del padre? Tal es el problema que desde ahora exclusivamente preocupará a Ana. Una mañana llega corriendo a la habitación de sus progenitores, quienes en ese momento se hallan en el cuarto de baño; salta al lecho de su padre, se acuesta boca abajo y comienza a patalear mientras exclama: *¿No es cierto que papá hace así?* Sus padres ríen y no contestan. Sólo más tarde descubren el sentido de esta manifestación. Al punto se recuerda aquí el caballo de “Juanito”. La semejanza es sorprendente.

Después de este episodio, las indagaciones de Ana parecieron suspenderse del todo. Por lo menos sus padres no tuvieron ocasión de observar ningún otro indicio. Además, no debe sorprender que las búsquedas de Ana se estacionasen, pues la pequeña llegaba entonces al punto realmente difícil, y es raro —la experiencia lo prueba— que el niño de su edad franquee este límite. En efecto, parecería que más allá, el problema se sitúa fuera de su alcance. Para resolverlo, son indispensables ciertos conocimientos que todavía no posee, dado que ignora la existencia del esperma y nada sabe del coito. Sólo le queda, pues, una hipótesis: la madre debe

comer alguna cosa, ya que, según ella, nada penetra en el cuerpo si no es por esa vía. “¿Pero el padre, en qué interviene aquí?”. Las frecuentes comparaciones que realizaba Ana entre su madre, la enfermera y otras mujeres solteras, debían forzosamente llevarla a la conclusión de que la existencia del padre tiene su significación e importancia. “¿Que hace él?”. Ana, como “Juanito”, supone que se trata de algo con las piernas.

La tregua duró cinco meses, durante los cuales no se comprobó en Ana ningún síntoma de fobia o de complejo. Pero al cabo de este tiempo, sospechóse que algo nuevo se preparaba. La familia vivía entonces en una casa de campo situada en las márgenes de un río, donde los niños se bañaban con su madre. Como Ana temía adentrarse en el agua pasando de donde le cubriera las rodillas, un día su padre la zambulló de cuerpo entero, lo que la hizo prorrumpir en gritos. Por la noche, al acostarse, preguntó a su madre: *¿No es verdad que papá quiso ahogarme?*

Algunos días después, nuevos gritos. Bromeando, el jardinero, a quien Ana de continuo importunaba, la metió en una zanja recién cavada. Esto motivó desesperados clamores de la pequeña, quien luego pretendió que el hombre había querido enterrarla.

Finalmente, una noche Ana tuvo un nuevo acceso de terror que la hizo despertarse gritando. A su madre, que corrió de la habitación contigua a fin de calmarla, le dijo “que un tren pasaba allí arriba y que descarrilaba”. Advirtamos que este tren corresponde exactamente a la diligencia de la historia de “Juanito”.

Como lo muestran los diversos incidentes, la ansiedad, la tendencia a las fobias, reaparecían en Ana, signo de que su amor hacia sus padres chocaba nuevamente con algún obstáculo, con alguna resistencia interior. Por lo tanto, impedido de dirigirse normalmente hacia su objeto, este amor se convertía parcialmente en miedo. Además, esta vez la desconfianza de la pequeña ya no se dirigía contra su madre, sino contra su padre; este padre que sabía todo y rehusaba decir nada. “¿Qué es lo que él urdía?, ¿a qué maniobras secretas se entregaba?”. Misterio que se presentaba lleno de peligros a los ojos de la niña; ¡lo peor podía esperarse de papá! (Este temor infantil al padre vuelve a encontrarse frecuentemente en el adulto y, en un grado muy notable, en la demencia precoz, enfermedad mental que pareciera adecuarse espontáneamente a los métodos del psicoanálisis, tantos son los fenómenos psíquicos inconscientes que nos revela). De ahí la absurda idea de Ana de que su padre había querido ahogarla.

Entretanto la pequeña creció; habíase desarrollado notablemente y su interés por el padre había tomado un matiz muy particular. Imposible definir la singular mezcla de curiosidad y de ternura que brillaba en la expresión de sus ojos.

Fue también en este memento —y sin duda no por azar— que Ana y su hermana inventaron un juego muy agradable. Llamaron “abuelas” a sus dos más grandes muñecas, y jugaron con ellas al hospital. El hospital era un pequeño pabellón del jardín adonde las “abuelas” fueron transportadas, internadas, y desde entonces abandonadas durante la noche. En este caso particular la expresión “abuela” recuerda

asombrosamente la de “hermana grande”,[7] del cual las pequeñas hablaban unos meses antes; asimismo deriva de una ficción análoga. En efecto, parece que la abuela no fuese aquí sino un sustituto de la madre, de donde debe deducirse que Ana comenzaba a deshacerse mentalmente de ésta. Idéntica tendencia manifestóse en Ana en otra ocasión. Las hermanitas habían transformado el pabellón del jardín en morada para ellas y sus muñecas. Un punto muy importante era que, como todas, la casa tuviese su cuarto de baño. A este efecto escogieron un determinado rincón donde, naturalmente, comenzaron a hacer sus necesidades. Desde luego, la madre vióse obligada a desbaratar la ficción, prohibiendo el juego. Poco después escuchó decir a Ana: *Cuando mamá se muera, todos los días podremos “hacer” en el pabellón y ponernos nuestros vestidos del domingo*. Otro motivo que inducía a Ana a decir esto, era que pocos días antes su madre había merecido su menosprecio. Fue así: el jardinero había trabajado y rastrillado una gran superficie de terreno, donde luego sembró césped. Ana encontró gran placer en ayudarlo, sin sospechar el profundo significado de este “juego infantil”. Quince días más tarde, fue para ella una alegría contemplar los brotes nacientes de la hierba e iba frecuentemente a observar sus progresos. Durante ese tiempo, se acercó un día a su madre y le preguntó:

“¿Dime, mamá, los ojos han sido plantados en la cabeza?”.

Madre: “Yo no se nada de eso”.

Ana: “¿Y el buen Dios lo sabe?, ¿y papá?, ¿por qué el buen Dios y papá saben todo?”.

Su madre le aconsejó entonces dirigirse a este último. Algunos días más tarde, en momentos en que la familia acababa de dispersarse después de tomar el té, Ana, que había quedado a solas con su padre, quien leía el diario, se acercó a él y de repente le dijo: “papá, dime cómo han sido plantados los ojos en la cabeza”.

Padre: “Los ojos no han sido plantados en la cabeza, estaban allí desde el principio”.

Ana: “¿Entonces no se les plantó dentro?”.

Padre: “No, han crecido por sí mismos en la cabeza”.

Ana: “¿Y la boca?, ¿y las orejas, también crecieron así?, ¿y los cabellos también?”.

Padre: “Sin duda”.

Ana: “¿Los cabellos también? (Pero los ratoncitos nacen completamente pelados?, ¿dónde están los pelos antes de que se les vea? ¿No hay que sembrar antes pequeñas semillas?”.

Padre: “No, mira, en realidad, los pelos salen de pequeños gérmenes que son como semillas, pero estos gérmenes están en la piel y nadie los ha sembrado”.

El padre corre aquí peligro de verse empujado a un callejón sin salida. Adivina adónde quiere llegar Ana, pero, aun refutando su idea no desea, a causa de una sola falsa aplicación que hace de ella, impugnar por completo la teoría de la simiente, tan

felizmente tomada de la naturaleza, y que ha traído a colación con tanta diplomacia. Ademas, debía tenerse en cuenta que Ana se expresaba con inusitada seriedad.

Ana (visiblemente decepcionada y con tono triste): “¿Pero cómo entró en mamá Federiquito?, ¿quién lo plantó en su cuerpo?. ¿Y quién te plantó a ti en tu mamá?, ¿y Federiquito por dónde salió?”.

Estas preguntas irrumpieron súbitamente. El padre, turbado, no quiso al principio contestar mas que la última: “Veamos, tú sabes que Federico es un varón. Y bien, los varones se convierten en hombres, las niñas en mujeres, y solamente éstas pueden tener hijos; los hombres no. Y dime ahora, ¿por dónde crees que tu hermanito ha salido de mamá?”.

Ana (ríe, y animada y alegre señala el lugar de sus órganos sexuales): “¿Es por aquí que salió?”.

Padre: “Claro, ¿no habías ya pensado en ello? Estoy seguro que sí”.

Ana (sin responder y con cautela): “¿Pero cómo entró Federico en mamá? ¿Se le plantó en su cuerpo? ¿O se le sembró una semilla?”.

La pregunta era terriblemente precisa. Imposible eludirla. El padre explicó entonces a la niña, quien le escuchaba muy atenta, que la madre era como la tierra y el padre como el jardinero. El padre proveía la semilla, ésta germinaba en el cuerpo de la madre, y así se formaba un niño. Ana se mostró extraordinariamente satisfecha con esta respuesta. En seguida corrió hacia su madre gritando: “¡Papá me ha contado todo, ahora yo se todo!”. Según su expresión, “ella sabía todo”; sin embargo, no dijo nada a nadie. Pero, eso sí, desde la mañana siguiente empleó irónicamente su nueva ciencia para burlarse de su madre. Se acercó a ésta y le dijo: ¿sabes mamá?, papá me ha explicado que antes de nacer Federiquito era un pequeño ángel y que una cigüeña lo trajo del cielo”. Muy asombrada, su madre exclamó: “¡Estoy segura de que papá no te ha dicho eso!”. Entonces, la pequeña huyó riendo. Evidentemente ésta era su venganza. ¡Ah!, ¿mami no sabía o no quería saber cómo los ojos crecen en la cabeza? ¿Tal vez ni siquiera sabía cómo Federiquito había entrado en su cuerpo? Y bien, no hay por qué preocuparse, podemos continuar haciéndola “marchar” con la vieja historia de la cigüeña. ¡Mamá es muy capaz de creer en ella todavía!

Ana recobró la tranquilidad; su saber habíase enriquecido con nuevos conocimientos; un difícil problema estaba resuelto. La iniciación tuvo otra feliz consecuencia: aumentar la intimidad con su padre, sin que, de otra parte, se resintiera en nada su independencia intelectual. El padre no dejaba, empero, de tener ciertas aprehensiones, pensando que había revelado a una criatura de cuatro años y medio cosas que otros padres guardaban en secreto con tanto celo. Es natural que se preguntase con cierta inquietud si Ana no usaría indiscretamente los conocimientos recién adquiridos. Podría ocurrir que tratara de ilustrar a sus compañeros de juego, o que se divirtiera “saliendo” con frases de niña terrible ante un círculo de mayores. Lo acontecido demostró que sus temores eran gratuitos. Ni una vez siquiera hizo Ana

alusión a las revelaciones recibidas. Éstas habían llevado la tranquilidad a su espíritu, y por el momento, dado punto final a sus preguntas.

No obstante, como lo evidencia el sueño que tuvo algunas semanas más tarde, su inconsciente no había perdido de vista el misterio de la génesis del ser humano: “Se encontraba en el jardín; allí, varios jardineros se apoyaban en los árboles y orinaban; entre ellos estaba su padre”. Como puede apreciarse, Ana volvía al aún no resuelto problema: “¿qué es lo que exactamente hace el padre?”.

Por aquellos días, concurría a la casa un carpintero para componer un cajón que corría con dificultad. Ana lo observó trabajar, y entre otras cosas, cómo cepillaba el cajón. A la noche siguiente soñó “que aquél le cepillaba sus órganos genitales”. No es difícil interpretar este sueño: Ana se preguntaba: “¿podré yo tener un niño?, ¿no será necesario que primeramente se haga sobre mí un poco de lo que hacía el carpintero?”. Es en este punto donde finca la incógnita para ella, y las suposiciones a que da lugar denotan que en esos momentos el inconsciente de Ana trabajaba sobre él con particular intensidad. Pero esto sólo se percibió con claridad algunos meses después, cuando la niña iba a cumplir cinco años.

Entretanto, su hermanita Sofía también había crecido e idénticos problemas comenzaban a preocuparla. Como se recordará, Sofía estaba presente el día en que su madre le dio a Ana, entonces aterrorizada por los terremotos, la primera explicación del nacimiento del hermanito. En esa oportunidad pronunció una frase que parecía llena de sentido. Mas en el fondo —ahora lo probaría— no entendió realmente de qué se trataba. Sofía tenía períodos en que estaba de continuo pegada a su madre, redoblando sus ternuras pero mostrándose al mismo tiempo singularmente irascible y desobediente. Por ejemplo, un día quiso voltear la cuna de su hermanito y, cuando su madre la retó, comenzó a llorar a gritos. Luego prorrumpió en medio de sus sollozos: “¡Yo no sé de dónde vienen los nenes!”. Por supuesto, en seguida se le hicieron las mismas explicaciones que a su hermana mayor, las cuales, por lo menos en apariencia, lograron devolver la serenidad a su espíritu durante varios meses. Al cabo de este tiempo, se repitieron los accesos de mal humor y las escenas de llanto. Un día, inopinadamente, Sofía preguntó a su madre:

“¿Entonces Federiquito estaba en tu vientre?”.

Madre: Sí.

Sofía: “¿Y tú empujaste para hacerlo salir?”.

Madre: Sí.

Ana (interviniendo): “Por abajo, ¿no?” (En realidad, Ana emplea una expresión infantil imprecisa, que puede designar por igual la vagina o el ano).

Sofía: “¿Después, lo dejaste caer?”.

La pequeña dice aquí “dejar caer” pensando en el mecanismo de los inodoros que sirve para hacer descender o dejar caer las deposiciones, y que interesa mucho las dos niñas.

Ana: “¿Pero acaso Federico fue un vómito?”.

Debe advertirse que la noche anterior Ana vomitó a causa de su mala digestión. Después de una pausa de varios meses el espíritu de investigación despertaba súbitamente en Sofía. Proponíase ella ahora verificar la exactitud de las revelaciones que le había hecho su madre, lo cual parecía indicar que éstas le inspiraban dudas. Evidentemente, y juzgando por la naturaleza de sus preguntas, no bastaba la explicación que se le había dado sobre el nacimiento de los niños. El termino "empujar" (herausdrücken – empujar hacia afuera) por ella empleado, y con el cual los niños designan el acto de la defecación, señala en qué dirección se orientaban sus hipótesis.

De otra parte, Sofía las formuló con precisión al interrogar si había dejado "caer" a Federiquito, lo que significa que lo asimilaba totalmente a un producto excrementicio. Fue entonces cuando Ana intervino en el debate, haciendo a su vez esta extraña pregunta: *¿Acaso Federiquito fue un vómito?* El hecho es que sus vómitos de la víspera la impresionaron. Era la primera vez desde sus primeros años que le ocurría semejante cosa. "¡Ah!", se dijo, "las cosas que se encuentran en el cuerpo pueden salir de esta manera". Por cierto que nunca pensó en ello (aunque como hemos visto, ya había considerado la boca como orificio del cuerpo humano). Admitir esta nueva hipótesis equivale a descartar resueltamente aquella que identifica el niño con los excrementos. ¿Pero por qué Ana no piensa de inmediato en el orificio de los órganos sexuales?

Parecería comprenderse esto si recordamos un poco su último sueño. Hay allí algo relacionado con los órganos sexuales que la pequeña no capta; sospecha que primeramente sería necesario que se le hiciese algo —¿pero qué?— a fin de que las "cosas marchen". "¿Y aun así puede que no sea allí donde sucede todo?". "¿Quizá la semilla de los niños entre por la boca, como los alimentos, y el niño salga luego, como cuando se vomita?".

Según puede apreciarse, los detalles del proceso de la concepción continúan siendo un misterio para Ana. Hubo que explicárselo de nuevo y su madre le confirmó que el niño, efectivamente, sale por abajo.

Más o menos un mes después, Ana relató otro sueño: *Me encontraba en el dormitorio de tío y tía X; los dos estaban en la cama. Tiré de la colcha de tío y lo destapé; me senté sobre su estomago y jugué al caballito.*[8]

Según parece, este sueño se presentó de un modo totalmente inesperado. Los niños se encontraban entonces en el campo por varias semanas. Su padre, retenido en la ciudad por sus negocios, había venido a verlos. Ana se mostró particularmente afectuosa con él. Bromeando, éste le preguntó: "¿Quieres volver esta noche a la ciudad conmigo?". Ana: "Sí, ¿podré acostarme contigo?". Al decir esto, se suspendía tiernamente del brazo de su padre, tal como solía ver a su madre hacerlo en ciertas ocasiones.

Recientemente había visitado a la tía aludida en el último sueño (el cual databa de pocos días atrás) y de antemano habíase prometido un placer especial con esta visita,

pues esperaba encontrar a dos pequeños primos que le inspiraban un no disimulado interés. Pero los primos no se encontraban en casa, y la pequeña experimentó una gran desilusión. En ese momento, debía haber en la situación algo vinculado con el sueño, pues éste volvió de pronto a la memoria de Ana. Se advierte muy bien la relación entre el contenido manifiesto del sueño y las frases que acaba de cambiar con su padre.

El tío es un viejo señor a quien Ana no ha visto mas que una o dos veces, por tanto, sólo artificiosamente —como sustituto del padre— figura en el sueño. El sueño en sí mismo, en su contenido real, compensó el desengaño experimentado por Ana el día anterior: se había visto en el lecho de su padre. Es aquí donde reside el "tertium comparationis" —por donde el sueño se enlaza con el presente— y que es también motivo de su súbito retorno a la memoria de la niña. Asimismo representa la reiteración de un entretenimiento habitual: jugar al caballito en el lecho vacío de su padre. Este sueño le sugirió la pregunta que hemos encontrado antes: "¿es así, como hace papá?". Pero Ana sufre una nueva desilusión. A su pregunta el padre responde: "No, tú te acostarás sola en la habitación contigua a la mía". De aquí la irrupción en su espíritu del mismo sueño que ya una vez la había consolado cuando se sintió defraudada en sus vagas aspiraciones eróticas. Este mismo sueño, traduce, en fin, de un modo más nítido la idea que ella se hizo de la "cosa enigmática": que tal cosa debía suceder en la cama, e implicar el movimiento rítmico descrito.

En cuanto a la circunstancia mencionada por Ana en su relato, de que ella se había sentado sobre el vientre de su tío, quizá pueda relacionársela con sus vómitos. Este punto aún no ha podido aclararse.

Aquí finalizan nuestras observaciones. Ana tiene en la actualidad poco más de cinco años. Hemos visto que conoce ya buena parte de los principales hechos sexuales. Hasta hoy no ha podido advertirse que tal iniciación haya perjudicado en forma alguna su carácter o su conducta. También hemos demostrado sus felices efectos terapéuticos. De otra parte, de nuestras observaciones despréndese claramente que la hermanita de Ana necesita una iniciación especialmente adaptada a su caso, la cual no deberá realizarse antes de que el problema surja espontáneamente en su espíritu. Hasta entonces, me parece absolutamente inútil ilustrarla al respecto.

No soy partidario de la educación sexual escolar de los niños ni de ningún otro sistema de iniciación mecánica y uniforme. Por tanto, no me encuentro capacitado para dar consejos pedagógicos positivos y de aplicación general. De los hechos que acabo de exponer sólo puedo derivar una conclusión: es preciso ver a los niños como son, y no como se quiere que sean; en su educación debe obedecerse a las directivas naturales y no a prescripciones fijas. Ahora bien, tal principio —si ha de ser algo más que una simple frase— sólo podría encontrar su aplicación en el empleo del psicoanálisis. En este fragmento en torno al desarrollo espiritual de una niña, espero haber demostrado lo que puede lograrse con ello.

Apéndice

Desde que apareció la primera edición de este opúsculo, mis opiniones —como dije en el prólogo— se han modificado en forma considerable, particularmente en un punto acerca del cual no insistí bastante en el curso de mi exposición. Aludo a la tendencia, manifestada por las dos niñas, a retornar a alguna explicación fantasiosa a pesar de las aclaraciones que se les hacía.

Desde la publicación de mi trabajo, contrariamente a lo que yo esperaba, esta inclinación no ha hecho más que acentuarse: Ana y su hermana continúan prefiriendo soluciones imaginarias. Mis observaciones en este punto son definitivas, pues me fue dable comprobar idéntico hecho en niños de otras familias.

Uno de mis amigos, que en materia de educación condena todas las engañifas inútiles, tiene una niñita de cuatro años a la cual el año anterior se había permitido ayudar a su madre en la decoración del árbol de Navidad. Ahora bien, este año, la niñita declaró espontáneamente "que el año pasado era falso, que esta vez ella no quería estar allí, y que se debía cerrar la puerta con llave".

Desde entonces me pregunto si la explicación fantasiosa o mitológica, que el niño sin duda prefiere, no es justamente la que le conviene; si ella no responderá mejor a sus necesidades que la científica, indiscutiblemente la verdadera desde el punto de vista de los hechos, pero que corre el riesgo de cerrar todo camino a la imaginación. De otra parte, esta última, en el caso que acabamos de ver, supo arreglarse: simplemente ignoró el hecho científico.

¿La iniciación sexual perjudicó a Ana y a su hermana? Nada pudo observarse en ellas que permita suponerlo. Las dos pequeñas se desarrollaron sana y normalmente. Además, otras preocupaciones más exteriores y de naturaleza variada, surgidas en particular de su asistencia a la escuela, relegaron a un segundo plano los problemas que se habían planteado antes. No se confirma el hecho de que el haber podido abordar con franqueza los problemas sexuales haya ejercido la mínima acción perniciosa sobre su imaginación, ni que ésta haya sido desviada hacia algún camino anormal.**[9]** Si por casualidad deben tocar algún tema de naturaleza delicada, lo hacen siempre abiertamente.

La conclusión a que he arribado es la siguiente: al suministrar muy temprano a las niñas la verdadera explicación, se liberó su imaginación, impidiendo así que se concentrase secretamente sobre estos temas y que en forma subrepticia elaborase alguna ficción que no habría hecho sino entorpecer el libre desarrollo de la vida mental. Asimismo, el que la imaginación de Ana y de su hermanita se desembarazara espontáneamente de la explicación auténtica ofrecida, me parece señalar un punto muy importante, que demostraría cómo el espíritu, abandonado a su impulso natural, siente una irresistible necesidad de franquearse de la realidad de los hechos, a fin de construir un mundo propio.

Por lo tanto, sería peligroso dar al niño explicaciones falsas que susciten su desconfianza, como también parece inadecuado insistir para que a todo precio adopte la auténtica. Una lógica estrecha únicamente conseguiría comprimir la actividad mental del niño, encerrándola por fuerza en un “concretismo”,[10] que excluiría toda posibilidad de desarrollo ulterior. Lo “espiritual” tiene derechos inalienables a la par que lo “biológico”. Sin duda, no es por mera coincidencia fortuita que en ciertos pueblos primitivos los mismos adultos no vacilan en representarse de una manera puramente fantástica hechos sexuales que conocen a la perfección, negando, por ejemplo, que exista vinculación alguna entre el coito y la gravidez.[11] De ahí se ha querido deducir que estos salvajes realmente ignoraban la conexión entre ambos hechos. Pero investigaciones más profundas demostraron que la conocen muy bien en los animales y solamente rehúsan admitirla respecto del hombre. No porque la desconozcan, sino porque a la explicación natural prefieren una mitológica, desembarazada de las trabas del concretismo. Los pueblos primitivos ofrecen muchos ejemplos de esta disposición mental. Es evidente que debe verse aquí el origen de la “abstracción”[12] —facultad básica en toda cultura.

Y podemos suponer que lo mismo acontece en el niño. Cuando vemos que ciertos indios sudamericanos pretenden ser loros verdes —y esto real y verdaderamente, pues no permiten que se tome este epíteto en un sentido figurado—, tal hecho no se relaciona en nada con una represión moral de los instintos sexuales. Se trata aquí de una ley inherente a la naturaleza del espíritu, que quiere que éste, en sus representaciones, se libere del concretismo de los datos sensibles. Debemos admitir que el pensamiento funciona según un principio que le es propio, y que sólo en sus comienzos se confunde con la sexualidad naciente, en esta polivalencia de los instintos infantiles.

Pretender reducir la actividad mental al único principio de un sexualismo exclusivo, es ponerse en contradicción con los datos fundamentales de la psicología humana.

CONTRIBUCIÓN A LA PSICOLOGÍA DEL “RUMOR”

Las autoridades escolares de N… me dieron en 1910 el encargo de redactar un informe acerca del estado mental de la alumna María X, de 13 años de edad, expulsada de la escuela por haber hecho circular rumores que desacreditaban la conducta de su maestro. El castigo afectó profundamente a la alumna y mucho más a sus padres. Pero el consejo directivo escolar se mostró dispuesto a reincorporarla bajo la garantía de un certificado médico. Estos fueron los hechos, harto singulares:

Había llegado a oídos del maestro que sus discípulas difundían una historia equívoca en torno a él. Una averiguación reveló que cierto día María X relató a tres de sus compañeras el sueño que transcribo a continuación:

La clase estaba en el balneario. Como no había lugar en la parte reservada a las mujeres, tuve que ir a la de los varones… Después, nadando, nos internamos muy lejos en el lago. (A una pregunta que se le hace, María aclara: *nosotros, es decir Lina P., el maestro y yo*). *Mientras nadábamos, cerca nuestro pasó un barco a vapor. El maestro nos preguntó si deseábamos subir a él.* (Literalmente “sentarnos encima” - aufsitzen). *Así, llegamos a K, donde justamente se realizaba una boda.* (Interrogada, María agrega: *la de un amigo del maestro*). *Se nos permitió participar en la fiesta. Luego partimos* (explicación: *yo, Lina P. y el maestro*). *Parecía en realidad un viaje de bodas. Llegamos a Andermatt, y como no había sitio en el hotel nos vimos obligados a pernoctar en una granja. Allí la esposa del granjero tuvo un niño; el maestro fue el padrino.*

Tal es el sueño de la niña, repetido en los mismos términos con que ella me lo narró. Por su parte, el maestro había conseguido que lo expusiera por escrito. En esta primera versión escrita, una laguna que de inmediato se advierte en el relato oral, donde la niña habla del barco a vapor, se salvaba por la adición siguiente: *Subimos al barco, pero pronto sentimos frío. Entonces un viejito nos ofreció una camisa y el maestro se la puso.* En cambio, en el relato escrito faltaba el pasaje donde se refiere que no encontrando alojamiento en el hotel los viajeros debieron pasar la noche en una granja.

María no sólo había contado el sueño a sus amigas; también lo comunicó inmediatamente a su madre. Ésta me hizo a su vez una relación que sólo difiere de las otras en detalles insignificantes.

Si bien el maestro obedeció en su investigación a un vivo sentimiento de desconfianza, no logró demostrar más que yo la existencia de otra versión de mayor peligrosidad. Todo parece pues probar que el relato original no divergía sensiblemente de los ulteriores. Es posible que la frase en que se habla del frio y de la camisa que se pone el maestro haya sido interpolada desde un comienzo con el objeto

de introducir cierta coherencia en la sucesión de los hechos. Cuando se sale del agua, se está mojado, y si no se está completamente desnudo, apenas si se lleva un traje de baño. Por lo tanto, a fin de asistir a una boda, es necesario empezar por vestirse.

Al principio, como es lógico, el maestro no quiso admitir que se trataba de un sueño; creía más bien en una historia totalmente inventada. Era un hecho, sin embargo —y debió admitirlo— que la niñita pretendía y daba la impresión de haber soñado de verdad esta historia, en sí misma bastante insulsa. De otra parte, parecía inverosímil que una niña tuviese una perversidad tan refinada como para procurar desprestigiar las costumbres de alguien bajo el velo de una ficción ambigua imaginada ex profeso. Durante algún tiempo el maestro vaciló entre la hipótesis de una invención pérfida y la de un sueño en sí mismo inofensivo al que las compañeras de María habrían dado de inmediato una interpretación sexual. Calmada su primera indignación, concedió que sin duda María era menos culpable de lo que él había supuesto, y que la imaginación de sus condiscípulas debió desempeñar algún papel. Tuvo entonces una idea que debemos agradecerle: hizo escribir a cada una de las niñas, por separado, todo cuanto sabían acerca del sueño en cuestión.

Antes de examinar estos testimonios, debemos considerar el sueño en sí mismo a la luz del análisis.

Reconozcamos previamente con el maestro, y como lo imponen los hechos, que se trata en realidad de un sueño: hay demasiados sobrentendidos y ambigüedades en la historia para que pueda verse en ella una ficción inventada a sabiendas. La invención consciente trata en lo posible de evitar transiciones; el sueño, por el contrario, no se cuida de ello y atrevidamente utiliza síncopas que, cuando su retoque consciente, darán lugar a interpolaciones. Las síncopas son aquí muy significativas: ninguna escena de desvestirse, nada de imágenes de desnudez ni descripción detallada del baño en común. Como los tres bañistas están casi desnudos sobre el barco, la situación se remedia con la interpolación señalada más arriba, y que sólo concierne al maestro —lo que parece indicar que su desnudez es la que más urge cubrir. El sueño, además, salta sin transición del barco a vapor a la escena de la boda, la cual apenas sí es descrita.

De otra parte, en el primer momento uno no se explica por qué los pasajeros pernoctan en una granja una vez llegados a Andermatt. Pero en la escena inicial del sueño descúbrese una correspondencia con este detalle: las niñas han debido bañarse con los varones, dado que no encontraron espacio entre las mujeres. En ambos casos, la falta de lugar tiene por efecto suprimir la separación de sexos. La escena de la granja está asimismo muy insuficientemente descrita. El nacimiento del niño se produce de repente y de un modo desvinculado con la que precede. El papel de padrino que se asigna al maestro es uno de los más equívocos. En cuanto a María, no parece ser en la historia mas que un personaje secundario, pues, en resumidas cuentas, sólo figura como espectadora.

En todos estos rasgos se reconoce claramente un verdadero sueño. Si tienen alguna experiencia en sueños de niñas de esta edad, mis lectores serán sin duda de la misma opinión. Tan fácil de interpretar es este último, que podemos dejarlo a cargo de las compañeras de María. Les cedo, pues, la palabra:

TESTIMONIOS DIRECTOS

I.— *María ha soñado que ella y Lina P. fueron a bañarse con el maestro. Cuando ya se habían internado bastante en el lago, María manifestó que le era imposible seguir nadando porque le dolía mucho el pie. El maestro sugirió que ella podía sentarse sobre "mi" espalda* (soy yo quien destaco el "*mi*"). *Así lo hizo María, y continuaron nadando. Al cabo de un rato, subieron a un barco a vapor que pasaba cerca. El maestro había llevado consigo una cuerda, que empleó para atar juntas a María y Lina y arrastrarlas detrás suyo. Fueron de esta manera hasta Z, donde desembarcaron.*

Pero estaban ahora sin ropa. El maestro compró una chaqueta; María y Lina cubriéronse con un largo velo tupido y los tres siguieron el camino que bordea el lago. Sucedía esto en la época en que los cortejos nupciales aún iban a pie. En el trayecto se encontraron con uno.

La recién casada llevaba un vestido de seda azul, pero le faltaba el velo. Preguntó entonces a María y a Lina si serían tan amables como para cederle el suyo. Ellas consintieron, y en recompensa se los invitó al casamiento. Fueron al hotel "Soleil".

Luego partieron hacia Andermatt, en viaje de bodas. No recuerdo más si en A o en Z los viajeros se alojaron en un hotel. Se les sirvió allí café, papas, miel y manteca. No me atrevo a relatar el resto; sólo puedo decir que, como final, se eligió al maestro para padrino.

Observaciones: Aquí el pretexto de la falta de sitio en el balneario, ha desaparecido. María va simplemente a bañarse con el maestro. El detalle de la cuerda, con la cual este último ata a sí a las dos niñas, otorga un cariz más personal a la intimidad de los tres bañistas.

El sentido equívoco que el relato primitivo daba a la expresión "subir encima" o "sentarse encima", produce ya sus efectos: el vapor sobre el cual se "subía" pasa aquí a segundo plano, reemplazado por el maestro que toma a María sobre su espalda. La testigo tiene además un encantador "lapsus calami" que muestra hasta qué punto hállase personalmente interesada en este pormenor de la historia: *El maestro* —escribe— *dijo a María que podía sentarse sobre "mi" espalda* (en lugar de "su"). Se ve entonces por qué el sueño hace intervenir el barco a vapor de manera bastante

brusca: precisa darse un sentido ingenuo a la expresión equívoca “subir encima” o “sentarse encima” —trátase del doble sentido frecuente en la canción de *music-hall*.

La insuficiente vestimenta, que nos ha parecido de dudosa autenticidad, interesa muy en especial a la narradora. El maestro compró una chaqueta; en cuanto a las dos niñas, se las provee de un largo velo, de aquellos que sólo se usan —notémoslo bien — en los entierros o casamientos. Prueba que se trata aquí de un velo nupcial la observación de que la novia con la cual se encuentran carece de él (¡la desposada es la que lleva el velo!). La relatora, buena amiga de María, la ayuda pues a completar su sueño: esta posesión del velo señala como casada a María, o a María y a Lina. Pero el hecho de que las niñas lo ceden en seguida a otra, quita a la situación lo que podría tener de chocante o de inmoral, y el asunto adquiere así un aspecto incoloro. Idéntico mecanismo reencuéntrase en la forma con que la narradora adorna la ambigua situación en Andermatt. Se sirve a los viajeros toda suerte de cosas: café, paas, miel y manteca. Es éste un ejemplo —de los que abundan— de transposición del tema por un retorno a las preocupaciones infantiles. La historia concluye de una manera en apariencia muy abrupta: el maestro es elegido padrino del niño.

II.—*María ha soñado que fue a bañarse con Lina P. y el maestro de nuestro curso. Habíame ya internado en el lago, cuando María dijo al maestro que le dolía mucho una pierna. Éste la invitó a subir sobre su espalda. Respecto a la última frase, no sé con exactitud si fueron éstos los términos empleados por María, pero me parece que sí. Como un barco se encontraba justamente en el lago, el maestro persuadió a María a nadar hasta él y subir.*

No me acuerdo bien lo que ella contó luego… Además, el maestro o María —no se cuál de los dos—, dijo que bajarían en Z y volverían a pie. El maestro llamó entonces a dos señores, que se bañaban no lejos de allí, y les pidió que llevasen a las niñas a tierra. L. P. subió sobre la espalda de uno y María sobre el más grueso, a quien el maestro asió de una pierna para nadar tras él. Una vez en tierra, rehicieron a pie el camino de la casa. Mientras andaban, encontraron el cortejo nupcial de un amigo del maestro. María exclamó entonces: “¡Oh volvió la moda de que los cortejos nupciales vayan a pie y no en coche!”. La casada los invitó a unirse con ellos. Entonces el maestro insinuó a María y a Lina que sería una gentileza de parte de ellas dar a la casada el velo negro que habían recibido en el camino, no recuerdo bien en qué punto. Así lo hicieron, y la novia les dijo que eran niñas generosas y amables.

Luego todos continuaron su camino y se dirigieron al hotel “Soleil”, donde comieron, no sé bien qué. Más tarde partieron en viaje de bodas y llegaron a Andermatt. Entraron en una granja y se pusieron a bailar. Todos los hombres habíame quitado sus trajes, salvo el maestro. La novia le dijo que él también debía hacerlo. Se negó al principio, pero acabó por ceder. Él se encontró entonces… y dijo

que tenía frio. No puedo decir más pues sería indecoroso. Esto es todo lo que oí contar del sueño.

Observaciones: También esta segunda testigo atribuye gran importancia a la idea de "subir encima", pero no sabe con certeza si en la versión original se trata de subir sobre el barco o sobre la espalda del maestro. En cambio, nos relata con suma minuciosidad un incidente que compensa esta incertidumbre: el de los dos señores desconocidos que suben a las niñas sobre sus respectivas espaldas.

La idea de "subir encima" le es demasiado cara a la narradora como para renunciar a ella, mostrándose sólo un tanto turbada al relacionarla con la persona del maestro. Asimismo despierta en ella un vivo interés la idea de que los viajeros se desvisten. Aquí el velo se hace, en efecto, negro, como si fuese de luto, con el único objeto de encubrir lo inconveniente de la situación. Este episodio que así parece pueril, cobra cierto giro virtuoso ("son ustedes niñas amables y generosas"); el deseo inmoral se disimula bajo la apariencia de una acción encomiable que se destaca con cierta insistencia. Semejante ostentación de virtud resulta siempre un poco sospechosa.

La escena de la granja, apenas esbozada en el relato primitivo, descríbese con gran lujo de detalles: los hombres se quitan sus trajes y el maestro, los imita; por consiguiente él se "encontró…, es decir, desnudo, y se quejó del frio. Aquí la relatora se detiene: esto se torna demasiado "indecoroso". Ha comprendido muy bien que el último episodio —como lo habíamos supuesto nosotros al analizar el relato original — no es sino una reproducción de otro. También sitúa en la granja la escena de desnudarse que ya incluía el baño del principio; porque, en definitiva, es indispensable llegar a decir que en alguna parte el maestro estuvo desnudo junto a sus alumnas.

III.—*María relató que ella había tenido el sueño siguiente: "Yo había ido al balneario y no encontraba lugar. El maestro, entonces, me llevó a su casilla, me desvestí y entré al agua. Nadé en dirección a las colinas y encontré al maestro, quien me preguntó si deseaba cruzar el lago a nado con él. Acepté y Lina P. vino también. Llegamos rápidamente al medio del lago, yo no tenía ganas de nadar más lejos; no sé muy bien lo que pasó después. Pronto llegó un vapor y subimos a él. El maestro dijo que tenía frio. Un marinero nos dio entonces una camisa vieja. Cada uno de nosotros rompió de ella un pedazo y yo me até el mio al cuello. Después bajamos del barco y volvimos a nadar en dirección a K. Lina y yo no pudimos avanzar más; entonces dos señores muy gordos nos subieron sobre sus espaldas. En K., alguien nos dio un velo para cubrirnos. Mientras marchábamos por el camino, el maestro encontró a uno de sus amigos, quien nos invitó a su boda. Fuimos al hotel "Soleil", donde nos divertimos; también se bailó la polonesa. No sé con exactitud lo que sucedió luego. Más tarde, partimos en viaje de bodas hacia Alzdermatt. Como el*

maestro no traía dinero, robó castañas. Además nos dijo: "Estoy muy contento de poder viajar así con mis dos alumnas". La testigo agrega: Después viene una cosa indecente que yo no quiero escribir. El sueño termina ahí.

Observaciones: Esta vez, es en el estrecho espacio de la casilla del balneario donde el maestro y sus dos alumnas se desvisten. La semidesnudez sobre el barco da lugar a una nueva variante: los tres dividen en sendos pedazos una vieja camisa. No se dice que María monta encima de la espalda del maestro. Es este un punto que permanece demasiado confuso en el espíritu de la testigo. En cambio, se cuenta que las jovencitas subieron sobre la espalda de dos señores gordos, insistiendo en la palabra "gordos". Debe advertirse a este respecto que el maestro es un hombre muy corpulento. La sustitución que se opera aquí es sumamente típica y se complica con un desdoblamiento: cada una de las niñas tiene su "maestro". Estos desdoblamientos o multiplicaciones de un personaje son de ordinario un indicio de su importancia, es decir, de la cantidad de libido asociada a él.

La repetición de una acción tiene el mismo sentido. (Comparar las multiplicaciones del atributo en los dementes precoces, tales como los he descrito en mi "*Psicología de la demencia precoz*")**[1]**, El sentido de la multiplicación aparece muy claro en la mitología y los ritos religiosos (por ejemplo, la Trinidad, o las fórmulas místicas como "Isis una quae es omnia", y, "Hermes omnia solus et ter unus")**[2]**.

Igualmente, en el terreno de la lingüística podemos señalar expresiones de esta jaez: "comer o beber por cuatro". A veces puede que la multiplicación exprese una comparación, o señale una analogía: "como mi amiga, yo también tengo", o, "como yo, mi amiga tiene". Es esto lo que Freud denomina "la similitud de las condiciones etiológicas" (der gleiche ätiologische Anspruche). En la demencia precoz, —la que con más acierto Bleuler denomina esquizofrenia— la multiplicación de una persona denuncia también la cantidad de libido que se le asocia. En efecto, compruébase que la persona objeto de la multiplicación es siempre aquella sobre la cual se ejerce la "transferencia" de los afectos del enfermo. ("Hay dos profesores N.". "¡Ah!, usted es también un Dr. J."). Parecería ser este un rasgo específico de la tendencia general de la esquizofrenia y que se trata de una descomposición o de un análisis que, atenuando el poder de la libido, tiene por resultado evitar al enfermo impresiones excesivamente intensas. Otra forma de multiplicación —cuyo sentido no es cabalmente el mismo—, es la de erigir con los atributos de alguien un personaje diferente. Un ejemplo sencillo es el de Dionysos y de su compañero Fales (falo) —personificación del pene de Dionysos. El llamado cortejo de Dionysos (Sátiros, Títiros, Ménades, Mimallones, etc.), se integra únicamente de personificaciones de las diversas propiedades del dios.

El episodio de Andermatt deviene aquí harto mordaz. En este punto, la testigo completa lógicamente las indicaciones del sueño: "el maestro roba castañas", lo cual significa: el maestro hace lo que no se debe hacer. Por castañas debe entenderse

castañas asadas, cuya saja, como se sabe, simboliza el órgano sexual femenino. Así se explican las palabras del maestro que siguen al robo de las castañas, y que se relacionan directamente con éste: *“estoy muy contento de poder viajar así con mis dos alumnas”*. Tal robo de castañas es, por cierto, una interpolacion de la testigo, pues no se lo vuelve a encontrar en los testimonies restantes. En este ejemplo apréciase hasta qué punto las compañeras de María reviven intensa y personalmente su sueño: ellas se encuentran “en idénticas condiciones etiológicas”.

Aquí finaliza la serie de testimonies directos. En ellas hemos hallado ciertos rasgos (como la historia del velo o la mención del dolor del pie) que podemos suponer preexistentes ya en el relato original bajo la forma de vagas indicaciones. Por el contrario, otras interpolaciones no son sino invenciones individuales, contribuciones espontáneas, donde se traiciona el profundo interés de las testigos por el contenido del sueño.

TESTIMONIOS INDIRECTOS

POR HABER OÍDO DECIR

I.—*Habíase permitido que toda la escuela fuera al balneario con el maestro. Al no encontrar María ninguna casilla donde desvestirse, el maestro le dijo: “Puedes venir a desvestirte a la mía”. María fue allí, pero esto la molestó sobremanera. Una vez desvestidos, se metieron en el agua. El maestro había llevado consigo una larga cuerda que ató alrededor de María. Nadaron internándose en el lago. Pero, como María se fatigaba, el maestro la subió sobre su espalda. Habiendo divisado a Lina P., María la invitó a unirse a ellos. Lina fué a su encuentro y juntos nadaron aún más lejos. Luego encontraron un barco. El maestro preguntó: “¿Podemos subir a bordo? Estas niñas están fatigadas”. El barco se detuvo y embarcaron. No me acuerdo cómo fue que llegaron al pueblo de K. Ahí, alguien le dió al maestro un viejo camisón con el cual se vistió, encontrando después a uno de sus amigos, que justamente ese día se casaba. El maestro, María y Lina fueron invitados a la boda que se festejaba en el hotel “de la Couronne”. Los invitados quisieron bailar una polonesa; el maestro rehusó acompañarlos. Pero como los demás insistieron, terminó por consentir. Se ubicó al lado de María y le dijo: “María, no deseo volver a mi casa junto a mi mujer y mis hijos; eres tú a quien yo más quiero”. María experimentó una gran alegría. Después del casamiento, los esposos partieron en viaje de bodas.*

El maestro, María y Lina fueron de la partida. Se encaminaron a Milán y posteriormente a Andermatt, donde no encontraron ningún lugar donde hospedarse. Entraron entonces en una granja; allí, pudieron pasar la noche todos juntos. No puedo decir más, pues luego todo se vuelve muy deshonesto.

Observaciones: La testigo es muy explícita acerca del episodio de desvestirse. Además, la intimidad del baño en dúo —ya sugerida en un testimonio precedente por el detalle de la cuerda— está indicada aquí con menos rodeos: el maestro ata a él a María, sin que se mencione en esta oportunidad a Lina, la cual sólo interviene más tarde, cuando aquélla ya está sobre la espalda del maestro. La vestimenta que encuentra este último se transforma en “camisón”. El sentido que debe atribuirse al matrimonio es directamente confesado: el maestro “no desea volver junto a su mujer”, es a “María a quien él más quiere”. Los viajeros dan en la granja con un lugar donde acostarse “todos juntos”, y luego todo se vuelve muy “deshonesto”.

II.—*María ha contado que ella fue a bañarse con toda la escuela. Como el balneario estaba repleto, el maestro la llamó a su casilla. Luego empezaron a nadar en el lago; Lina P. los seguía. El maestro tenía una cuerda con la cual ató a sí a María y a Lina.*

No sé con exactitud cómo se desataron luego, pero, después de un tiempo bastante largo, llegaron de pronto a Z. Allí debe haberse producido una escena que prefiero no contar; si fuera verdad, sería demasiado vergonzoso. Además no la recuerdo bien, estaba demasiado fatigada. Más tarde solo oí decir que María había contado que ella permaneció todo el tiempo junto al maestro, y que éste no cesaba de acariciarlas, a ella y a Lina, diciéndoles que eran sus mejores alumnas. Yo diría también el resto, si supiera bien de qué se trata. Todo lo que puedo decir es que mi hermana habló de un niñito que nació allí, y del cual el maestro sería el padrino.

Observaciones: Un punto interesante a señalar, es que aquí la escena indecorosa sustituye pura y simplemente a la boda. De otra parte, intercalada en este lugar queda tan bien ubicada como al final de la historia, y asimismo (el lector atento ya lo habrá advertido desde el comienzo), igualmente hubiera podido acaecer en el balneario. Pues compruébase un hecho que se confirma en innumerables sueños: la imagen final en la cual remata una larga serie de imágenes diversas traduce exactamente el mismo pensamiento que ya tendía a expresar la primera. Pero la censura aparta el complejo el mayor tiempo posible, no cesa de retardar la revelación, de enmascararlo bajo toda suerte de símbolos, de atribuirle tal o cual significación: “no es en la casilla de baño donde sucede la cosa”, “no es en el agua donde decididamente se va a subir encima”, “no es sobre la espalda del maestro que María llega a la orilla”, “no es su casamiento con el que se celebra”; es otra mujer quien en la granja trae al mundo un niño, del cual el maestro es solamente… el padrino. Mas no por ello todas estas situaciones, todas estas imágenes están menos destinadas ni son menos apropiadas para recoger el complejo generador del sueño, es decir, el deseo del acto sexual. No obstante, tras el cúmulo de titubeos y metamorfosis, el acto se lleva a cabo. Esto se advierte nítidamente en el resultado final: el nacimiento de un niño.

III.—*María ha narrado lo siguiente: "Nuestro maestro de escuela se casaba con su mujer; fueron a la "Couronne" y bailaron juntos". María relató también cosas feas que yo no puedo decir, ni escribir, porque es demasiado molesto.*

Observaciones: Aquí, todo o casi todo es "demasiado molesto" para ser referido. Notemos que la casada es la mujer misma del maestro.

IV.—*… que el maestro de escuela y María habían ido al balneario, y que éste le había preguntado si deseaba bañarse con él. Ella le contestó que sí. Una vez que comenzaron a nadar, se encontraron con Lina P., a quien el maestro invitó a seguirlos; luego continuaron avanzando. María también contó que el maestro había dicho que ella y Lina eran sus alumnas favoritas, y que él estaba en pantalón de baño.*

Más tarde fueron a una boda; la casada tuvo un niñito.

Observaciones: También aquí María subraya especialmente las relaciones personales del maestro con sus dos alumnas ("sus alumnas favoritas"), y su falta de vestimenta ("en pantalón de baño").

V.—*María y Lina P. habían ido a bañarse con el maestro. Como los tres nadaban desde hacía buen rato, María dijo al maestro: "Señor, no puedo avanzar más, me duele un pie". El maestro la invitó a que subiera sobre su espalda y María así lo hizo. Luego, un "pequeño barco" acertó a pasar por allí y el maestro subió a él. Llevaba consigo dos cuerdas que utilizó para atar a las niñas al barco. Llegaron de este modo hasta Z, donde desembarcaron.*

El maestro compró un camisón y se lo puso; María y Lina se cubrieron con un paño, El maestro se había comprometido y fui con su novia a una granja. María y Lina fueron también con ellos; allí bailaron. No me atrevo a escribir el resto, es demasiado malo.

Observaciones: También aquí María sube sobre la espalda del maestro. Esta vez el maestro ata a las dos niñas al barco. Adviértase con qué facilidad el barco ha podido sustituir a la persona del maestro en los diversos testimonios. Nuevamente es un camisón lo que éste se pone, y él mismo es el novio. La "cosa indecente" pasa después de la danza.

VI.—(L. P.) *Parece que el maestro había ido al balneario con toda la clase; María, no encontrando lugar, se puso a llorar. El maestro le indicó entonces que podía ir a su casilla. Mi hermana, quien me relató todo esto, me dijo "que ella debía dejar de lado ciertos detalles, puesto que se trataba de una larga historia". Pero, me dijo ciertas cosa que en interés de la verdad debo relatar. Cuando estaban*

bañándose, el maestro propuso a María atravesar el lago a nado con él; ella respondió que lo haría gustosa, si yo también iba. Nadamos así hasta el centro del lago. Entonces, como María estaba fatigada, el maestro se puso a remolcarla con una cuerda. Habiendo llegado a K., continuamos hasta Z. (el maestro estaba siempre en traje de baño). Aquí encontramos a un amigo cuya boda se celebraba ese día y a la cual nos invitó. Después de la fiesta, partimos en viaje de bodas; fuimos hasta Milán. Una noche, nos vimos obligados a acostarnos en una granja, donde pasó algo que yo no puedo contar. El maestro había manifestado que María y yo éramos sus dos alumnas favoritas. Creo que también abrazó a María.

Observaciones: La testigo reemplaza por una frase de excusas la escena en que los bañistas se desvisten: se ha debido "dejar de lado ciertos detalles". El maestro está apenas vestido, lo cual es objeto de especial mención. En cuanto al viaje de bodas, topamos una vez más con el itinerario característico: van a Milán. En este punto del relata parece como si la imaginación de la testigo, vivamente interesada, hubiese prolongado en forma espontánea las indicaciones del sueño. María es claramente designada como la persona más amada por el maestro.

VII.—*El maestro y todas las alumnas habían ido a bañarse. Cada una ocupó una casilla, y el maestro también. Solamente María no encontró lugar. El maestro le dijo: "yo tengo aún lugar". Ella fue junto a él. Después, éste le insinuó: "acuéstate sobre mi espalda y yo te llevaré a nado por el lago". El resto no puedo escribirlo, es demasiado indecoroso para repetirlo. Salvo las cosas indecorosas que vienen después, yo no me acuerdo nada más del sueño.*

Observaciones: La testigo está a punto de tocar lo que constituye el fondo del sueño: ya en la casilla, María "se acuesta" sobre la espalda del maestro. Por lo tanto, es natural que la testigo no recuerde sino las "cosas indecorosas".

VIII.—*Toda la escuela había ido a bañarse. Como María no encontraba lugar, el maestro la invitó a ir a su casilla. Luego salió a nadar con ella, y sin rodeos le manifestó que era su pequeña querida, o algo por el estilo. Llegaron a Z; allí encontraron a un amigo del maestro, que se casaba justamente ese día y que los invitó a asistir a su boda; ellos estaban todavía en traje de baño, pero el maestro encontró un viejo camisón, que se puso encima de su pantalón de baño. Durante todo el tiempo besaba a María, diciéndole que no deseaba volver junto a su mujer. Ambos fueron invitados a tomar parte en el viaje de boda. Pasaron por Andermatt, donde no encontraron alojamiento en el hotel, debiendo ir a acostarse sobre el heno: allí había una mujer… Pero ahora viene una cosa espantosa y está muy mal hacer bromas sobre esto, pues no tiene nada de gracioso. La mujer dió a luz un niño; pero no quiero hablar más de ello, es demasiado malo.*

Observaciones: Este testimonio es categórico: el maestro “sin rodeos manifestó que ella era su pequeña querida”; “la besaba todo el tiempo, diciéndole que no deseaba volver junto a su mujer”. La indignación que la testigo revela al final de su relato respecto a la tonta charla de sus compañeras, denuncia una mentalidad particular. Después de la investigación pude comprobar que del total de las alumnas llamadas a declarar, ésta era la única a quien intencionalmente su madre había explicado las realidades sexuales.

Conclusión

No tengo nada que agregar a lo que precede en cuanto a la interpretación del sueño. Las testigos se encargaron de ello, y con tanta eficacia que, por así decirlo, no dejaron tarea alguna por hacer al psicoanalista.

ES EL RUMOR QUIEN ANALIZÓ E INTERPRETÓ EL SUEÑO

Se le descubre así una nueva propiedad, hasta ahora —creo— nunca considerada. De todos modos, adviértese en este ejemplo que vale la pena tratar de profundizar en la psicología del “se dice” desde el especial punto de vista del psicoanálisis. A él me he atenido voluntariamente en la exposición de los hechos, mas no ignoro que las escuelas de Stern, de Claparède y de otros, tendrían oportunidad de hacer aquí valiosas observaciones.

Los datos recogidos en mi exposición permiten comprender la estructura del rumor. Pero esto no podría bastar al psicoanalista, quien exige un saber más amplio en cuanto al cómo y al porqué del fenómeno en su totalidad. Hemos visto que, muy afectado por los rumores difundidos, el maestro chocaba con un problema que no lograba resolver: el de la causa y el efecto. ¿Cómo explicar, se decía, que un sueño, es decir, una cosa notoriamente desprovista de toda significación y alcance (¡la psicología, como se sabe, entra en el programa de estudios del magisterio!) pueda producir tan nefastos efectos? El maestro tenía razón al plantear la cuestión en esos términos. En efecto, las consecuencias del sueño no podían explicarse mas que de un modo. En cierta manera, el sueño no había hecho sino encontrar la “palabra del momento”, había expresado en una fórmula adecuada lo que ya flotaba en el aire. Fue la chispa que encendió la pólvora. De acuerdo con los testimonies revisados, todo nos autoriza a esta conclusión.

En varias ocasiones he señalado hasta qué punto las compañeras de María se asocian íntimamente al sueño de su amiga, qué incidentes, qué imágenes excitan muy particularmente su interés, y cómo alguna de ellas inclusive llega a rehacer el sueño con elementos propios. La clase está compuesta por alumnas de 12 o 13 años, por consiguiente, de niñas en el período prepuberal. María X ya casi ha alcanzado su pleno desarrollo físico. En este respecto ella está más adelantada que sus condiscípulas, y por eso desempeña un papel de instigadora. Fué de María, en efecto, de quien partió la señal que puso en acción el inconsciente de las demás, haciendo aflorar los complejos sexuales latentes.

Para el maestro todo este asunto resultó, claro está, de lo más penoso. Naturalmente, él sospechaba en sus alumnas una secreta y maligna intención de perjudicarle. Y, en cierto sentido, si es verdadero aquel principio psicoanalítico según el cual debemos juzgar una acción menos por sus móviles conscientes que por sus resultados efectivos, no se equivocaba. (Ver: *Conflictos del alma infantil*). Podría suponerse que María alimentaba algún violento rencor contra él. En realidad, lo

quería mucho. Pero en el curso de los seis últimos meses María había cambiado su modo de ser: volvióse distraída y soñadora y había dejado de ser una alumna aplicada. Por la tarde, no osaba bajar a la calle; tenía miedo —decía— de encontrar hombres groseros. Reiteradas veces hizo observaciones bastantes obscenas delante de sus compañeras. Preocupada, su madre vino a consultarme acerca de la manera conveniente de prepararla para la próxima aparición de las primeras reglas. Aquel cambio operado en la alumna tuvo como resultado enajenarle el favor del maestro, lo que se tradujo para María y para algunas de sus compañeras en malas calificaciones. Las niñas —pocos días antes de que nuestra historia comenzara a divulgarse— habían quedado sumamente resentidas. Imaginaron venganzas fantásticas: proyectaron, por ejemplo, empujar al maestro sobre las vías del ferrocarril para que lo aplastase el tren. En esta ocasión María desplegó una imaginación particularmente sanguinaria. Pero, en la noche que siguió a esta gran cólera, cuando parecía haber olvidado por completo su antiguo amor, este elemento reprimido de su vida psíquica volvió a manifestar su presencia; es decir, reapareció, precisamente bajo la forma de este sueño, donde el deseo sexual hacia el maestro se satisfacía: compensación del odio al que ella había dado libre curso durante la vigilia.

Luego el sueño se transformó rápidamente en un sutil instrumento de represalia. Pues, según acontece de ordinario en esta suerte de asuntos, sus compañeras compartían el deseo inconfesado que allí se traslucía. Sin duda, la venganza se cumplió, pero el contragolpe que alcanzó a María fue aún más recio, como ocurre casi siempre que se abandona uno a los impulsos inconscientes.

Gracias a mi certificado, la alumna expulsada pudo reincorporarse.

Este pequeño trabajo —me doy cabal cuenta de ello— es muy insuficiente. Peca sobre todo de falta de exactitud científica. Si hubiera podido trabajar sobre un relato original preciso y auténtico, también hubiera expuesto con mayor certeza y claridad lo que debo aquí dejar en estado de simples indicaciones. No he hecho sino plantear un problema. Espero que sea reconsiderado por quienes, más afortunados que yo, puedan aportar a su solución experiencias concluyentes.

IMPORTANCIA DEL PADRE EN EL DESTINO DE SUS HIJOS

En muchos lugares de sus obras, y en especial en la *Interpretación de los sueños*[1], Freud demuestra con la plena claridad deseable, que la naturaleza de las neurosis del adulto está casi exclusivamente determinada por la afinidad psicosexual del niño con sus progenitores —sobre todo con el padre. En efecto, cuando en el curso de la vida, la libido (aquello que los antiguos psiquiatras llamaban voluntad o aspiración) se ve entorpecida en su actividad por algún obstáculo, refluye preferentemente por ese canal infantil y va así a reanimar sueños de infancia desde largo tiempo olvidados. Es un hecho observado en todo lugar y en todas las épocas, que cada vez que retrocedemos ante una tarea en apariencia irrealizable, frente a una decepción que presumimos cruel, o ante el riesgo de una grave decisión, la energía voluntaria acumulada en esta intención, pero insuficiente, retrocede y, así como un río al desbordar llena otra vez el antiguo cauce seco, recurre a sistemas psíquicos de adaptación pertenecientes a un estadio anterior, poco antes abandonados como impropios para alcanzar el objetivo. El hombre que en amor sólo ha experimentado derrotas y desilusiones, apelará a diversos sucedáneos: amistad exaltada, masturbación, emociones religiosas[2]. Si es un neurótico, irá más lejos aún en la regresión: retornará hacia aquellos lazos, jamás abandonados totalmente y por los cuales estuvo atado a su padre y a su madre —lazos que encadenan también al individuo normal—. Todo análisis, por avanzado que esté, hace aparecer esta regresión más o menos distintamente. Según Freud, la significación del padre sería aquí predominante y señalaría con su impronta el psiquismo sexual infantil.

Podemos comprobar esta influencia en otras partes y mediante investigaciones de un orden distinto: estudiando, por ejemplo, la historia y la genealogía de las familias.

En efecto, en los estudios más recientes, en particular los realizados por Sommer: *Investigaciones genealógicas y teoría de la herencia* (*Familien-Forschung und Vererbungs Lehre*, Barth, Leipzig, 1907), Joerquer: *La familia Cero*, y Riermer (seudónimo) sobre *La transmisión hereditaria de las facultades intelectuales* (Archiv für Rassen und Gesellschafts Biologie, 1905 y 1908), demuestran que el carácter paterno a menudo persiste y prevalece en una familia durante un siglo y aún más. La influencia materna parece ser menor. Si esto es así respecto a la herencia, ¿no podemos esperar todavía más de la influencia psicológica ejercida por el padre? Yo lo creo así, y un análisis que realicé con el doctor Otto Gross, refirmó mi convicción. También los trabajos de mi alumna, la doctora Emma Fürst, sobre *las asociaciones y la concordancia familiar de los tipos de reacción* han contribuido mucho al problema. Fürst efectuó experiencias de asociación en cien individuos de veinticuatro familias. Se reunió de esta manera abundante material que debía someterse a un estudio metódico.

Los resultados publicados hasta hoy corresponden a nueve familias, integradas por treinta y siete individuos (todos incultos). Los rigurosos cálculos efectuados permiten ya formular significativas conclusiones. Se empezó por clasificar las diferentes formas de asociación según el plan de Kraepelin y Aschaffenburg, modificado y simplificado por mí. Calculóse después la diferencia entre cada grupo de cualidades de un individuo y el correspondiente de cada uno de los otros. Finalmente se establecieron los promedios de diferencia para cada tipo de reacción tomado en conjunto.

Los resultados fueron los siguientes:

Diferencia entre hombres no parientes	5,9
Diferencia entre mujeres no parientes	6,0
Diferencia entre hombres parientes	4,1
Diferencia entre mujeres parientes	3,8

Puede aquí apreciarse que sobre todo las mujeres emparentadas entre sí acusan un promedio de semejanza en su tipo de asociación. O sea, que las disposiciones psicológicas de individuos parientes difieren relativamente poco. Examinando luego los diversos grados de parentesco, obtuviéronse estos resultados:

La diferencia media entre marido y mujer es de 4,7; mas debe hacerse notar que la distancia entre las cifras de las cuales se extrajo ese promedio es de 3,7, vale decir, muy considerable. Por lo tanto, al paso que entre ciertos esposos existe una concordancia de tipos casi perfecta, en otros se da una desigualdad notable. Sin embargo, por lo general el hijo se parece más al padre y la hija a la madre.

Diferencia entre padres e hijos	3,1
Diferencia entre madres e hijas	3,0

Estas son las diferencias más pequeñas, si no se tiene en cuenta algunos raros matrimonios donde la desigualdad entre los esposos puede descender hasta 1,4. Entre los casos estudiados por Fürst hallamos el de una madre de 45 años y una hija de 16; entre ambas la diferencia sólo es de 0,5. Pero en este mismo caso (hecho significativo) hay entre dichas mujeres y el padre, una diferencia de 11,8. Este último es bebedor, grosero, estúpido; la madre, en cambio, es una ferviente adepta de la "Ciencia Cristiana". Nada hay de asombroso, pues, en que ella y su hija reaccionen con predicados de apreciación subjetiva[3] en el test de asociaciones dirigidas.

Es éste un síntoma capital que permite diagnosticar una insuficiente fijación al objeto sexual. Los individuos que reaccionan de esta manera tienen una acentuada tendencia a las manifestaciones excesivas, a las grandes expansiones; ostentan sus sentimientos con la intención inconfesada, pero evidente, de provocar análogos en el experimentador. Se explica así un hecho que resalta en los datos recogidos por Fürst: la frecuencia de las reacciones de "apreciación" aumenta con la edad de los sujetos.

El considerable parecido que se observa entre padres e hijos en cuanto al modo de reacción, da qué pensar. En efecto, la prueba de asociación destaca un fragmento de la existencia psicológica del individuo. La vida cotidiana de cada uno de nosotros no es en suma más que una experiencia de asociación prolongada y multiforme. En principio, reaccionamos en todo momento según lo que somos. Empero, por evidente que sea esta aserción, se hará bien en no aceptarla sino después de profundo examen y con ciertas restricciones. Tomemos por ejemplo el caso recién mencionado de aquella desgraciada madre de 45 años y de su hija de 16.

El tipo "predicativo de apreciación" extremo que encontramos en la primera es, incuestionablemente, consecuencia de toda una vida de deseos insatisfechos y de esperanzas defraudadas; por consiguiente, no nos extrañemos de encontrar este tipo de reacción. Pero la hija, que —por así decirlo— no ha vivido todavía, que aún no ha tenido ocasión de encontrar en la realidad su objeto sexual, reacciona, sin embargo, del mismo modo que su madre, como si hubiese padecido ya idénticos desengaños. ¿De dónde proviene esto? Pues de haber adoptado la misma actitud que aquélla, con la cual, a este respecto, se ha identificado. Ahora bien: la constelación psicológica de la madre depende, por cierto, de las relaciones con su marido. Pero la hija no está casada con su padre; ¿cómo se explica entonces tal identidad de actitud?

Por la influencia del ambiente. Más tarde, llevando consigo esta "avería familiar", tratará de adaptarse al mundo. Un matrimonio fracasado no alcanza su meta, y la constelación resultante es defectuosa. A fin de adaptarse en el curso ulterior de su existencia, la joven deberá superar los obstáculos de su círculo familiar; si no lo logra, sucumbirá al destino que estas constelaciones preparan.

Es obvio que semejante destino encierra innumerables alternativas. Puede que por sus propios esfuerzos —al precio de inhibiciones y de luchas interiores inadvertibles

para los que le rodean e incomprendidas por el mismo— el individuo llegue a componer “la avería” infantil, a compensar las disposiciones negativas heredadas de sus padres. Asimismo, puede que al crecer entre en doloroso conflicto con una sociedad donde no encuentra su lugar, y que los repetidos golpes de la suerte terminen por abrirle los ojos respecto a su carácter infantil y mal adaptado. Si el carácter del niño tiende a modelarse sobre el de los padres, esta tendencia, naturalmente, se origina en los lazos afectivos que unen a padres e hijos, es decir, en la “psicosexualidad”, tanto de los primeros como de los segundos. Es una especie de contagio psíquico que sabemos no obedece a consideración alguna de lógica racional, sino únicamente a impulsos afectivos y a sus manifestaciones físicas. Son estos impulsos, los que con toda la fuerza del instinto gregario se apoderan del alma del niño, la petrifican y la modelan. Puede decirse que de 1 a 5 años, período durante el cual el ser humano es más plástico, terminan de dibujarse en él todos los rasgos esenciales de conformación psíquica, por donde el niño reproduce exactamente el molde paterno o materno. El psicoanálisis enseña, en efecto, que los primeros síntomas del conflicto que estallará entre la “constelación familiar” y la autonomía individual, entre la “represión” y la libido, generalmente aparecen antes del quinto año. (Ver Vigouroux y Juquelier: *El contagio mental*).

Quisiera demostrar ahora a través de algunas anamnesis cómo la “constelación familiar”, la influencia de los progenitores, puede impedir la adaptación de sus vástagos a la vida real. En estos ejemplos me constreñiré a los acontecimientos más importantes de la historia de los sujetos, es decir, a los relativos a su vida sexual.

Ier. Caso. —Mujer de 55 años, bien conservada; parece pobre, pero está bien ataviada; viste de negro, con cierta elegancia; cuidadosamente peinada; sus maneras son corteses pero afectadas; se expresa en un lenguaje rebuscado y obsequioso. Podría tomársela por la esposa de un farmacéutico o de un empleado; sin embargo dice estar divorciada de un simple campesino, cosa que hace bajando la mirada y ruborizándose intensamente. Se queja de depresión, temores nocturnos, palpitaciones, convulsiones nerviosas en los brazos. Durante la noche sufre espantosas pesadillas: alguien la persigue, bestias feroces se arrojan sobre ella, etc., etc,: todos síntomas típicos de una simple neurosis de la edad crítica.

La anamnesis comienza con la historia de su familia, que reproduzco empleando en lo posible sus propias palabras:

Su padre, grande y fuerte, algo corpulento, de aspecto imponente, fue muy feliz en el hogar, pues su esposa lo veneraba. Muy inteligente y capaz, se destacaba por su elegancia y por la dignidad de sus maneras. El matrimonio sólo tenía dos hijas: la enferma y una hermana mayor. Mientras esta última era la predilecta de la madre, ella lo era del padre. Desgraciadamente, el padre murió a los 42 años, de un ataque de apoplejía.

A partir de ese memento se sintió sola y abandonada, pues su madre y su hermana la trataban como a una cenicienta y notaba muy bien la preferencia que gozaba la hermana. La madre permaneció viuda, pues era demasiado grande la devoción que conservaba por el marido para permitirle casarse nuevamente. Rodeaba su memoria de una “especie de culto religioso” y educaba a sus hijas en los mismos sentimientos.

La mayor contrajo enlace muy joven, haciéndolo ella sólo a los veinticuatro años. Además nunca se había sentido atraída por mozo alguno; en su opinión todos eran fatuos e insignificantes. En cambio, gustaba de los hombres maduros. A los veinte años se ligó estrechamente con un cuadragenario de hermoso rostro, quien, en virtud de diversas circunstancias no pudo casarse con ella. A los veinticuatro años conoció a un viudo de cuarenta y cuatro, padre de dos niños. Era un hombre alto, corpulento, de aspecto imponente, muy semejante a su padre. Se desposó y siempre experimentó por él vivo afecto y profundo respeto. No tuvieron hijos; los del primer casamiento de su marido fallecieron a causa de una enfermedad infecciosa.

Al cabo de cuatro años de matrimonio, el esposo murió de un ataque de apoplejía. La viuda permaneció fiel a su recuerdo durante dieciocho años. Pero a la edad de cuarenta y seis (poco antes de la menopausia), volvió a sentir una gran necesidad de amor. Como no conocía a nadie, se dirigió a una agenda matrimonial y se arrojó en los brazos del primero. Tratábase de un campesino de sesenta años, medio chiflado, brutal y divorciado ya dos veces. Nuestra viuda estaba al tanto de ello, pero su pasión era demasiado fuerte. Durante cinco años soportó una vida de martirio hasta que finalmente pidió y obtuvo el divorcio.

La neurosis se manifestó poco tiempo después.

Epicrisis. —Para el lector algo familiarizado con el psicoanálisis, toda explicación sobra. Para los ajenos, debemos hacer observar que hasta los 46 años esta mujer no ha hecho más que revivir su primera juventud, reproduciendo su ambiente familiar mediante una serie de copias, todo lo fieles posibles. Por fin, cuando las necesidades sexuales se hacen sentir, demasiado tardías y apremiantes, se ve impulsada a procurarse una última edición de aquel sustituto paterno que no ha cesado de buscar durante toda su vida; pero esta última edición es la peor de todas, y arruina así la floración tardía de su sexualidad.

También la neurosis deja percibir bajo la represión el erotismo de la mujer avejentada que todavía quisiera agradar (de aquí sus maneras rebuscadas), pero que no osa confesarse a sí misma sus deseos.

2.º Caso. —Hombre de treinta y cuatro años, de baja estatura; la bondad y la inteligencia se leen en su rostro. Se intimida fácilmente y enrojece con frecuencia. Ha venido a consultarme a causa de su “nerviosidad”. Confiesa ser extremadamente irritable, se fatiga con rapidez y sufre del estómago. A menudo se siente tan desalentado que en más de una ocasión pensó suicidarse. Antes de hacerse atender por mí, y con el propósito de prepararme para su llegada, me envió una voluminosa

autobiografía, mejor dicho, la historia de su enfermedad, que comenzaba así: *Mi padre era un hombre muy grande y muy fuerte.* Estas palabras despertaron mi curiosidad; volví la página y mi mirada tropezó con esta frase: *Cuando yo tenía quince años, un muchacho grandote de diecinueve me llevó al bosque y me violó.* Las numerosas lagunas que contiene esta historia me impulsaron a llevar a cabo una anamnesis más completa. Ésta reveló los curiosos hechos que expongo a continuación:

El enfermo es el menor de tres hermanos. Su padre, un coloso de cabellos rojos, prototipo de viejo gruñón, severo y brusco, había servido en su juventud en la guardia suiza del Vaticano, convirtiéndose después en agente de policía. Educaba a sus hijos como se adiestra a los reclutas en el cuartel. En lugar de llamarlos por su nombre, les silbaba. Su juventud, bastante tempestuosa, había transcurrido en Roma. Hacia aquella época contrajo una sífilis que aún le hacía sufrir en su edad madura. Gustábale relatar sus aventuras y conquistas de entonces. El primogénito (bastante mayor que nuestro enfermo), era el vivo retrato de su padre; como éste, era grande, fuerte y pelirrojo. La madre, por el contrario, era de constitución débil; agotada por la vida, envejeció rápidamente y murió a los cuarenta años. Su hijo menor, el paciente, sólo tenía entonces ocho años. Conserva de ella recuerdos plenos de ternura y emoción.

En la escuela fue la cabeza de turco de sus camaradas y el objeto de sus burlas; según pretende él, esto sucedía a causa de su dialecto, que no era el de la región. Después ingresó en un taller en calidad de aprendiz; su patrón era severo y malo. Al paso que, no pudiendo aguantar, todos los otros aprendices se marchaban al cabo de poco tiempo, él permaneció allí más de dos años, no obstante los malos tratos y el irrisorio salario que recibía.

Tenía 15 años cuando sufrió el atentado que señaló más arriba, al que siguieron algunas otras extravagancias homosexuales. El azar de su destino lo condujo entonces a Francia. Allí conoció a un meridional fanfarrón y mujeriego que lo condujo a una casa de prostitución. Nuestro hombre le acompañó, a pesar suyo y por falsa vergüenza; ahí se reveló impotente. Más tarde llegó a París, donde su hermano mayor (el que se parecía al padre), se había establecido como pintor y desplegaba una vida de libertinaje. Aunque muy mal tratado, continuó en casa de su hermano mucho tiempo, un poco por caridad hacia su cuñada que le inspiraba piedad, y a la que ayudaba.

A menudo se dejaba arrastrar por su hermano a las casas de prostitución, donde siempre hacía una triste figura. Un buen día, aquel pidióle que le cediese su parte de la herencia, que ascendía a seis mil francos. Nuestro enfermo acudió antes en busca de consejo a su segundo hermano, también radicado en París, quien vivamente le disuadió de entregarle el dinero, advirtiéndole que el otro lo derrocharía. De todos modos los seis mil francos pasaron a manos del mayor. En efecto, los disipó alegremente en poco tiempo, al igual que otros quinientos arrancados al segundo. A

esta altura, asombrado de tal imprudencia, interrumpí al enfermo para preguntarle cómo había podido actuar con tanto descuido y sin ninguna garantía. Me respondió así: *Pero él quería el dinero y yo no podía rehusárselo. Además, yo no lo lamento de ningún modo, si tuviera otros seis mil francos también se los daría.* El mayor terminó por hundirse completamente, al punto que su mujer lo abandonó.

Nuestro enfermo regresó entonces a Suiza, donde vivió más de un año sin trabajo ni ganancia regular alguna; a menudo sufría hambre. Hacia aquella época entró en relación con un matrimonio al que comenzó a frecuentar con asiduidad. El marido, perturbado, sectario hipócrita, descuidaba a su familia. La esposa, de cierta edad, sumamente débil, enferma, y para colmo embarazada, era ya madre de seis niños. En la casa reinaba gran miseria. Nuestro enfermo se compadeció y pronto sintió un vivo afecto hacia esta mujer y dividía con ella lo poco que tenía. Ella le confió sus penas, sus angustias, su desgracia y, como temía morir durante el parto, él, que no poseía nada, le prometió cuidar a los niños y adoptarlos. En efecto, la pobre mujer murió al dar a luz. La asistencia pública intervino en los asuntos de la familia y sólo se dejó un niño a cargo de nuestro enfermo. No teniendo familia, solo, naturalmente, no podía criarlo. Se le ocurrió casarse, pero como jamás se había enamorado de mujer alguna, se halló muy desorientado. Recordó entonces a la antigua esposa de su hermano mayor y resolvió pedirla en matrimonio. Aunque la mujer tenía diecisiete años más que él, no se negó y le instó a que se trasladara a París a fin de discutir el asunto. La mala suerte quiso que la víspera de la partida se hiriese el pie con un enorme clavo, obligándole esto a posponer el viaje. Curada su herida, embarcóse hacia la capital, pero ¡ay! halló a su ex-cuñada más vieja y menos seductora de lo que se había imaginado.

El matrimonio, empero, se llevó a cabo, mas la primera relación sexual sólo tuvo lugar tres meses después, a iniciativa de la esposa, pues el marido no experimentaba necesidad ni deseo algunos. Entre ambos educaron al niño; él, al estilo suizo; ella, que era francesa, a la parisiense. A la edad de nueve años, el infeliz niño falleció atropellado por un ciclista. Significó un golpe terrible para nuestro paciente. Desde ese momento se sintió singularmente encerrado en sí mismo. Tuvo entonces la peregrina idea de pedirle a su mujer que emplease a una joven sirvienta, proposición que pareció sospechosa y dio lugar a violentas escenas de celos. Fue entonces cuando por primera vez se enamoró de una muchacha.

Poco a poco, la discordia entre los esposos tornó infernal la vida conyugal. Finalmente, la neurosis apareció en forma de un extremado agotamiento nervioso.

Lo insté a separarse de su mujer, pero él rehusó rotundamente, diciendo que no quería hacer la desgracia de esta mujer ya envejecida. Prefiere dejarse atormentar aún más; el recuerdo de su juventud parece serle de mayor precio que todas las alegrías del presente.

Conclusión: También aquí vemos gravitar en la vida toda de un individuo el círculo mágico de la constelación familiar. La influencia del padre aparece

particularmente poderosa y fatal. La actitud del hijo a su respecto, adopta un carácter homosexual y masoquista, que por todas partes se vislumbra con nitidez. Su mismo matrimonio, tan desgraciado, está determinado por la imagen del padre, pues casarse con la divorciada del hermano mayor es, en realidad, una manera de desposar a la madre que tanto había sufrido. Esta mujer reemplaza a la amiga muerta durante el parto, quien, a su vez, también sustituía a la madre. La neurosis se presenta en momentos en que la libido, tratando de sustraerse finalmente a la dominación del complejo infantil, tiende a fijarse por vez primera sobre un objeto sexual determinado por la individualidad autónoma. En este caso —al igual que en el precedente— la constelación familiar se revela como la más potente, de suerte que las aspiraciones individuales sólo pueden asomar por la estrecha salida de la neurosis.

3er. Caso. —Campesina de treinta y seis años, casada; inteligencia mediana; de complexión sólida y exuberante salud; madre de tres hijos sanos. La familia vive holgadamente. Viene al policlínico a causa de un malestar que se le ha declarado de unas semanas a esta parte: se siente singularmente inquieta y deprimida; por la noche duerme mal y la asaltan terribles pesadillas; durante el día a menudo sufre accesos de angustia y de depresión. Ignorando a qué atribuir su estado, perpleja, sólo atina a dar razón a su marido, para quien todas esas cosas son fantasías y tonterías, pero no logra vencer las molestias. Además, la obseden extrañas ideas: por ejemplo, presiente su próxima muerte y prevé que irá al infierno. Según ella, se entiende muy bien con su marido.

El examen psicoanalítico reveló los hechos siguientes: hacía algunas semanas la enfermera había encontrado en su casa unos breves folletos religiosos. Leyó allí, entre otras cosas, que los blasfemadores van directamente al infierno. Esto causóle una impresión sobremanera fuerte y penosa. Desde entonces no pudo dejar de pensar en ello, diciéndose que debía impedir que la gente blasfemase, bajo pena de condenarse a sí misma.

Quince días antes, estando ausente, su padre, que vivía con ellos, había fallecido repentinamente de un ataque de apoplejía. Su espanto y su dolor a la vista del cadáver fueron inmensos.

Durante los días siguientes esta muerte le preocupó muchísimo. Pensando en ella, recordó de pronto las últimas palabras de su padre. *Ni siquiera el diablo quiere en su carreta a personas como yo.* Este recuerdo la turbó intensamente. Recordó también los terribles juramentos que su padre acostumbraba proferir y se preguntó si en verdad existiría otra vida después de la muerte, si su padre estaría en el cielo o en el infierno. En estas circunstancias encontró los folletos piadosos a que hemos aludido. Empezó a leerlos febrilmente y, cuando llegó al párrafo donde se menciona el infierno, le sobrevino un verdadero ataque de desesperación y se abrumó a reproches.

Ella, que a cualquier precio hubiera debido evitar que su padre blasfemara, no lo había hecho; ciertamente Dios la castigada, pronto la haría morir y el diablo la

arrojaría en el fuego eterno. A partir de este momento se volvió triste y taciturna; no dejó de atormentar a su marido con sus ideas fijas y terminó por rehuir toda alegría y toda sociedad. A continuación transcribo la historia de la vida anterior de la enferma, conservando en parte las palabras utilizadas por ella:

Era la más joven de cinco hermanos y hermanas. Siempre fue la favorita de su padre, quien en toda ocasión hacía lo que ella quería. Por ejemplo, cuando deseaba un vestido nuevo y su madre se lo negaba, tenía la seguridad de que en la primera oportunidad aquel se lo traería de la ciudad. La madre murió muy pronto. Nuestra paciente se casó a los veinticuatro años, contrariando la voluntad del padre. Sin embargo, nada tenía éste que censurar al hombre escogido por su hija. Después de la boda el padre se instaló en el nuevo hogar, cosa que le pareció a ella completamente natural, “pues ninguno de los hermanos había querido encargarse de él”.

Por cierto, el padre era un borracho camorrista y permanentemente tenía un reniego en su boca. Como puede comprenderse, suegro y yerno no se entendieron en absoluto. Las disputas y las peleas sucedíanse en el hogar. No obstante, la enferma iba de continuo a buscar aguardiente para su padre. Ella encuentra excelente a su esposo. Es un buen hombre, paciente, que adolece de un solo defecto: no obedece bastante a su suegro. Esto no puede entenderlo nuestra paciente, quien preferiría que su marido se sometiese por entero. ¡Después de todo es el padre! En las discusiones ella siempre le apoyaba. Si bien nada tenía que reconvenir a su esposo, cuyos reclamos siempre tenían fundamento, pensaba que a pesar de todo era preciso ayudar al padre. De otra parte, experimentaba constantes remordimientos por haberse casado contra su voluntad, y a veces, luego de una querella, parecíale que se esfumaba todo el amor que profesaba a su marido. Ahora su padre ha muerto y ya no puede amar a su marido, pues era su desobediencia la que de ordinario provocaba los accesos coléricos de su padre, incitándolo a blasfemar. En cierta ocasión el marido se cansó y logró persuadirla que alojara al anciano en otra casa. Separáronse de él por espacio de dos años, durante los cuales vivieron felices y en paz. Mas pronto nuestra enferma empezó a hacerse recriminaciones: ella no podía abandonarlo así, completamente solo, ¿acaso no era su padre? Finalmente, a pesar de las protestas del marido, fue a buscarlo, pues en el fondo —como ella misma dice— le era más querido que su esposo. Apenas el padre volvió al hogar, la guerra se reanudó, prolongándose hasta su muerte repentina.

Concluido este relato, la enferma principió a quejarse: *Ahora todo ha terminado, me divorciaré cueste lo que cueste; lo hubiera hecho hace ya mucho tiempo si no fuera por los niños. Al casarme contra la voluntad de mi padre cometí un gran pecado. Hubiese debido aceptar al hombre que él me proponía. Seguramente éste le hubiese obedecido y todo habría ido bien. ¡Ah!, era tan bueno mi padre conmigo, me daba todo lo que yo quería, mientras que mi marido… preferiría morir con tal de encontrar otra vez a mi padre.*

Cuando hubo terminado de lamentarse, sentí curiosidad por informarme de las razones que la habían impulsado a no casarse con aquél. Refirió entonces que antes de su nacimiento, su padre, campesino humilde que sólo poseía una pequeña chacra, había recogido a un niño abandonado, un pobre y miserable rapaz a quien pensó hacer su ayudante. Desgraciadamente, pronto pudo comprobarse que este niño era un desheredado de la naturaleza; tan imbécil que jamás pudo aprender a leer ni a escribir, ni siquiera a hablar como todo el mundo.

En pocas palabras, un cretino perfecto. Para colmo, al aproximarse a la pubertad fué atacado de escrofulosis; tenía el cuello lleno de ganglios que se hinchaban, reventaban y supuraban uno tras otro. Ello hacía completamente repelente a ese ser ya de por sí feo y sucio. Con la edad su imbecilidad sólo se agravó, motivo por el cual permanecía en la chacra como sirviente sin salario establecido.

Éste era el individuo a quien el padre quería dar por esposo a su hija favorita.

Naturalmente, ella se negó a semejante unión. Pero hete aquí que ahora se arrepentía, porque este idiota sin duda hubiera aceptado a su padre mejor que el bueno de su marido.

Epicrisis. —Debemos insistir una vez más en el hecho de que esta mujer no es en modo alguno débil de espíritu. Al igual que el paciente anterior, está dotada de una inteligencia normal y —según se desprende de su relato con muy particular evidencia — también su inteligencia encuéntrase completamente sojuzgada por un complejo infantil que le coloca algo así como “anteojeras”.

El padre está antes que todos y que todo. Poco importa que sea borracho, malo, peleador, o la causa de todas las discordias que trastornan la vida doméstica. En cambio, es a su marido, jefe legítimo de la casa quien le corresponde doblegarse ante el viejo tirano, plaga de su hogar. Y, para terminar, la paciente llega a lamentar que su padre no haya logrado destruir radicalmente la felicidad de su vida. Pero es ella misma quien se encarga de hacerlo, con su neurosis, que la lleva a desear la muerte a fin de ir al infierno, donde espera reunirse con su padre.

Si alguna vez quiere contemplarse una fuerza demoníaca en actividad, bastará seguir con atención las sombrías tragedias que lentamente, en silencio, se desarrollan en el fondo de las almas enfermas de nuestros neurópatas: unos, luchando sin tregua y mano a mano contra las potencias invisibles, logran arrancarse de las garras del demonio que obliga a tantos seres humanos a atraerse sin saberlo los peores golpes de la suerte. Otros, por el contrario, se enfurecen, se rebelan y logran evadirse, pero generalmente no pueden gozar largo tiempo su libertad. Tarde o temprano, haciéndoles reincidir en sus errores, la neurosis vuelve a cogerlos en su trampa.

No se diga que el destino de estos infelices depende del hecho de ser ellos neuróticos o “degenerados”, pues también nosotros, personas normales, a poco que examinemos a la luz del psicoanálisis el curso de nuestra vida pasada, comprobamos que, sin que lo sepamos, una mano omnipotente conduce nuestros destinos, y que esta mano no siempre es benévola[4]. Para muchas personas este poder desconocido es

Dios o el diablo; pues es este mismo poder —el de la constelación infantil— que en el transcurso de milenios ha dado a la religión su fuerza persuasiva.

Ello no quiere decir que nuestros progenitores sean los únicos responsables de nuestros defectos. El niño sensible y plástico que reproduce fielmente en su psique los defectos de adaptación de los padres, por lo general solo debe culpar a su propia naturaleza del destino que le aguarda. Sin embargo, no siempre ocurre así; el caso que acabamos de ver lo muestra claramente. Sucede a menudo —demasiado a menudo— que los mismos padres introducen en el alma de sus hijos los malos gérmenes aprovechando su escasa edad para hacerlos esclavos de los propios complejos. La conducta del padre en el caso en cuestión, no deja duda alguna en este respecto. Es fácil comprender cuál era su objetivo cuando trataba de casar a su hija con ese ser incompleto y repugnante: quería guardarla para sí y hacerla su esclava por siempre. Ésta no es, empero, más que una exageración grosera de la falta que cometen innumerables padres, personas cultas y de posición, al aplicar ciegamente el más absurdo sistema educacional. Los padres que hostigándolos con críticas ahogan todo movimiento espontáneo en sus hijos, que miman a sus hijas y ejercen sobre ellas una tiranía sentimental donde se disfraza mal el erotismo, que tutelan a sus hijos y los obligan a abrazar tal o cual profesión y terminan imponiéndoles un matrimonio por conveniencia; las madres que atan a los hijos a sus polleras, que desde la cuna los rodean de una ternura malsana, que hacen de ellos muñecos serviles y que más tarde curiosearán celosamente su vida sexual, todos, en el fondo, se comportan igual que este campesino estúpido y torpe.

Es probable que se pregunte dónde nace el hechizo que puede ligar tan indisolublemente los hijos a los padres, a menudo para toda su existencia. El psicoanálisis sabe por experiencia que reside sólo en la sexualidad, tanto de los primeros como de los segundos. Desgraciadamente, todavía se rehúsa admitir que los niños posean una vida sexual. La voluntaria ignorancia a este respecto es hoy más visible que nunca**[5]**.

En los ejemplos anteriores no realicé un análisis propiamente dicho. Por lo tanto, desconocemos lo que en las almas de estos seres tan trágicamente predestinados tuvo lugar durante la infancia. Mas, como se sabe, se han realizado análisis de esta clase. En un artículo aparecido en la primera recopilación semestral de 1907 del *Anuario de investigaciones psicoanalíticas y psicopatológicas*, da Freud una descripción grandiosa y de profundidad pocas veces alcanzada de la vida psíquica del niño. Si ahora me permito agregar algo a esa exposición magistral, es porque la casuística psicoanalítica me parece ser de gran importancia.

4.º Caso. —Niño de ocho años; inteligente, un poco delicado. Su madre lo trae para que lo cure de una enuresis. Durante la consulta no cesa de colgarse del cuello de su madre, mujer joven y linda. Los esposos forman un hogar feliz, pero el padre es severo, y el pequeño, que es el primogénito, le teme un poco. La madre compensa

esta severidad con una ternura tanto mayor, siendo muy bien retribuida por el niño, que casi no se aparta de su lado.

Nunca juega con sus compañeros de clase ni anda solo por la calle, salvo para ir a la escuela. Teme la brutalidad de los escolares y en su hogar prefiere los entretenimientos intelectuales, o bien, ayuda a su madre en los quehaceres domésticos. Está extremadamente celoso de su padre; no puede soportar que éste de muestras de cariño a su madre.

Llevo al niño a solas y le interrogo sobre sus sueños:

A menudo sueña con una serpiente negra que quiere picarle el rostro. Entonces grita y su madre debe acudir desde la habitación contigua. Por la noche se acuesta tranquilamente, pero, cuando está a punto de adormecerse, parécele que un hombre negro, malo, grande y delgado, armado de sable o fusil, se acuesta sobre su cama y quiere matarlo.

Sus padres duermen en la habitación próxima. Frecuentemente sueña que algo espantoso sucede allí, que horribles serpientes negras u hombres malos desean matar a su mamá. Entonces él grita y ella viene a consolarlo. Cada vez que moja su lecho, llama a su madre para que lo mude.

El padre es un hombre grande y delgado. Todas las mañanas, con el propósito de lavarse, se desnuda completamente a la vista del niño. El pequeño me relata que durante la noche a menudo se despierta sobresaltado por un ruido extraño que llega de la habitación vecina, como si allí realmente pasara algo terrible —una lucha—; que entonces se apodera de él un miedo espantoso, y que también en estas ocasiones su madre le tranquiliza diciéndole que no es nada.

Fácil es comprender lo que significa la serpiente negra, quién es el hombre malo y qué sucede en aquella habitación. Asimismo se descubre sin dificultad cuál es el fin que persigue el niño al llamar a su madre junto a él: está celoso y trata de separarla del padre. Durante el día, cada vez que éste se muestra cariñoso, hace lo mismo. En otras palabras, está enamorado de su madre; es el rival de su padre.

Pero hay más: la serpiente y el hombre malo tampoco lo quieren a él; lo amenazan, al igual que a su madre en la habitación de al lado. Es decir, que en cierta medida él se identifica con su madre y adopta la misma actitud. Por lo tanto, en su postura frente al padre hay una componente homosexual, una porción de sentimiento femenino. En esta circunstancia, ubicándose en el punto de vista de Freud, no es difícil adivinar el sentido de la enuresis; el sueño que la acompaña nos da la clave. En efecto, conocemos por experiencia el "sueño urinario". He comentado uno en mi estudio sobre el "análisis de los sueños" (*Année Psychologique*, 1909). La enuresis constituye un sucedáneo sexual infantil. Asimismo desempeña un papel en los sueños de los adultos, el de simular el deseo sexual.

Puede apreciarse en este ejemplo lo que sucede en el alma de un niño de ocho años completamente dependiente de sus progenitores, en parte por los errores de un padre excesivamente severo, y en parte por los de una madre sobresolícita[6].

Por consiguiente, la actitud del niño no es sino una manifestación de la sexualidad infantil. Si consideramos nuevamente todos los defectos que derivan de la patente influencia de la constelación familiar, percibiremos que nuestro destino sigue aproximadamente el mismo camino de nuestra sexualidad. Si Freud y sus discípulos indagan en primer término y con tanta insistencia la vida sexual, no es por cierto con el propósito de descubrir “sensaciones picantes”, sino para adquirir una comprensión más profunda de las fuerzas que rigen el destino de cada individuo. Pero hablar aquí del solo individuo es demasiado poco. En efecto, al tiempo que corremos el velo de este problema, nuestra mirada abarca un horizonte más vasto: de la historia del individuo se extiende a la de los pueblos. Nos sentimos particularmente inducidos a examinar la historia de las religiones y de todos los sistemas y ficciones elaborados por los pueblos en el curso de los siglos. Vemos la religión judía del Antiguo Testamento divinizar al “pater familias” en la figura de Jehová, a quien su pueblo debe obedecer en el temor. Entre este pueblo y él, los patriarcas forman una suerte de escalón intermediario. El terror neuropático que caracteriza a la religión judía —sublimación incompleta o defectuosa intentada por un pueblo todavía bárbaro— engendra las minuciosas y recias prescripciones de la ley mosaica, exactamente comparables a los gestos estereotipados del neurótico. Sólo los profetas, quienes alcanzan la perfecta sublimación, la identificación con Jehová, llegan a librarse de ellas y se convierten en los padres del pueblo. El Cristo que realiza las profecías descarta el temor a lo divino y enseña a los hombres a encontrar en el amor la verdadera relación con Dios. De esta manera, dando el ejemplo de un enlace individual de amor con la divinidad, suprime el ritual de la ley y su obligación. Más tarde, las sublimaciones imperfectas de las masas llevan nuevamente al ceremonial de la iglesia, del cual sólo pudieron emanciparse algunas almas de santos y de reformadores. No carece por lo tanto de razón la teología moderna cuando habla de la importancia liberadora de la experiencia “interior” o “personal”, pues en todo tiempo el amor ha transformado el temor y la humillación en un sentimiento más elevado y más libre[7].

Inversamente, en el desarrollo del individuo podemos encontrar el mismo proceso que en la historia universal: el origen y la evolución de la idea de Dios. Al principio, como un destino supremo, el poder de los padres gobierna la vida del niño. Pero conforme éste crece, comienza la pugna interior entre la constelación infantil y la individualidad.

La influencia de los padres, característica del período infantil (o prehistórico), es reprimida hacia la inconsciente, mas sin quedar por esto eliminada, pues, a través de hilos invisibles, guía aún las creaciones aparentemente individuales del espíritu maduro. Como todo cuanto sucede en lo inconsciente, la constelación infantil provoca en la conciencia sensaciones misteriosas y múltiples de pensamientos que mueven a creer en la influencia de un más allá que secretamente nos dirigiera. Tal es el origen de las primitivas sublimaciones religiosas. La figura del padre, con las

virtudes y los defectos que determinan su influencia, es sustituida, de una parte, por la idea de un Dios poderoso y perfecto, y de otra, por la del diablo —esta última más atenuada en los tiempos modernos por la noción de responsabilidad moral personal. Al primero corresponden las aspiraciones del amor más ideal y puro; el segundo gobierna los instintos sexuales.

Este contraste acentúase al extremo en la neurosis. Dios es aquí el símbolo de la suprema represión de la sexualidad; el diablo, de la lujuria. De esta manera, como ocurre con todo complejo inconsciente, el símbolo que representa el complejo del padre en la conciencia es de doble faz: se compone de dos elementos, uno positivo, otro negativo.

Quizá no haya ejemplo más bello de este juego pérfido del inconsciente que la historia de amor del Libro de Tobías[8]. En Ecbatana, Sarah, hija de Raguel, desea casarse. Pero su mala suerte quiere que siete veces seguidas el hombre por ella escogido muera la noche de bodas. El maligno demonio Asmodeo, que la persigue, mata sucesivamente a cada uno de sus maridos. Sarah ruega entonces a Jehová que antes de sufrir esta vergüenza la haga morir, pues se ve expuesta al desprecio de los sirvientes de su padre. Dios le envía entonces a Tobías, su octavo esposo, quien a su vez es conducido a la cámara nupcial.

Durante la noche, el viejo Raguel, que simuló dormirse, se levanta y va a cavar por anticipado la tumba de su yerno. A la mañana, aguardando la muerte del joven, envía una sierva a la cámara de los esposos para cerciorarse de ella. Pero esta vez Asmodeo no ha podido cumplir su maléfica tarea: Tobías está vivo.

Siento que el secreto profesional me impida relatar aquí un caso de histeria que se modela exactamente sobre este esquema, excepto en que no se trata de siete maridos, sino sólo de tres, uno tras otro elegido de manera muy desgraciada, bajo indubitable influjo de la constelación infantil. El primero de los casos consignados en este trabajo cabe en esta categoría, y en el tercero vimos cómo un viejo campesino se disponía a entregar a su hija al peor de los destinos.

En Sarah, hija piadosa y obediente (ver su bella oración del capítulo II), se ha realizado la sublimación ordinaria con la escisión del complejo en sus dos elementos: de una parte, ha transfigurado y sublimado su amor infantil en adoración de Dios; de otra, la potencia paterna que continúa obsediéndola a pesar suyo, se ha convertido en el demonio Asmodeo, personificación de la fatalidad que la cosa. Observemos la admirable concepción de esta leyenda, donde también el padre aparece en su doble papel: inconsolable por la desgracia de su hija, es empero él mismo quien prepara la fosa de su yerno.

Esta hermosa fábula se ha convertido en uno de mis ejemplos preferidos, con el cual gusto relacionar mis análisis. Pues son extraordinariamente numerosos los casos en que el poder demoníaco del padre gravita sobre la hija, al punto de permanecer ésta durante toda su vida, aún casada, incapaz del menor acercamiento psicológico a su marido[9], a causa de que la imagen de este último no armoniza con el ideal

paterno infantil, que pervive en el fondo de su inconsciente. Lo que decimos de las hijas puede ser igualmente válido respecto a los hijos. Acerca de este punto se encontrará un hermoso ejemplo de complejo paterno en el trabajo del doctor Brill: *Psychological factors in dementia precox* (Factores psicológicos en la demencia precoz), “Journal of abnormal psychology”, tomo III, 1908.

Según mi experiencia, sería por lo general el padre quien constituiría el elemento determinante, el objeto peligroso para la imaginación del niño. En los casos en que lo fuese la madre, me sentiría inclinado a buscar tras ella un abuelo, del cual dependería psicológicamente. Es éste un problema que aún no puedo resolver, pues piso aquí tierra todavía inexplorada. Mas todo lleva a creer que un futuro próximo nos reserva nuevas descubrimientos, y que pronto podremos internarnos más profundamente en los misteriosos talleres del genio que rige los destinos del universo, y del cual Horacio dice:

Scit Genius natale comes qui temperat astrum,
Naturae deus humanae, mortalis in unum,
Quodque caput, vultu mutabilis, albus e ater[10].

EL NIÑO DOTADO

Cuando llegué por primera vez a los Estados Unidos de Norteamérica comprobé, con gran asombro, que en las calles atravesadas por ferrocarriles no había barreras. En algunas regiones apartadas las líneas ferroviarias eran inclusive usadas por los peatones como camino. Al expresar yo mi sorpresa, se me respondió: “Sólo los idiotas no saben que el tren corre a una velocidad de 40 a 100 millas por hora”. Asimismo me saltó a la vista el hecho de que nada estuviese prohibido, sino sólo “not allowed”, no permitido; aún más, en ocasiones solicitado cortésmente: “please don’t…”.

Ésta y otras numerosas impresiones más condensáronse hasta hacerme comprender que en los Estados Unidos la vida pública cuenta con la inteligencia, y la espera; en Europa, en cambio, la inteligencia es medida con el patrón de la estupidez. Norteamérica exige y favorece la inteligencia; Europa mira hacia atrás, a fin de ver si los estúpidos también son capaces de seguir. Peor aún: el continente europeo presupone la mala fe, y es por ello que intima a todos con su imperioso y molesto: “Prohibido”. Norteamérica por el contrario, dirígese a la buena fe.

Así, quisiéralo yo o no, mi pensamiento comenzó a divagar en torno a mis años escolares, cuando en la figura de ciertos maestros me parecía encarnado el prejuicio europeo. A los doce años en modo alguno me sentía yo embotado ni estúpido, pero sí, con harta frecuencia, sobremanera aburrido cuando el profesor se ocupaba de aquellos que no podían seguir el curso. Por fortuna, tuve al menos un maestro de latín genial, que durante las clases me enviaba a la biblioteca de la Universidad a buscarle libros, en cuyas hojas hundía mis narices procurando prolongar lo más posible el camino de regreso. El hastío, no era, empero, lo peor. Entre los muchos temas de composición —que por cierto no eran nada estimulantes— una vez hallé uno que me interesó. Me di a él con empeño puliendo mis frases con el mayor cuidado posible. Confiando alegremente haber escrito la mejor composición o, cuando menos, una de las mejores, la entregué al maestro. Al devolverlas, solía éste discutir primero la mejor composición y luego las restantes, en orden de méritos. La mía no fue la primera, ni la segunda, ni tampoco la tercera. Todas venían antes que la mía, y una vez que hubo discutido el último trabajo, el más flojo, el maestro se hinchó amenazador y siniestro, prorrumpiendo: “La composición de Jung es con mucho la mejor, pero la ha hecho a la ligera y sin cuidado. No merece, entonces, ninguna nota”. “No es verdad —repliqué— jamás trabajé en una composición tanto como en ésta”. “¡Mentira! —exclamó— mira a X (el alumno que había hecho la peor composición), X sí que se ha esforzado. Él se abrirá camino en la vida, pero no tú, porque no es con habilidad y trucos que puede abrírselo”. Me callé; a partir de aquel momento y no volví a trabajar más para las clases de alemán.

Es verdad que esta experiencia data de más de medio siglo, y no dudo que desde entonces las condiciones escolares han cambiado y mejorado mucho. Pero en aquella

época me dio bastante que pensar y me dejó un sentimiento de amargura; no obstante, cuando adquirí yo mayor experiencia, este sentimiento fue reemplazado por una más justa valoración. Comprendí que, en el fondo, la actitud del maestro estaba determinada por el noble principio de ayudar a los débiles y extirpar el mal. Pero, desgraciadamente, ocurre con frecuencia que estos principios se instituyen en máximas mecánicas que se aceptan sin reflexionar mucho y no logran sino una deplorable caricatura del bien. Verdad es que con ellos se ayuda a los débiles y se combate el mal, mas al propio tiempo arriésgase pasar por alto a los dotados, como si el hallarse por encima del nivel común fuese algo peligroso e inconveniente. En efecto, el hombre medio desconfía y sospecha de todo cuanto su inteligencia no puede captar. "Il est trop intelligent" —esta frase justifica las más negras suspicacias. Paul Bourget describe en una de sus novelas, una divertida escena ocurrida en la antecámara de un ministro, y que es verdaderamente paradogmática: un matrimonio de pequeños burgueses está aguardando turno y critica del modo siguiente a un famoso sabio, también presente allí, y al que no conocen: "Il doit être de la police secrète, il a l'air si méchant".

Ruego se me disculpe por haberme detenido tan extensamente en estas minucias autobiográficas. Pero, en rigor, esta verdad sin poesía no concierne sólo a un caso particular, pues se ha comprobado ya en muchos otros. En efecto, el niño dotado plantéale a la escuela un importantísimo problema, que, no obstante el óptimo principio de auxiliar a los pobremente dotados, no nos es dable pasar por alto. En un país tan pequeño como Suiza no debemos permitirnos el lujo de descuidar el talento —del que tantas necesidades tenemos— por razones de caridad. Mas, según parece, aún hoy se procede en este respecto de manera más bien descuidada. Poco tiempo atrás relatáronme el caso siguiente: Una inteligente niña que cursaba uno de los primeros grados inferiores convirtióse de improviso en una mala alumna. Tal cosa asombró mucho a sus padres. Lo que la niña contaba de la escuela parecía tan absurdo, que los padres tuvieron la impresión de que se tratase a los escolares como idiotas, y con ello fueran artificialmente estupidizados. La madre dirigióse al director para hablar del asunto. Supo así que la maestra de su hija habíase especializado en niños oligofrénicos y que antes de ocupar su cargo actual habíase ocupado de retardados. Ahora que debía enseñar a niños normales no sabía evidentemente cómo tomarlos. Por fortuna, hubo aún tiempo para pasar a la niñita a otra clase, de una maestra común, donde se recuperó.

El problema del dotado no es en modo alguno sencillo, pero no cabe designar como tal a un niño por el mero hecho de ser un buen alumno. Más aún, en algunos casos ocurre precisamente lo contrario. El dotado puede inclusive caracterizarse por rasgos desfavorables: particular distracción, cabeza llena de tonterías, haraganería, negligencia, desatención, mala educación, testarudez, e inclusive puede dar la impresión de ser un niño poco despierto. Por la observación externa a menudo resulta difícil distinguir entre un niño bien dotado y un débil mental.

Además, precisa no olvidar que los dotados no siempre son niños precoces, sino que en muchísimas ocasiones siguen un desarrollo lento, permaneciendo sus cualidades en estado latente durante mucho tiempo. Una excesiva buena voluntad y optimismo por parte del educador puede husmear dotes que más tarde no se manifestarían, ocurriendo entonces como se dice en una biografía: “Hasta los cuarenta años no se descubrieron indicios de su genialidad, y tampoco después”.

De ordinario, para diagnosticar el talento no existen otros medios que el cuidadoso examen y la observación de la individualidad infantil, tanto en la escuela como en el hogar: sólo así será factible establecer cuánto hay de disposición primaria y cuánto de reacción secundaria. La desatención, la distracción y la indolencia demuestran ser en los niños dotados una defensa secundaria contra las influencias externas, a la cual se recurre a fin de poder entregarse sin molestias a los procesos internes de la fantasía. No obstante, la verificación de la existencia de vívidas fantasías y de intereses singulares, en modo alguno prueba la existencia de una especial capacidad o dotación. También en el período incubatorio de tardías neurosis y psicosis es dable hallar un predominio del fantaseo y de intereses anormales. En cambio, en la *naturaleza de las fantasías* puede sí reconocerse el talento. Naturalmente, para ello es menester saber distinguir entre una fantasía inteligente y una estúpida. Los criterios para el juicio son la originalidad, la coherencia, la intensidad y la belleza de la creación fantástica, así como la posibilidad latente de su concretización futura. Importante es también la cuestión de la medida en que la fantasía determina la forma de vida externa, por ejemplo, como inclinación seguida sistemáticamente. Otro indicio significativo es la intensidad e índole del interés en general. En los niños difíciles a menudo pueden hacerse sorprendentes descubrimientos: que durante las horas nocturnas en que les está prohibida la lectura suelen devorar gran cantidad de libros, aparentemente sin elección, que poseen notables aptitudes prácticas, etc. Mas todas estas señales sólo pueden ser comprendidas por la persona que, no conforme con la simple comprobación del pésimo rendimiento escolar, se tome la pena de indagar sus causas. Por tanto, cierto saber psicológico, esto es, conocimiento de los hombres y experiencia vital, constituye un requisito deseable para todo educador.

La disposición psíquica del niño dotado muévese en un ámbito de amplias contradicciones. En efecto, es raro que el talento abrace de manera más o menos uniforme todos los campos psíquicos. Por lo general ocurre que uno u otro de tales territorios hállase tan poco desarrollado que cabría hablar, por así decirlo, de una *deficiencia*. En particular los grados de maduración son extremadamente diversos. En el dominio específico del talento siempre y bajo toda circunstancia se acusa una precocidad anormal, en tanto el resto de las funciones psíquicas permanecen por debajo del límite normal para la edad correspondiente. Ello en ocasiones da lugar a un cuadro susceptible de hacer equivocar el camino: créese estar frente a un niño escasamente desarrollado o retardado espiritualmente, y al que, por tanto, jamás se lo

creerá poseedor de capacidades sobrenormales. Puede asimismo ocurrir que la precocidad intelectual no vaya acompañada por un desarrollo correspondiente de la facultad de expresión verbal, y que, de consiguiente, el niño se vea forzado a comunicarse de modo aparentemente confuso o incomprensible. El único recurso de que dispone el maestro en estos casos, para evitar un juicio erróneo, consiste en un cuidadoso examen de las causas de tal comportamiento, y en pensar concienzudamente las respuestas. Puede inclusive ocurrir que el talento competa a un campo no tocado por la instrucción escolar. Así sucede —verbigracia— con ciertas dotes prácticas. Recuerdo niños caracterizados en la escuela por su estupidez, que en el ámbito familiar, campesino, destacábanse por su ejemplar capacidad.

Tampoco puede olvidarse aquí las opiniones sobremanera erróneas que privaban, al menos en el pasado, acerca del talento matemático. Creíase, por ejemplo, que la capacidad de pensar en forma lógica y abstracta materializábase, por así decir, en la matemática, y que por tanto ésta sería la mejor escuela del pensar lógico. Mas, por el contrario, el talento matemático —como de otra parte también el musical, con el cual guarda una afinidad biológica— no se identifica ni con la lógica ni con el intelecto, sino que se sirve de estos, al igual que la filosofía y la ciencia en general. Así como es posible ser músico sin tener la menor traza de inteligencia, del mismo modo cabe encontrar sorprendentes talentos matemáticos inclusive entre los imbéciles. Así como no es posible inculcar el sentido musical por la fuerza, tampoco cabe hacerlo con el matemático, porque se trata de un talento específico.

Los niños dotados no sólo presentan complicaciones en el campo intelectual, sino también en el moral, en los sentimientos. En el niño moralmente dotado las mentiras y otras deficiencias morales, tan frecuentes en los adultos, son susceptibles de provocar problemas asaz perturbadores. Así como no se para mientes o se subvalora la sensibilidad y la precocidad intelectuales, tampoco se advierte y se subvalora la crítica moral y sentimental del niño dotado. Las dotes del corazón a menudo no son tan evidentes ni llamativas como las técnicas e intelectuales, pero así como a estas últimas les cabe el derecho de pretender una comprensión particular por parte del educador, aquellas plantéanle a menudo la mayor de las exigencias: que él mismo sea educado. Es en tales casos donde se torna más evidente que lo verdaderamente eficaz no es aquello que el educador enseña con palabras, sino aquello que él es. Todo educador, en el sentido más vasto del término, debería de continuo preguntarse si aplica a sí mismo y a su vida, del mejor modo posible y con el máximo de conciencia, aquello que enseña a los demás. En psicoterapia ya hemos reconocido que, al fin de cuentas, no es el saber y la técnica, sino la personalidad, la que obra en forma curativa —y lo mismo vale para la educación: *ésta presupone la autoeducación*.

De ningún modo querría con ello erigirme en juez de los educadores. Por el contrario, mi actividad docente y educacional, desplegada a través de algunos decenios, hace que me considere yo uno de ellos y que, de consiguiente, espere se me juzgue o condene. Es sólo en base a mi experiencia en el trato con los hombres que

me atrevo a llamar la atención acerca del enorme significado *práctico* de estas esenciales verdades pedagógicos.

Junto a las dotes de la cabeza existen también las del corazón, no menos importantes, pero más fáciles de pasar por alto, porque con frecuencia en estos casos la cabeza suele ser más débil que el corazón. No obstante, muchas veces tales personas son más útiles y valiosas para el bienestar social que las dotas en otros respectos. Pero, al igual que las restantes dotes, también las del sentimiento muestran dos lados. Mediante un alto grado de empatía —a menudo muy notable entre el sexo femenino—, un sujeto puede adaptarse tan hábilmente al maestro que dé la impresión de poseer una especial dotación, precisamente a causa de un excepcional rendimiento; mas, tan pronto esa influencia personal deja de obrar, el talento se desvanece. No ha sido sino un episodio de entusiasmo, creado, como por magia, por la empatía, y que se ha extinguido como el fuego en un pajonal, dejando tras sí sólo las cenizas de la desilusión.

La educación de los niños dotados exige una alta capacidad de comprensión psicológica, intelectual, moral y artística por parte del educador. Inclusive implica tales demandas que no cabe esperar del maestro que las satisfaga. En ciertos casos sería menester que éste fuese casi un genio para que pudiese comprender debidamente a un escolar con dotes geniales.

Por fortuna, ciertos dotados tienen la particularidad de poder bastarse a sí mismos en gran medida, y (cosa que por lo demás ya expresa la voz “genius”) cuanto más genial es un niño, tanto más sus facultades creadoras se comportan como una personalidad que, en cualquier circunstancia, supera en mucho a su edad; como —podría inclusive decirse— un demonio divino en el que no sólo no hay nada que educar, sino del cual más bien ha de protegerse al niño. Los grandes talentos son los frutos más bellos, pero a menudo también los más peligrosos del árbol de la humanidad. Penden de las camas más endebles, fácilmente quebradizas. Como queda apuntado, el desarrollo del talento de ordinario no guarda proporción con la maduración del resto de la personalidad, y muchas veces recógese la impresión de que la personalidad creadora crece a expensas de la humana. En ocasiones llega a denunciarse tal discrepancia entre el genio y su humanidad, que uno debe preguntarse si no hubiera sido mejor una menor dosis de talento. En efecto, ¿qué es, al fin de cuentas, una gran inteligencia si ella va acompañada por una inferioridad moral? La utilidad de no pocas personas hállase paralizada —a menudo hasta pervertida— por sus insuficiencias humanas en los demás campos. El talento no constituye un valor en sí mismo; sólo lo es si el resto de la personalidad es susceptible de seguirlo en forma ventajosamente aprovechable. Por desgracia, la capacidad creadora puede exteriorizarse también en un sentido destructivo. Que se vuelva ella hacia el bien o hacia el mal, es cosa que decide exclusivamente la personalidad moral, y si esta última no existe, no hay educador alguno capaz de procurarla o de sustituirla.

La estrecha afinidad entre dotados y sujetos con síntomas degenerativos patológicos, torna difícil el problema de la educación de los niños talentosos. No sólo porque por lo regular el talento se ve compensado por ciertas inferioridades en otros campos, sino, también, porque en ocasiones inclusive suele ir acompañado por defectos mórbidos. En tales casos suele resultar casi "imposible decidir si lo prevalente es el talento a la constitución psicopática.

Por todas estas razones paréceme sobremanera arduo responder a la cuestión de la conveniencia de educar a los niños particularmente dotados en clases separadas —como ya fue propuesto—. Por mi parte, no querría ser yo el técnico al que se le confía la elección de los escolares apropiados. Es verdad que, si de un lado, estos niños extraerían de ella enormes ventajas, del otro opónese el hecho de que en los aspectos espirituales y humanos, en modo alguno alcanzan ellos el mismo nivel de su talento. En una clase compuesta exclusivamente por dotados, arriesgarían desarrollarse en forma excesivamente unilateral, al paso que, en una clase común, el talentoso se aburrirá durante la enseñanza de las materias para las cuales se halla dotado, pero se verá obligado a recordar sus deficiencias en las otras, lo cual puede surtir un efecto moral útil y necesario. Pues el talento comporta la desventaja moral de provocar en su poseedor un sentimiento de superioridad y con ello también cierta "inflación"[1] que debería compensarse mediante una correspondiente humildad. Los niños dotados son con frecuencia malcriados y esperan ser objeto de excepcional tratamiento. Ya mi antiguo maestro sabía esto, y por eso habíase preparado a asestarme aquel su *knock-out* moral: no obstante, debo confesar que en aquella oportunidad no extraje de él las conclusiones deseadas. Desde entonces aprendí a comprender que aquel maestro mío había sido un instrumento del destino; fue el primero en hacerme comprender que los clones divinos tienen dos flancos, luminoso el uno, oscuro el otro. Porque quien se halla por sobre los demás siempre se ve expuesto a los bastonazos, y quien no los recibe del maestro, los recibe del destino: por lo general, de ambos. Es preciso que el niño dotado se habitúe a tiempo al hecho de que una capacidad mayor entraña una posición de excepción con todos sus riesgos, y en particular, una mayor conciencia del propio valor. Y de estos peligros sólo la humildad y la obediencia pueden protegerlos, y no siempre.

Así, en lo tocante a la educación de los niños dotados, considero que lo mejor es hacerles compartir el aprendizaje de un grado común, junto con los demás niños, en lugar de acentuar aún más su posición de excepción agrupándolos en un grado especial. Es preciso no olvidar que la escuela ya es en sí misma una parte del vasto mundo, que en pequeño contiene todos aquellos factores que el niño enfrentará en su vida ulterior y con los cuales deberá hacer sus cuentas. Parte de esta indispensable adaptación puede y debe por lo menos aprenderla ya en la escuela. Los choques ocasionales no significan una catástrofe: los malos entendidos sólo tienen efectos fatales cuando se hacen crónicos, o la sensibilidad del niño es de una agudeza excepcional y no existe posibilidad alguna de cambiar —si ello se impone— de

maestro. Esta última medida a menudo surte efectos favorables, pero, naturalmente, sólo en aquellos casos en que la causa de la perturbación reside en el maestro. Y ella no siempre es así, pues muchas veces incúlpase al maestro injustamente de muchas cosas que en rigor no son sino consecuencias de la educación familiar. Ocurre con frecuencia que los progenitores encarnan en sus niños de talento sus personales ambiciones insatisfechas, y los aconsejan mal o los incitan a realizar hazañas, en ocasiones con riesgo de graves perjuicios para el futuro.

Un talento vigoroso, y más todavía, aquel don de las Dánaes que es el genio, son factores determinantes del destino, y ya muy pronto proyectan su sombra hacia adelante. El genio sabrá imponerse contra todo, porque la necesidad de absoluto y la indomabilidad son características de su naturaleza. El llamado "genio incomprendido" constituye un fenómeno ambiguo. A menudo termina revelándose como una incapacidad en busca de una autoexplicación que lo aplaque y satisfaga. Una vez, en mi calidad de médico, vime obligado a poner a uno de estos "genios" ante la siguiente alternativa: "¿no será que usted no es sino un tremendo haragán?". Después de breve tiempo convinimos en que, en realidad, era así. En cambio, al talento es posible obstaculizarlo, dañarlo, pervertirlo o, ayudarlo, desarrollarlo y perfeccionarlo. El genio es una "rarissima avis", un Fénix, y no puede contarse con su aparición. Existe "a priori", y por gracia de Dios, en toda su fuerza, consciente o inconsciente. El talento es, por el contrario, una regularidad estadística, y no siempre goza de adecuado dinamismo. Al igual que el genio, el talento exhibe máximas y diversidades y su propia diferenciación individual, que los educadores no deben descuidar, en razón de que la personalidad diferenciada y diferenciable es de inmensa importancia para el bienestar del pueblo. Querer nivelar a la totalidad del pueblo, reduciéndola a una grey, suprimiendo la natural estructura aristocrática o jerárquica, temprano o tarde habrá de conducir, infaliblemente, a una catástrofe. Porque cuando se hace descender lo que se destaca al nivel común, piérdense los puntos directores y surge inevitablemente el deseo de hacerse guiar. Mas los guías son hombres falibles, de ahí que, por encima de todo gobernante, existían y existen principios simbólicos, así como el individuo no vive su vida toda y no abraza su sentido si no es capaz de poner su yo al servicio de un orden espiritual y sobrehumano. Tal necesidad corresponde al hecho de que el yo jamás constituye la totalidad del hombre, sino sólo su parte consciente. Y es únicamente su parte inconsciente y no delimitable la que lo integra y completa en una totalidad genuina.

Biológicamente el dotado representa una desviación del promedio y —en la medida en que la máxima de Lao-Tse, *Lo alto reposa sobre lo bajo*, sea una verdad eterna—, ella manifiéstase en el individuo hacia lo alto y hacia lo bajo. De ello resulta cierta tensión entre dos opuestos, que a su vez confiere intensidad y temperamento a la personalidad. También cuando el dotado es del tipo de "aguas tranquilas",[2] alcanza —como éstas— mayores profundidades y, por tanto, toca puntos más bajos. Los peligros del talento no sólo fincan en la desviación de la norma

—por favorable que ella sea— sino también en esta contradicción, que predispone a conflictos internos. Y la intervención personal y la atención del educador surtirán efectos harto más útiles que el traslado a un grado especial para dotados. Si bien la asistencia de un psiquiatra escolar con preparación psicológica es recomendable desde todo punto de vista, y de ningún modo debe representar una concesión al tan sobrevalorado "técnicamente exacto", mi experiencia háceme ver que al corazón del educador compete un papel que nunca podrá valorarse suficientemente. Se recuerda con reconocimiento al maestro, es verdad; pero con gratitud sólo a aquel que sabía hablar al hombre. La cosa didáctica es, sin duda, el combustible indispensable, pero es el calor el elemento vital, tanto de la planta en crecimiento cuanto del alma infantil. Dado que entre los escolares encuéntranse naturalezas dotadas y amplias, a las que no se ha de limitar o sofocar, jamás debería alejarse las materias de estudio de lo general y universal hacia lo excesivamente especializado. Por el contrario, es preciso mostrar a la juventud en desarrollo las puertas que llevan a los diversos ámbitos de la vida y del espíritu. Y estimo de particular importancia —con vistas a una cultura general— tomar en consideración la historia en la acepción más amplia del término. Así como de un lado importa considerar lo práctico, lo útil, lo futuro; así, del otro, importa igualmente la mirada retrospectiva sobre lo que ha sido.

Cultura significa continuidad, y no progreso arrancado de sus raíces. Una cultura bien equilibrada tiene precisamente para el talento máxima importancia como medida —por así llamarla— psicohigiénica. El talento es unilateral y casi siempre está —lo hemos dicho ya— en contraposición con cierta inmadurez infantil de otras zonas humanas. La infancia es, empero, un estado del pasado. Así como el cuerpo fetal en su evolución repite por insinuaciones la filogenesis, así el alma infantil cumple "la tarea de la humanidad precedente".

El niño vive en un mundo prerracional y, en particular, precientífico: en el mundo de la humanidad que ha sido antes que nosotros. En aquel mundo húndense nuestras raíces, y desde ellas desarrolla y crece todo el niño. Su madurez lo aleja de las raíces; su inmadurez lo mantiene cautivo en ellas. El conocimiento de los propios orígenes, en el sentido más general, tiende un puente entre el mundo pasado, abandonado, perdido, y el futuro, por venir, inaprehensible. ¿Cómo aprehender el futuro, cómo incorporarlo a nosotros, si no se posee aquella experiencia humana que el mundo pasado nos ha dejado en herencia? Sin esta posesión nos hallamos desarraigados, desprovistos de perspectivas, y nos convertimos en indefensas presas de lo futuro y de lo nuevo. Una formación puramente técnica y utilitarista permite ciertas ilusiones y carece de defensas contra las más engañosas y erróneas fascinaciones. Carece de cultura, cuya ley más íntima es la continuidad de la historia, esto es, de la conciencia humana sobreindividual. Tal continuidad, que une los contrarios, es de valor terapéutico para aquella propensión al conflicto que amenaza a las personas de talento.

Lo nuevo es siempre dubitable y sujeto a prueba. En efecto, no hay razón alguna para que lo nuevo no sea una enfermedad. De ahí que el verdadero progreso sólo sea posible cuando existe un juicio maduro. Mas tal juicio supone un criterio firme, y éste sólo puede basarse en un hondo conocimiento de lo que ha sido. Quien —ignorante de los nexos históricos— pierde la unión con el pasado, arriesga sucumbir a la sugestión y seducción propias de toda novedad. La tragedia de todas las innovaciones reside en que, con el agua del baño, vuélcase también al niño inmerso en ella. La manía de novedad no es, gracias a Dios, el vicio nacional suizo por excelencia; pero también nosotros compartimos un mundo más vasto, conturbado por una extraña fiebre de innovaciones. Frente a este espectáculo, hórrido y grandioso, esperamos de nuestra juventud una firmeza sin precedentes, en beneficia de la estabilidad de nuestra patria y de la cultura europea —que nada habrá de ganar si las conquistas del pasado cristiano se ven sustituidas por su opuesto.

Es al dotado a quien le corresponde llevar la antorcha: la naturaleza lo ha escogido para ese alto destino.

Notas

[1] El desarrollo de los conceptos que Jung esboza muy someramente en este ensayo, lleváronlo más tarde a separarse por completo de Freud. En una de sus obras ulteriores (*Tipos Psicológicos*. Edit. Sudamericana. Buenos Aires, 1943, pág. 535), define la libido de la siguiente manera: “Designo con el término de libido la energía psíquica. Energía psíquica es la intensidad del proceso psíquico, su valor psicológico. No ha de entenderse por esto un valor otorgado de índole moral, estético o intelectual. El valor psicológico es precisado sencillamente según su fuerza determinante que se manifiesta en ciertos efectos psíquicos (‘rendimientos’). Tampoco entiendo por libido una fuerza psíquica, como se ha interpretado falsa y frecuentemente por los críticos. No realizo la hipóstasis del concepto de la energía, sino que lo uso como un concepto para intensidades o valores. La cuestión de si hay o no una fuerza psíquica específica, nada tiene que ver con el concepto de la libido. Con frecuencia uso indistintamente los términos libido y ‘energía’”. [T]. <<

[2] Cf. el capítulo segundo (“La teoría de la libido, las tres fases de la vida humana”), de *Teoría del psicoanálisis*. Barcelona, Apolo, 1953. [T]. <<

[3] Cf. S. FREUD: *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*. Tomo XV, *Obras Completas*. [T]. <<

[4] *La campana*, traducción de *Das Lied von der Glocke*, de JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH, *Poesías Líricas*, Colección Clásica, Madrid, 1907, págs. 350-1. [T]. <<

[5] “Califico de tal (arcaísmo), al carácter antiquísimo de los contenidos y funciones psíquicos. Mas no se trata aquí de lo arcaizante, es decir, de la imitación de lo antiguo, tal como se observa, por ejemplo, en las esculturas romanas de la última época o en el gótico del siglo XIX; se trata de cualidades que tienen el carácter de residuos. Se incluyen aquí todos aquellos rasgos psicológicos que en lo esencial coinciden con las cualidades de la mentalidad primitiva. Se comprende que el arcaísmo sea inherente sobre todo a las fantasías del inconsciente, es decir, a aquellos productos de la actividad de la fantasía inconsciente que alcanzan a la conciencia. Se considera entonces que es arcaica la cualidad de la imagen cuando evidencia paralelos mitológicos inequívocos. Arcaicas son las asociaciones analógicas de la fantasía inconsciente, así como su simbolismo. Arcaica es la relación de identidad con el objeto, la “participación mystique”. Arcaico es el concretismo del pensar y del sentir. Arcaico es el impulso o incapacidad de dominio de sí mismo (el dejarse arrebatar). Arcaica es la fusión de las funciones psicológicas, por ejemplo: del pensar y el sentir, del sentir y el percibir, del sentir y el intuir y también la fusión de las partes de una función (audition colorée), la ambitendencia y la ambivalencia (BLEULER), es decir, la fusión con lo contrario, del sentimiento con su contrario, por ejemplo”. (*Definiciones*). En *Tipos psicológicos*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1943, págs. 484-5. [T]. <<

[6] “Entiendo por símbolo, no una alegoría o un signo cualesquiera, sino una imagen que trata de caracterizar, lo mejor posible, la naturaleza oscuramente presentida del espíritu. Un símbolo no comprende ni explica nada, sino que hace alusión a un sentido trascendente, inabarcable, oscuramente presentido, que no encontraría expresión suficiente en ninguna palabra de nuestro vocabulario actual”. (C. G. JUNG: *La Psique y sus problemas actuales*. Madrid-Buenos Aires, Poblet, 1935, págs. 341-2). [T]. <<

[7] Hay aquí un juego de palabras alemanas intraducibles. [T]. <<

[8] La niña emplea aquí un término dialectal intraducible: “auf und abjuckt”, que significa saltar y caer alternativamente en sentido vertical, como el jinete al trotar. [T]. <<

[9] Por lo contrario, en un trabajo ulterior, de 1913, al hacer *el Antilisis de una niña de once años*, JUNG señala los trastornos anímicos ocasionados en una púber por la ignorancia de las cosas sexuales, y remitiéndose a la *Psicología del rumor* —que figura en este volumen— refirma con estas palabras su defensa del esclarecimiento sexual: “Cuán potentemente existe ya este problema (de la procreación) en las niñas, alrededor de los doce y trece años, lo hemos podido comprobar en un caso especial que publicamos hace tiempo bajo el título de *Contribución a la psicología del rumor* en el ‘Zentralblatt für Psychoanalyse’. Esta disposición especial de dicho problema es la causa de toda clase de conversaciones indecentes entre los niños, así como de intentos recíprocos de explicación sexual, que resultan naturalmente muy poco bellos, por lo cual la fantasía de los niños queda estropeada muy a menudo. Tampoco una educación muy cuidada de los niños, que se propusiera evitar la posibilidad de tales conversaciones, podría impedir que descubrieran un día u otro el gran misterio, y precisamente, en la mayoría de los casos, bajo una forma particularmente sucia. Valdría más, pues, que los niños supieran de ciertos misterios importantes de la vida de una manera limpia, oportuna, para que no necesitaran ser explicados luego, de un modo a menudo pésimo, por sus compañeros de escuela”. (*Teoría del Psicoanálisis*). Ed. Apolo, Barcelona, 1935, pág. 221. [T]. <<

[10] “Interpretado el concepto de concretismo en el sentido de aquella peculiaridad del pensar y el sentir que está en contraste con la abstracción. Concreto viene a querer decir ‘congregado’. Un concepto pensado concretamente es un concepto que se imagina entretejido o fundido con otros conceptos, es decir, un concepto no abstracto, no disgregado y pensado en sí, sino referido y mezclado. No se trata, pues, de un concepto diferenciado, sino de un concepto inserto aún en un material de intuición sensiblemente transmitido. El pensar concreto se mueve siempre exclusivamente en el terreno de las intuiciones y conceptos concretos, está siempre referido a lo sensible. Tampoco el sentir concreto aparece nunca separado de la relación sensible. El pensar y el sentir primitivos son siempre concretos, referidos siempre a lo sensible. El pensar del primitivo carece de independencia desembarazada. Está adherido siempre al fenómeno material. Todo lo más se eleva al nivel de la analogía. También el sentir primitivo está referido siempre al fenómeno material. Tanto el pensar como el sentir se basan en la percepción y se diferencian poco de ella. El concretismo es, por lo tanto, un arcaísmo”. (*Definiciones*. En *Tipos Psicológicos*. Buenos Aires, Sudamericana, 1943, pág. 489). [T]. <<

[11] Véase B. MALINOWSKI: *Estudios de psicología primitiva*. Buenos Aires, Paidós, 1949. [E.]. <<

[12] “Abstracción es, como la misma palabra indica, el extraer o separar un contenido (un significado, una característica general, etc.) de una conexión que contiene aún otros elementos cuya combinación como conjunto constituye algo único o individual y, por lo tanto, incomparable. Precisamente lo singular, lo único, lo incomparable, constituyen un impedimento del conocimiento, por lo que al propósito de conocer han de parecerle inconvenientes los demás elementos combinadas con el que considera esencial. (…). La abstracción es, pues, aquella actividad del espíritu que libra el contenido o el hecho considerado esencial de su vinculación con los elementos considerados inconvenientes, ‘diferenciando’ de ellos dicho hecho o contenido. ‘Abstracto’ en su sentido lato es todo lo separado de cuanto se considera inconveniente por lo que se refiere a su significación (…). La abstracción es una actividad propia cabalmente de las funciones psicológicas. Hay un ‘pensar’ que abstrae, lo mismo que un ‘sentir’, un ‘percibir’ y un ‘intuir’. El pensar que abstrae separa de lo que no le conviene el contenido caracterizado por cualidades reflexivas, lógicas. El sentir que abstrae hace lo mismo con el contenido sentimentalmente caracterizado, y la percepción y la intuición proceden del mismo modo. Hay, pues, tantos pensamientos abstractos, como sentimientos abstractos”. (*Definiciones*. En *Tipos psicológicos*. Buenos Aires, Sudamericana, pág. 473). [T]. <<

[1] *Ueber die Psychologie der Dementia Praecox*. Marhold-Halle, 1907. Hay traducción inglesa: N. York, 1909. [T]. <<

[2] “Isis única que eres todo”. “Hermes que él solo es todo y tres veces único”. [T]. <<

[1] Tomos VI y VII de sus *Obras Completas*. **<<**

[2] Véase: C. C. JUNG: *Psicología y Religión*. Buenos Aires, Paidós, 1955. [E.]. <<

[3] “Wertpädikat-Typen”. Modo de reacción que consiste en asociar a la palabra inductora una que no expresa una relación objetiva sino una calificación que implica un juicio de valor. Por ej.: flor-agradable, rana-repugnante, sal-malo, cantar-encantador, cocina-necesario. [T.]. <<

[4] Creemos ser en todo momento los dueños de nuestros actos. Pero si miramos hacia atrás y recapitulamos nuestro pasado, y en particular nuestros errores y sus consecuencias, a menudo nos será incomprensible que hayamos podido hacer esto y no aquello. Parece que, como dice SHAKESPEARE, un poder extraño, ha guiado nuestros pasos:

“Destino, muestra tu fuerza, nada hacemos por nosotros mismos. Aquello que está decretado debe ser ejecutado, y que así sea”. <<

[5] Como se sabe, en el Congreso de 1907, un sabio francés declaró que la doctrina de Freud no era más que una “humorada”. Ahora bien, está probado que este señor no había leído ni las recientes obras de Freud ni las mías, y por lo tanto, podía tener tanta información como un niño, Aún más: esta afirmación fue acogida con entusiasmo por un profesor alemán bien conocido, quien, en su informe sobre el congreso, se apresuró a aplaudir este juicio tan sólidamente fundamentado. Uno no puede menos que inclinarse ante tanto rigor científico. Pero el colmo fue que en este congreso otro reputado neurólogo alemán enunció el razonamiento siguiente, digno por cierto de inmortalizar su nombre: “Si, como Freud lo pretende, la histeria realmente proviniera de sentimientos reprimidos, todo el ejército alemán debería estar integrado por histéricos”. <<

[6] Véase el artículo *Padres e hijos (relaciones entre)*, en: R. B. WINN: *Enciclopedia de educación infantil*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1946. [E.]. <<

[7] Véase C. G. JUNG: *Psicología y Religión*. Buenos Aires, Paidós, 1955. <<

[8] *Apócrifos: Libro de Tobías*. [T]. <<

[9] Ver sobre este tema: *El matrimonio considerado como relación psicológica*; en *La Psique y sus problemas actuales*. Editorial Poblet. Madrid-Buenos Aires, 1935 [E.]. <<

[10] “El Genio, compañero que rige la estrella de nuestro destino, lo sabe. – Él, dios de humana naturaleza, – mortal con cada individuo, – de rostro mudable, a veces blanco, a veces negro”. (*Epístolas*, Libro II, págs. 187 a 189). [T]. <<

[1] Con la expresión “inflación psíquica” designa JUNG aquellos estados en que tiene lugar “una extensión de la personalidad más allá de los límites individuales”. Tales estados se producen “si uno se apropia contenidos y cualidades que, por su existencia independiente, deberían hallarse fuera de nuestros límites”. El grado e intensidad de la inflación varían desde el caso muy corriente de la identificación (imitación inconsciente) entre un hombre con su cargo o título (el individuo se comporta como si él mismo “fuese equivalente a todo el factor complejo que es un cargo”) hasta la identificación con el inconsciente colectivo. [E.]. <<

[2] El autor se refiere a un proverbio alemán: “Las aguas tranquilas son profundas”. [T.]. <<